

EL HOMBRE
QUE NUNCA
LE HARÍA
DAÑO A NADIE

ROGER RUBIO





Xzofrenick

El Hombre Que Nunca Le Haría Daño a Nadie

Roger Rubio



Vive tu vida como quieras, que yo tendré mis brazos extendidos para ti y guardaré tus secretos para siempre.

MICHAEL ONDAATJE

Unas horas después de la muerte de Brenda

A las cuatro y doce minutos el teléfono empezó a sonar insistentemente. Julián Gomariz, viudo y padre de Helena Gomariz, sintió una angustia repentina al ver la hora iluminada en el despertador de su mesilla de noche. Su subconsciente le llevó a repetir la frase que tantas veces había escuchado decir a la ya lejana voz de su madre: «Una llamada de madrugada nunca trae buenas noticias».

Sobresaltado, se calzó las zapatillas y, como si algo en él intuyese que ese era un momento que precisaba de cierta liturgia, se puso su bata gris pensando que eso le infundiría un aire más digno que los calzoncillos y la camiseta con la que acostumbraba a dormir. El teléfono seguía sonando.

El nerviosismo de Julián Gomariz se incrementó al pasar por delante de la puerta abierta de la habitación de su hija y comprobar que no había llegado de la cena con sus compañeras de trabajo, un grupo de azafatas de congresos de pecho aumentado y nariz reducida que para Julián nunca habían sido la compañía ideal de una estudiante de arquitectura que siempre había sacado tan buenas notas.

Pero así era su hija. El tipo de persona que tiene una sonrisa para todo el mundo y no desentona en ningún ambiente. Al fin y al cabo, veinte años educándola para ser una persona sin prejuicios no podían estropearse porque a él no le gustaran unas chicas con las que, a lo sumo, Helena salía a cenar cada dos o tres meses. El teléfono seguía sonando.

Julián Gomariz caminó por el pasillo. Por su cabeza pasó la balsámica idea de que Helena se hubiera dejado las llaves y estuviera llamando desde su móvil. Los despistes de su hija, que tantas veces lo habían sacado de quicio, se habían convertido por una vez en una buena expectativa.

Por fin descolgó intentando reprimir el desasosiego que había acumulado durante los escasos siete metros que iban de la habitación hasta el mueble donde se encontraba el teléfono.

—¿Conoce usted a Helena Gomariz Herranz?

El funcionario ignoraba que Helena Gomariz Herranz era todo cuanto le importaba a la persona con la que hablaba. Le había contado cuentos, la había acunado, llevado al médico, hablado con sus profesores cuando, tras morir su madre, su rendimiento escolar sufrió un lógico retroceso, sabía que sufría alergia al melocotón y la cara que ponía cuando una conversación la aburría y, sin

embargo, si hubiese contestado «sí» a la pregunta «¿Conoce usted a Helena Gomariz Herranz?», Julián Gomariz se habría equivocado.

En lugar de eso, solo pudo decir, con un nudo en la garganta:

—¿Qué ha pasado?

Al escuchar la respuesta en boca de un funcionario que se esforzaba por ser empático, Julián Gomariz supo que no solo la vida de su única hija había terminado, sino que la suya ya no tenía ningún sentido.

Jueves 12 de febrero, 5.30 de la mañana

Al día siguiente de la muerte de Brenda

A Domingo Campos, Mingu para sus escasos amigos, inspector Campos para sus compañeros de trabajo y «papá» para ese chico introvertido de dieciséis años al que veía cada quince días, le costaba conciliar el sueño.

Ya hacía años que no era joven y, a pesar de sentirse cansado muy a menudo, dormía poco y mal. Por eso le molestaba que lo llamaran tan temprano al móvil y sobre todo que fuera para comunicarle que se había encontrado el cuerpo de una puta muerta.

Mientras esperaba a que el agua estuviera suficientemente caliente como para entrar en la ducha sin tener la sensación de disponerse a explorar la Antártida, reflexionó sobre cuánto tiempo hacía que usaba la expresión «una puta muerta» cuando se estaba hablando de una chica de veinte años, con todos los sueños que una joven alberga a esa edad, entre los cuales no suele estar el de acabar tirada en el suelo de la habitación de una casa de masajes con la boca llena de espuma y necrosis en las mucosas. Tal vez cuando empezó a resumir este tipo de tragedias en «una puta muerta» fue cuando empezó a tener escasos amigos, a dormir poco y mal y a ver solo cada quince días a ese chico introvertido que lo llamaba papá.

Antes de abandonar la ducha y abrirse paso por el cuarto de baño, al que el vaho había transformado momentáneamente en el Londres victoriano, Domingo Campos persiguió con el chorro de agua los cabellos que habían quedado desperdigados en el suelo de pizarra blanca de la ducha hasta verlos desaparecer por el desagüe. Esa rutinaria operación matutina le recordaba a diario que estaba en esa edad en la que los pelos se esfumaban de la cabeza de los hombres para brotar en su espalda o, peor aún, en sus orejas, en una reorganización capilar con la que nadie con un mínimo criterio estético se sentía conforme.

Caminó a tuestas y descalzo, maldiciendo el frío de las baldosas y la dureza de la pata metálica que, con un dolor agudo, le indicó al meñique de su pie que había llegado a la altura de la cama. Se vistió sin hacer ruido para no despertar a Elia, que ya ocupaba el colchón entero y con los ojos entreabiertos le recordaba que aún no eran las seis; una información horaria que Domingo Campos estimó innecesaria puesto que, como todo aquel que se levanta antes del amanecer, era plenamente consciente de la hora que era.

Tras reprocharle el ruido que provocaban sus pies al deslizarse por las perneras del pantalón, Elia cambió de postura dejando que un seno se liberara cómicamente de la camiseta de tirantes con la que dormía. Campos no respondió al reproche, ya que sabía que una discusión entre una persona malhumorada que acaba de reventarse el meñique por no encender la luz y otra que acaba de

despertarse no resultaba la mejor forma de empezar el día. Aquella era la primera enseñanza que había sacado de su anterior matrimonio.

El inspector Campos desayunó a la tenue luz de la lámpara del extractor de la cocina como cada mañana. Su sentido común intuía que una lata de Coca-Cola y un cigarrillo no eran la mejor manera de empezar el día para su organismo y que ningún médico recomendaría tal dieta, salvo que su paciente le hubiese incluido en el testamento. Pero Campos era incapaz de ingerir ningún alimento hasta pasadas las diez, momento en que sentía un leve mareo cercano a la náusea, que aliviaba con cualquier porquería de la máquina expendedora o en el primer bar que encontraba en los alrededores de la comisaría de la plaza Espanya, sin importarle que el aceite de la freidora hubiera podido freírles croquetas a los visitantes de la exposición universal de 1929.

A pesar de sus hábitos alimenticios, Campos no solo seguía vivo sino que gozaba de lo que él llamaba «una salud aceptable» (si una salud aceptable incluye náuseas matutinas, cansancio casi crónico, frecuentes migrañas y calambres intestinales varios días al mes).

El repentino silencio que se creó cuando el inspector apagó la radio de la cocina permitió que los leves ronquidos de Elia llegaran a los tímpanos de Campos acompañados de aquella peligrosa pregunta que de vez en cuando se forjaba en su cabeza: ¿realmente quería a esa mujer o simplemente la metió en casa para no ser el típico policía divorciado? Salió de la vivienda sin responder; un cobarde siempre huye de las preguntas cuya respuesta ya conoce.

Pisó la calle dejando que el frío de febrero le golpeará en la cara y se dirigió al parking, que se encontraba a dos manzanas de su edificio y por el que abonaba todos los meses el mismo alquiler que sus padres pagaban, no tantos años atrás, por un piso de cuatro habitaciones en el barrio del Clot. Mientras los primeros rayos de sol se disponían a borrar cualquier resquicio de noche que quedase en las aceras de la calle València, el inspector Campos pensó que el barrio había cambiado mucho; aunque si el barrio hubiese podido hablar le habría replicado que quien decididamente había cambiado era él.

Antes de entrar en el coche dudó sobre si debía o no sacarse la gruesa parka que llevaba puesta. Ya hacía tiempo que había optado por abrigarse mucho en la calle para compensar el tener que ir en mangas de camisa por la comisaría que, como si estuviera situada en el trópico, se mantenía a una temperatura constante de veinticinco grados todo el año.

Al tercer intento con el contacto el coche arrancó y Domingo Campos se dirigió, como tantas otras veces, a la cita con un cadáver.

La llegada del inspector al escenario del crimen supuso algo así como el inicio del segundo acto de una tragedia cuya protagonista yacía inerte y ajena al argumento. Al entrar en el piso de la Rambla del Prat en el que unas horas antes se encontró a Helena Gomariz, Campos halló todos los elementos que para él eran habituales. Vecinos en bata compitiendo por ver quién ponía más cara de desconcierto en el rellano, agentes custodiando las pruebas, el sonido mecánico de las cámaras al fotografiar cada centímetro cuadrado, un médico que hacía años que no curaba a ninguno de sus pacientes y artículos corrientes que, en un segundo, habían pasado a ser tildados de «objetos hallados en la escena del crimen».

En aquella ocasión, la decoración de casa de masajes daba al lugar un ambiente que a Campos le hizo pensar en una discoteca a la hora de cerrar, cuando la luz blanca de los fluorescente sustituye a la magia de los focos de colores y deja la verdad a la vista, con sus manchas en los sofás de terciopelo, las grietas en las paredes que la tenue iluminación impedía ver y las miradas ojerosas del público que abandona decepcionado la sala sabedor de que esa noche también la pasaría a solas.

Seguro que aquel cuarto de baño en el que se encontraba Helena Gomariz, ahora conocida como «la víctima», también era mucho más agradable a la luz de las velas y sin el trajín de todos aquellos funcionarios entre los que se incluía la subinspectora Begoña Ortiz, que recibió al inspector con una fría mirada en la que se leía con absoluta claridad un mensaje: «No entiendo por qué te han mandado a ti si ya estaba yo».

Posiblemente nadie en la comisaría habría llamado al inspector Campos tan temprano para comunicarle el hallazgo de esa muchacha a la que algunos se referían como «la puta muerta» y que hasta ese momento era responsabilidad de Begoña Ortiz si no fuera porque horas antes un lunático se presentó en las dependencias policiales asegurando que esa chica estaba relacionada con otro cadáver.

Tres días atrás, Nicolás Ferrer, subdirector de una sucursal bancaria en la calle Balmes, se había metido en un taxi para que lo llevara a su casa. A pesar de que podía recorrer la distancia a pie como era su costumbre, esa tarde se sentía mareado y le costaba respirar. Llevaba un tiempo sintiéndose mal. Tal vez a sus cincuenta y nueve años no debería realizar los esfuerzos que efectuó con esa chica de sonrisa franca de la que pensó que no desentonaría en ningún ambiente y con la que hasta pudo hablar de modernismo, algo poco usual en otros centros de masajes que frecuentaba.

Cuando el taxista llegó a la altura de la plaza Lesseps se dio cuenta de que ese viajero tan bien trajeado no le iba a pagar la carrera. De hecho, en ese Skoda Octavia, pintado con el característico amarillo y negro de los taxis barceloneses y con un exagerado a la vez que artificial aroma de pino, habían acabado todas las actividades de Nicolás Ferrer, Ferry para sus compañeros del club ciclista de La Salut, «el cabrón del banco» para algunas decenas de hipotecados y «cielo» para una buena cantidad de masajistas a las que caía bien porque siempre acudía limpio, daba poco trabajo y generosas propinas.

En uno de sus últimos pensamientos —comprendió que el sudor frío, la opresión en el pecho y un agudo dolor en el brazo izquierdo no eran síntoma de nada bueno—, Nicolás Ferrer sintió cierto alivio en su natural pavor. Fuera lo que fuera lo que le sucedía, le estaba pasando en un Skoda Octavia que olía a cualquier cosa menos a pino y no en la camilla de una estudiante de arquitectura en la que se había tumbado un par de horas antes. Su abnegada esposa, que no le daba pasión pero sí respeto, lealtad y compañía, no se merecía el trago de enterarse de que era viuda el mismo día que descubría que su marido era un putero famoso por dar poco trabajo y generosas propinas a unas chicas que casi podrían ser sus nietas.

En cualquier caso, el inspector Campos estaba ahora al mando de la investigación y la subinspectora Ortiz no tenía más remedio que ponerlo al día de cuanto había visto en el piso hasta

su llegada, y que básicamente se resumía en el cuerpo al que le estaban sacando fotos y a la llamada anónima que les advirtió del hallazgo de «una puta muerta».

Martes 10 de febrero

Un día antes de la muerte de Brenda

El hombre que nunca le haría daño a nadie era ante todo una persona normal. Uno de tantos otros hombres y mujeres a los que el hecho de no sentirse especialmente desdichados les basta para olvidar que no son especialmente felices.

Si no fuera por sus proyectos, su existencia pasaría desapercibida incluso para él mismo. Ya ni recordaba la última vez que alguien de las oficinas del grupo hotelero en el que trabajaba se había interesado por su vida personal, ya que todo el mundo daba por descontado que resultaba anodina.

Hacía suficientes años que era viudo como para convivir con ello, apenas viajaba y, a pesar de que nadie ponía en duda su amabilidad, no se podía decir de él que fuera un tipo simpático. Aquel odioso escepticismo suyo que lo llevaba siempre a buscar los hilos de los títeres en lugar de disfrutar de su danza lo había convertido en una compañía poco atrayente para el resto del mundo. En una ocasión estuvo cinco días de baja por una gripe con principio de neumonía, y al volver al trabajo nadie le preguntó por su estado por el simple hecho de que ningún colega había caído en la cuenta de su ausencia.

El hombre que nunca le haría daño a nadie miró su reloj de pulsera. Si alguien de la oficina hubiera observado su gesto, seguramente habría pensado que calculaba cuánto quedaba para la hora de comer. Pero hacía mucho que nadie en la oficina observaba sus gestos.

Sin embargo, lo que el hombre que nunca le haría daño a nadie pensó al mirar el reloj de pulsera fue que, según sus cálculos, a esa hora el subdirector del banco ya debería estar muriéndose.

Los síntomas que habría mostrado serían claramente los de un infarto de miocardio. Unos síntomas que había leído tantas veces en páginas de internet que él mismo creía haberlos experimentado.

El hombre que nunca le haría daño a nadie abrió el cajón de su escritorio y de su interior extrajo una libreta negra llena de datos y anotaciones que solo él podía descifrar y se limitó a escribir «Nicolás Ferrer D.E.P.». Por la noche aquella misma libreta reposaría en un estante de su casa junto a otras siete libretas exactamente iguales con una cinta de seda color púrpura anudada a su alrededor a modo de precinto o mortaja.

Minutos después, el hombre que nunca le haría daño a nadie salió a comer como el resto de sus compañeros de oficina. A pesar de que el día era frío, un sol que parecía sacado de un cuadro de Sorolla presidía el cielo en su obsesivo viaje hacia poniente bailando con las sombras que ya oscilaban hacia el mar. Al hombre que nunca le haría daño a nadie le apeteció pasear un rato y comer en uno de los muchos y variados restaurantes del Eixample, un barrio cuyas calles rectas y perfectamente alineadas tan bien combinaban con una mente ordenada como la suya. Aquel había

sido uno de los asesinatos más duros que había ideado, sobre todo por la existencia de tantas víctimas colaterales. Pero, al mismo tiempo, la satisfacción que le había producido era mayor que cualquiera de los que había planeado anteriormente. Sin duda se merecía un premio. Por la tarde, después de cerrar las nóminas de los empleados, pasaría por la librería y, de manera excepcional, se saltaría el límite que se había autoimpuesto hacía meses y gastaría más de cien euros. La cabeza del subdirector del banco bien lo valía. Desde luego, si aquello no había sido el crimen perfecto, se le aproximaba mucho.

Sus compañeros de trabajo no notaron nada raro en él.

¿Era posible que fuera una sonrisa lo que sus labios dibujaban al salir por la puerta? ¿Y por qué no? Todo el mundo sonreía al salir del trabajo, incluso el siempre solitario Félix Olivares.

La tarde resultó tan eterna para Olivares como la noche de Reyes lo es para un niño; los cuadrantes ordenados en pulcras tablas de Excel pasaban por delante de sus ojos como fantasmas y apenas podía contener su excitación. Cuando por fin fueron las seis cumplió su promesa y tras apagar el ordenador y despedirse de sus compañeros, un veinte por ciento de los cuales le devolvieron el saludo sin alzar la vista de sus pantallas, abandonó el edificio a toda prisa. Al rato se encontraba paseando por los pasillos de la librería con una sensación de triunfo muy extraña en él. Félix Olivares incluso fantaseó un poco con la posibilidad de flirtear con Laura, la cajera que siempre lo recibía con una sonrisa, aunque siendo justos, pensó, atendía sonriente a todos los «creyentes» que pese al bombardeo de oferta lúdica del siglo XXI seguían entrando a la tienda para comprar un libro. Descartado el flirteo, se centró en algo mucho más propio de él: ojeó ejemplares de más de cincuenta libros, los sacó de sus estantes y los cargó encima recordando su ubicación original para poder devolverlos a su sitio en caso de encontrar una opción mejor. Mankel, Simenon, Hammett, Hill, Camilleri, Läckberg, Katzenbach, Ware, Miłoszewski... Suficiente información sobre procesos criminales como para que le convaliden a uno la carrera de Criminalística, pensó. Al final, tras los inevitables descartes fueron ciento ochenta y siete euros con ochenta céntimos que merecieron una sonrisa especialmente generosa de Laura en la caja.

Llegó a su casa y, tras colocar sus compras en el estante de libros pendientes, se dejó caer en el viejo sillón de cuero. Mientras intentaba calmar el ligero temblor de la mano derecha, poco acostumbrada a cargar con tanto peso, sintió nostalgia por las horas pasadas en aquel ambicioso proyecto que tan entretenido lo había tenido durante los últimos meses. Pero el hombre que nunca le haría daño a nadie sabía que, como en una ópera romántica, todo acababa con la muerte de su protagonista. Extrajo su libreta negra de la cartera, la rodeó ceremonialmente con la cinta de seda púrpura que semanas antes había comprado en una mercería de la calle del Carme, la anudó con esmero teniendo cuidado de que ningún extremo de la cinta sobresaliera más que el otro y la depositó en el estante junto a las otras. El lado bueno era que pronto tendría un proyecto nuevo en el que invertir sus horas libres. ¿Tal vez Laura? Enseguida desechó esa idea. Laura no merecía ser un objetivo. Ya hacía tiempo que su macabra afición no le representaba un problema moral, pero sí tenía sus normas no escritas. Una de ellas era que las personas por las que sentía especial simpatía no podían ser «objetivos».

Ahora lo que necesitaba era cierta descompresión, y para eso, nada mejor que elegir un nuevo libro, acomodarse en su vieja butaca, poner un disco de jazz y abandonarse entre notas y letras. A las once de la noche, tras noventa y cuatro páginas se dio cuenta de que se había olvidado de cenar, así que fue a la cocina y se preparó un sándwich de atún mientras pensaba que al día siguiente se permitiría un último capricho. Iría a la oficina bancaria con la que trabajaba la cadena hotelera desde hacía veinte años; sería fácil encontrar la excusa, pues como responsable del departamento de recursos humanos, su jefe estaba acostumbrado a sus idas y venidas al banco. Además, la cita era una mezcla de justicia poética y calma del inevitable remordimiento que sentía al acabar sus proyectos. Tenía que ver al hombre de cuyo asesinato estaba tan orgulloso. Tenía que ver a Nicolás Ferrer.

Jueves 12 de febrero, 8.50 de la mañana
Al día siguiente de la muerte de Brenda

El inspector Campos se disponía a cruzar la ciudad por segunda vez y todavía no eran las nueve de la mañana. El cielo de plomo que cubría Barcelona soltó una avanzadilla de incipientes gotas que no eran sino la antesala de la tormenta que se avecinaba, pero que bastaron para provocar la aparición de los paraguas de los más precavidos, la aceleración del paso de los menos y el vaivén de los limpiaparabrisas en su eterna indefinición entre izquierdas y derechas frente a conductores como el inspector Campos.

Campos odiaba conducir. A lo sumo acariciaba algo parecido a una leve satisfacción al circular por una carretera vacía de las que se veían en los anuncios de coches, algo que por otra parte no hacía nunca. Pero embragar, poner primera, acelerar durante dos segundos, frenar, pisar embrague y volver a punto muerto para avanzar dos metros en medio de un atasco le hacía pensar que el día en que su dieta, su tabaquismo o su estrés acabaran con él, no echaría tanto de menos este mundo. Además, empezaba a arrepentirse de llevar puesta aquella gruesa parka que ya le estaba haciendo sudar en pleno febrero.

Para el inspector Campos solo había algo peor que conducir en hora punta por Barcelona en un día de lluvia: conducir en hora punta por Barcelona en un día de lluvia escuchando una tertulia política en la radio.

En un gesto mucho más brusco de lo que la botonera de su equipo de radio digital precisaba, cambió de emisora y se dedicó a lo que mejor se le daba, imaginar que era otra persona. Cualquiera de los que, como él, andaban embragando y desembragando su cambio de marchas a lo largo de ese túnel gris y cubierto de hollín de la ronda del Mig por el que circulaba. Por ejemplo, un comercial que, tras librarse de la ciudad, seguiría su ruta hacia el norte hasta alcanzar la C-58 y continuar hasta la C-16 con sus bosques a lado y lado de la carretera, llegaría a una población cuyo aire tuviera un porcentaje de oxígeno razonable, tal vez Navàs o Sallent, donde el cese de la lluvia seguro que daba paso al embriagador aroma de la tierra mojada. En un marco de verdes prados con arcoíris de fondo, prepararía sus visitas almorzando un bocadillo de butifarra de setas y visitaría a sus clientes, con los que posiblemente negociaría un precio acorde con el volumen de la venta y un plazo en los pagos razonable para ambas partes.

Si sus clientes se limitaban a esta área, tal vez se plantearía la compra de una casa en una población a medio camino entre estos y las oficinas de la empresa. Trabajando desde casa y organizando su agenda, tendría bastante con ir uno o dos días a la oficina y el resto de la semana lo dedicaría a visitar a sus clientes.

Muy duros tendrían que ser los clientes de su fantasía para superar su día a día real, que

básicamente consistía en borrachos que habían acabado con el cristal de un vaso clavado en la yugular, adolescentes que se apuñalaban porque tenían que demostrar lo bravos que eran, ajustes de cuentas entre camellos, dependientes que no solo soportaban un mal convenio salarial sino que sufrían en sus carnes el exceso de adrenalina de atracadores a mano armada y, sobre todo, mujeres cuya historia de amor terminaba volando desde la ventana de un sexto piso tras discutir con maridos que luego intentaban suicidarse, por lo general con menos destreza de la que habían mostrado a la hora de matar a sus esposas.

Al llegar al desvío que lo llevaba hasta la comisaría de plaza Espanya, Campos se sintió tentado de seguir a los coches que continuaban su ruta para salir de la ciudad. Su vida de comercial había durado exactamente treinta y ocho minutos y veintidós segundos.

La enorme rotonda de la plaza de Espanya lo enfilaba directo a su vida real, una vida que al fin y al cabo él había elegido. Los que conocían bien al inspector Campos sabían que no tenía problemas a la hora de asumir sus culpas. Aceptaba plenamente que el fracaso de su matrimonio fue, en gran parte, porque él había sido un marido aburrido y que seguía imaginando vidas ajenas porque nunca había reunido el valor suficiente para cambiar la suya, renunciando a un empleo fijo como funcionario del Estado.

Al aproximarse a la comisaría se topó con la gigantesca mole de cristal azulado. Era uno de esos edificios fríos, funcionales pero impersonales de los organismos públicos, que tanto podían servir para albergar una comisaría, un ambulatorio o una biblioteca.

Ya hacía muchos años que había quedado atrás el efectismo de los edificios que debían cumplir con el papel de escenario para una determinada liturgia. Campos había ido a testificar muchas veces al Tribunal Superior, el TSJC, y había comprobado el efecto que su arquitectura provocaba en acusados y testigos. Esas formidables columnas de piedra dispuestas como si de un templo griego se tratara estaban pensadas para hacerle sentir a uno pequeño ante la justicia. El estrado de madera noble tras el cual aguardaban, como personajes de una tragedia, el juez, el fiscal y sus ayudantes, ataviados con negras túnicas y sentados en sus tronos recios y estratégicamente situados en un plano superior respecto al austero banquillo reservado para los acusados, le hacía tomar conciencia a uno de que aquello iba en serio. La puesta en escena dejaba claro que ese era el lugar en el que se iba a decidir algo tan serio como la libertad de una persona.

Los juzgados modernos, al igual que las comisarías, no pasaban de ser funcionales y fríos: salas con sillas de plástico que carecían de toda nobleza, mesas baratas y paredes y suelos tan vacíos y asépticos que solo indicaban a los detenidos que la justicia carecía de medios para perseguirlos.

Una vez dentro del edificio, Campos se cruzó con el intendente Olzina, un hombre más alto que él, con más proyección profesional que él, un sueldo mayor que el suyo y al que, sin embargo, Campos no envidiaba lo más mínimo.

El día a día del intendente Olzina consistía básicamente en adivinar qué podía cabrear a los cargos políticos de los que dependían la comisaría, todas las operaciones del cuerpo y, dicho sea de paso, las promociones internas de funcionarios como Olzina.

En la reunión también se encontraba la subinspectora Begonia Ortiz, de la que solo sabía que

conocía una ruta más rápida que él para llegar a la comisaría, que podía fulminar con la mirada a un inspector y que, se llevaran bien o no, sería su mano derecha en el caso. Dos minutos más tarde se incorporó el caporal Fuentes, del que tenía claro que era bastante menos gracioso y bastante más pesado de lo que él mismo creía, pero también un policía eficiente.

El relato de lo que según Olzina había sucedido la tarde anterior logró sorprender al inspector Campos, quien con el tiempo creía haber perdido la capacidad de sorprenderse en una comisaría.

Un hombre que parecía no poder hacer daño a nadie se había presentado en las dependencias policiales para inculparse por el asesinato del subdirector de una sucursal bancaria y de un número indeterminado de personas. Aquel adjetivo, «indeterminado», llamó la atención de Campos ya que, por lo que había visto en sus quince años de experiencia en el cuerpo, los asesinos acostumbraban a tener una idea bastante exacta de la gente a la que habían matado.

Tras escuchar como ese hombre confesaba haber planeado el asesinato del subdirector de una sucursal bancaria con todo lujo de detalles, nadie había estimado conveniente solicitar su arresto. Después de tranquilizarlo y procurar convencerlo de que no podía tener nada que ver con la muerte de un hombre que había sufrido un infarto de miocardio en un taxi, le aconsejaron irse a casa e intentar calmarse. Solo el dato de un nombre había cambiado las cosas: Helena Gomariz.

—Si la cagamos, esta puede ser la mierda más gorda que nos hayamos comido jamás. —Esta fue la elegante fórmula que eligió Olzina para motivar al equipo.

—Para que yo me entere —intervino el caporal Fuentes—. ¿Se nos presenta un tipo diciendo que ha llevado a cabo un asesinato planificado al detalle y le aconsejamos que se tome un trankimazin y nos espere en casa?

—A ver, preguntitas —soltó Olzina—. Cuando nos vino el friki ese, solo teníamos un capullo muerto por causas naturales. Hasta que comprobamos lo de la chica, no teníamos nada contra él.

Ortiz apoyó a Fuentes con un irónico:

—Antes los soltábamos a las veinticuatro horas, ahora ya ni les detenemos.

Campos estuvo a punto de sumarse de buen grado tanto al cinismo como a la lista de reproches, aunque fuera para tender un puente entre él y la subinspectora a la que acababa de apartar del mando de un caso, pero le aburría soberanamente discutir, sobre todo cuando la discusión no llevaba a ningún sitio, lo cual sucedía casi siempre. Esa era la segunda enseñanza que había sacado de su primer matrimonio.

Para Domingo Campos, investigar un crimen consistía en viajar atrás en el tiempo, como ver la última escena de *Casablanca* e intentar descubrir por qué demonios ese tipo con gabardina y sombrero le dice al amor de su vida que se vaya con otro. Se trataba de plantear todas las hipótesis que las pruebas permitieran e ir descartándolas hasta dar con la correcta.

—¿Estas son las pertenencias de la víctima? —preguntó mientras abría el celofán de un paquete de Donettes que, con su cincuenta y nueve por ciento de materia grasa, acababa de extraer de la máquina expendedora.

—Es todo cuanto encontramos —contestó secamente la subinspectora Ortiz, que intentaba asumir su papel en un caso que pocas horas antes era suyo.

La bolsa de plástico, en la que había un bolso, un móvil, un neceser con maquillaje, las llaves de su casa, las de una moto, un paquete de chicles de menta y otro de kleenex, una caja de ibuprofeno

y una agenda con un pequeño bolígrafo dorado enfundado, reposaba sobre la mesa a modo de triste bodegón.

Los objetos personales de un cadáver adquieren siempre el desamparado aspecto de las cosas que están fuera de su lugar. A Campos le hacían pensar en los restos de un naufragio o en los muebles que la gente abandonaba junto a un árbol o un contenedor los días en que el ayuntamiento pasaba a recogerlos. Cómodas, armarios o sillas que habían dejado de formar parte del hogar de una persona para convertirse simplemente en objetos inútiles a la espera de que alguien haga algo con ellos.

Aquellas llaves que eran observadas por el grupo de policías ya no tenían ninguna razón de ser si su propietaria no iba a cruzar jamás el umbral de su puerta, puesto que yacía en una camilla de acero inoxidable a pocas manzanas de allí sin un ser allegado que velara su cuerpo. Un cuerpo joven al que le habían arrebatado la opción de envejecer y que, sin duda, debería estar en cualquier otro lugar alejado de las baldosas blancas y el olor dulzón y untuoso de la morgue.

De todos los objetos de la bolsa, el móvil era el único que debía prestar un servicio póstumo. Olzina ordenó a Fuentes solicitar la lista de las llamadas entrantes y salientes antes de devolver los efectos personales a la familia.

Saber con quién se había visto y con quién había hablado Helena Gomariz era lo más urgente que tenían entre manos ya que, si lo que había contado ese hombre con aspecto de no poder hacer daño a nadie resultaba ser cierto, no habría mesas suficientes en la comisaría, por muy grande y funcional que fuera, para todas las bolsas de objetos personales que iban a llegar en los próximos días. Mientras, Ortiz y Campos tendrían una segunda charla con el que ya era oficialmente el principal sospechoso del asesinato de un número indeterminado de personas.

—Hay que ser hijo de puta. Con lo guapa que era —dijo Fuentes mientras contemplaba la foto del carnet que se encontraba entre los objetos.

—¿Te hubiera parecido menos de hijo de puta cargarse a una chica más fea? —le preguntó la subinspectora Ortiz sin esperar respuesta.

*Martes 10 de febrero, 11 de la mañana a
Un día antes de la muerte de Brenda*

A las once de la mañana Félix Olivares encontró la excusa para ir al banco. Como había previsto, le resultó muy fácil. Anunció que iba a informarse del seguro dental que les ofertaba una aseguradora asociada a la entidad bancaria. Cada vez era más incómodo para las empresas hoteleras justificar que llevaran años sin subir los sueldos cuando a nadie se le escapaba que el sector del turismo y los congresos era, tal vez, el único que había aumentado en beneficios. Una buena forma de apaciguar a los empleados consistía en ofrecer intangibles como seguros médicos a buen precio como privilegio por pertenecer a la empresa. Le habría bastado con decir que iba a buscar un talonario nuevo, pero había aprendido a no quedarse con la primera coartada que le venía a la cabeza.

Al salir a la calle sintió de nuevo la excitación en su cuerpo. Sabía que sería la última vez que le sucedería en ese proyecto. La vida transcurría con normalidad por las calles de Barcelona. La ciudad era como un decorado cuyos figurantes recorren su trayecto en una coherente coreografía. Repartidores con la furgoneta mal aparcada, ancianos sentados en los bancos modernistas del paseo de Gràcia ávidos de absorber los escasos rayos de un mortecino sol de invierno, ejecutivos haciendo sus gestiones diarias, madres paseando a sus bebés en cochecitos cada vez más caros y sofisticados, jóvenes que creían que el *summum* de la modernidad consistía en vestir como vestían sus padres antes de que ellos nacieran, muchachas con la piel de gallina cuyas minifaldas deberían haber esperado un mes más en abandonar el armario, turistas sacando provecho de las cámaras fotográficas de sus móviles... No había nadie preocupado por la muerte del subdirector de la oficina bancaria, ni una noticia, ni una conversación de bar con su inevitable «¿Dónde iremos a parar?»; el mundo seguía su rumbo imperturbable, estuviera o no Nicolás Ferrer en él.

En la calle València dobló la esquina y enseguida llegó a la oficina del banco. Entró en la sucursal y fijó los ojos en la mesa del subdirector. De repente se sobresaltó al verla vacía. Lo buscó con la mirada y no vio más que lo que había visto tantas veces en esa misma oficina. Caras amables con gesto tranquilo en los empleados, gente haciendo cola pacientemente, clientes mirando con reprobación a las personas que están más de un minuto operando en el cajero automático, caras de preocupación al comprobar el magro saldo de una cuenta corriente... pero ni rastro del subdirector. La sensación de triunfo que le había acompañado desde el día anterior se estaba esfumando por momentos y comenzaba a transformarse en inquietud. ¿Habría salido a almorzar? No, nadie como Félix Olivares conocía tan bien las rutinas de Nicolás Ferrer. Por eso había acudido a las once y cuarto; ya hacía más de una hora que el subdirector debería haber vuelto de la cafetería Leo de la

calle Bruc, medio bocadillo de jamón ibérico y un café con leche con la leche templada. Habría ojeado la prensa deportiva y habría pagado en la barra dejando algo de propina.

¿Acaso estaba enfermo? Sería la primera vez en los últimos seis meses. ¿Y si...? No, eso no era posible. Pero, aunque no fuera posible, Félix Olivares notó cómo una gota de sudor le recorría la espalda. De repente observó con más detalle del que ya era costumbre en él. Las caras de los empleados seguían siendo amables, pero ninguno sonreía esa mañana. El director de la oficina, que atendía a más gente de lo normal, probablemente por la ausencia de su segundo, parecía especialmente preocupado. Tal vez su gesto serio se debía a la gestión que realizaba frente a una señora que firmaba los documentos que iba escupiendo la impresora sobre el característico tono gris del papel reciclado que usaban. ¿O tal vez intentaba asimilar la ausencia de su compañero?

La respiración de Félix Olivares ya estaba decididamente alterada y podía notar el aumento de su presión sanguínea en los latidos de su corazón que rebotaban como tambores en sus sienes, su mandíbula y sus pulgares. Se frotó la barba mientras dudaba entre preguntar sin rodeos qué pasaba con Nicolás Ferrer o volvía a la oficina diciendo que había mucha cola. De repente sintió que necesitaba salir de allí. Llevado por la sugestión, empezó a sentir que la gente lo miraba como si supiera que era culpable de algo terrible. Lo mejor sería volver a la oficina y regresar al día siguiente; seguro que vería a Nicolás Ferrer dando documentos a la gente para que los firmara sin leer y mirando de reojo las piernas de alguna jovencita al alejarse de la mesa comprobando el magro saldo de una cuenta corriente. Justo cuando iba a dar media vuelta, el hombre que tenía delante y que estaba siendo atendido guardó sus billetes en la cartera y se dirigió a la salida. La cajera miró a Félix Olivares a los ojos.

—Buenos días.

—Buenos días. Yo... querría hablar con el señor Ferrer.

—Si es tan amable le atenderá el señor Fortuny, el director de la oficina.

—La verdad es que prefiero tratar con Nicolás. —Pensó que usar su nombre de pila le permitiría pedir más información.

—Lo siento, pero el señor Ferrer no va a poder atenderlo.

Olivares percibió cierta incomodidad en la voz de la cajera.

—Vaya. Es que había quedado con él —mintió.

—¿Se trata de algo importante? Las operaciones del señor Ferrer las lleva personalmente el director.

—De todos modos, preferiría tratarlo con él cuando vuelva. ¿Sabe si mañana estará aquí? —soltó más precipitadamente de lo que hubiera querido y temiendo que hubiese sonado como «¡Dime de una puta vez qué coño está pasando con Félix!».

—Me temo que no...

—Disculpe, pero ¿está enfermo? El viernes mismo hablé con él y me citó para hoy. —Volvió a mentir intentando contener su nerviosismo y recurriendo a su tono más amable.

—El señor Ferrer sufrió un infarto y... por desgracia ha fallecido.

Félix Olivares tuvo que agarrarse al mostrador para que no le fallaran las piernas. Ya sentía los latidos de su corazón en todas las partes de su cuerpo y el pequeño espasmo de su diafragma

provocó que el aire acumulado en los pulmones saliera de su boca ahogando un grito que se transformó en un casi imperceptible y ridículo sonido.

Por unos instantes el vértigo se apoderó de él y su visión se hizo borrosa. El hombre al que había estado siguiendo durante meses, del que conocía todas sus rutinas y sus hábitos más secretos, el hombre de cuyo asesinato estaba más orgulloso porque si no era el crimen perfecto se le parecía mucho, estaba muerto. Y todos los resortes del extraño mundo de equilibrios morales de Félix Olivares acababan de saltar en pedazos.

La mala suerte hizo que el día en que Félix Olivares se había convertido en un monstruo lo convocaran a una reunión de dirección. Subió en el ascensor con la secretaria de dirección, el contable y la jefa del departamento comercial. A nadie le sorprendió que, a pesar de estar a dieciocho grados, el responsable de recursos humanos sudara como si acabara de disputar un torneo de squash. Tampoco sorprendió su mirada vidriosa, ni que su piel hubiese adquirido un blanco cera, ni que respirara desacompañadamente, ni que se hubiera desanudado la corbata y desabrochado el cuello de la camisa para poder respirar. Todo aquello no le sorprendió a nadie en aquel ascensor porque simplemente nadie se molestó en mirar al responsable de recursos humanos.

Al llegar a la quinta planta, el aspecto de Félix Olivares ya era el de un reo camino del patíbulo. Tendió su mano sudada a Manuel Casamitjana, el presidente de la empresa, y a Rodrigo Casamitjana, subdirector y futuro jefe supremo de la compañía que mandaba un mensaje desde el móvil a su hermana suplicándole que volviera, no solo porque la echaba de menos, sino porque sabía que con ella a su lado modernizar aquel transatlántico iba a ser mucho más sencillo.

La familia Casamitjana tenía todos los ingredientes para aparecer en una novela costumbrista sobre la burguesía. Manuel Casamitjana era un hombre hecho a sí mismo que empezó de chico de los recados en la inmobiliaria de los Algerich, quienes poseían varios edificios con apartamentos de alquiler. Mostró tanta eficacia en su trabajo como a la hora de hacer sonreír a Teresa Algerich, una joven de carácter difícil y tendencia a la melancolía que resultó ser la única heredera de la familia. Arrancar las sonrisas de Teresa propició que Manuel Casamitjana acabara siendo el gerente y consorte de un holding empresarial que poseía varios hoteles y resorts en media Europa y en el Caribe. Su esposa delegó en él toda la gestión de un negocio del que solo sabía que le proporcionaba un nivel de vida cada vez mayor.

Los hijos, Maite y Rodrigo, fueron educados en el ambiente privilegiado de uno de los colegios de la llamada «zona alta» de Barcelona. Clases de tenis y de vela, un año de estudios en Irlanda, universidad privada, másteres en Estados Unidos y una integración temprana en la empresa en la que, por expreso deseo de su padre, accedieron desde abajo. Ambos hermanos tuvieron que pasar dos años desempeñando funciones básicas en los hoteles y en las oficinas del grupo para familiarizarse con el oficio antes de obtener ningún cargo de responsabilidad. Recepcionistas de hotel en Londres, París y Ginebra, departamento de marketing en el Caribe, departamento de calidad visitando todos los hoteles de la cadena... durante su formación, los hermanos solo coincidieron en las Navidades.

María Teresa, o Maite como todo el mundo la llamaba, siempre había tenido más temperamento

que su hermano pequeño. Pero una juventud rebelde, que incluía un ingreso por coma etílico a los quince, un expediente escolar por consumo de cannabis en las instalaciones del instituto a los dieciséis, un aborto a los dieciocho y el tatuaje de un dragón en la espalda que cada verano le recordaba a su padre una época que no quería recordar, la convirtieron en una opción poco fiable para el futuro de una empresa que, por otro lado, ella no tenía la más mínima intención de dirigir ya que sus planes pasaban por permanecer lo más lejos posible de aquella familia de la que solo le importaba un miembro, su hermano.

Rodrigo siempre fue más retraído que Maite, hasta el punto de necesitar de la protección de su hermana cuando algunos de sus compañeros se reían de aquel chico endeble que no pronunciaba bien las erres (una buena faena cuando te llamas Rodrigo) y que vivía algo encerrado en su mundo de dibujos y cómics para no pensar en un hecho que su hermana mayor asimiló desde muy temprana edad: que sus padres nunca los quisieron tener cerca.

Con el paso de los años el chico dejó de ser endeble y de dibujar cómics, pero no dejó de apoyarse en su hermana mayor a la hora de tomar decisiones.

Una vez sentados a la enorme mesa ovalada de la sala de reuniones, a nadie se le escapó que algo pasaba. Félix Olivares podía disimular hasta cierto punto sus temblores, su palidez podía pasar desapercibida, incluso el sudor podía deberse a una calefacción excesiva. Pero vomitar el desayuno sobre una mesa de caoba era sin duda una mala forma de iniciar una reunión con la cúpula de la empresa.

Enseguida Manuel Casamitjana le quitó hierro al asunto. Él mismo tenía náuseas a menudo debido a la quimioterapia con la que se trataba un cáncer que, tarde o temprano, lo apartaría de su cargo.

La secretaria de dirección se apresuró a apartar los objetos que estaban a punto de ser manchados por ese líquido naranja que segundos antes estaba en el interior de Félix y que olía a rayos. No pudo disimular su fastidio al comprobar que su móvil había sido blanco de múltiples salpicaduras, Rodrigo Casamitjana, preocupado por la salud de su responsable de recursos humanos, le preguntó si se encontraba mejor mientras observaba la escena con el hastío de saber que aquel vómito sobre la mesa no haría otra cosa que alargar la duración de una reunión que ya de por sí se le antojaba aburrida.

Félix Olivares sabía que todo había acabado. Su situación era insostenible. «Dios sabe a cuánta gente he matado», pensó. Con la mirada fija en los restos de su desayuno aprovechó para hacer un anuncio solemne:

—Don Manuel, Rodrigo... Me veo obligado a presentar mi dimisión.

—No será por esto, Félix —dijo Rodrigo señalando el desastre de la mesa.

—No —respondió Olivares—. No voy a entrar en detalles, pero... esta tarde tengo que ir a comisaría para entregarme. He matado a un hombre. He matado a Nicolás Ferrer.

El rollo de papel con el que Olivia Guzmán, la secretaria de dirección, se disponía a limpiar la mesa cayó rodando y desplegándose como una alfombra por el suelo de la sala. Por una vez en

todos los años que llevaba trabajando allí, aquel hombre gris del que nadie sería capaz de recordar si sus ojos eran verdes o marrones era el blanco de todas las miradas de los presentes.

—¿De qué estás hablando? —inquirió Manuel Casamitjana rompiendo el silencio.

—Acabo de llegar del banco y me han confirmado que ayer murió de un infarto.

—Vale, lo siento por él. Pero ¿qué tienes que ver tú con eso?

—Yo... yo... lo siento. Lo siento mucho.

El relato que contó Félix Olivares a continuación los dejó a todos con la sangre helada.

Diario de Helena Gomariz

Brenda, muñequita de veinte años para ti. Deja que mis manos de seda recorran tu cuerpo hasta llevarte a explorar los límites del placer. Dispongo de un piso discreto sin portero, velitas, camilla y tatami, donde recibirás caricias, mimitos y besos con lengua si la higiene es correcta. Ven y no te arrepentirás.

También puedo presentarte a mi compañera de piso Charlotte para hacerte un masaje a cuatro manos y terminar como tú decidas. Nuestras fotos son 100 por cien reales y sin engaños, solo tapamos la cara para que no nos reconozcan nuestros profesores, jiji. Si quieres conocerme puedes llamarme o dejar un mensaje, mis horarios varían en función de las clases. Tarifas a partir de ochenta euros media hora.

Brenda y Charlotte nos han parecido buenos nombres; los descartados han sido Nina, Liss y Luna.

Desde que hemos colgado el anuncio el teléfono no para de sonar. De momento solo atiendo a cinco clientes por día, y aun así calculo que ganaré el doble que cualquiera de los profesores de la facultad.

Para ser honesta también debería nombrar a Anaïs, pero ella solo trabaja cuando yo no estoy.

Hoy he recibido a tres clientes, un jovencito y dos cincuentones que han puesto la misma cara al verme, lo que ya me resulta familiar. Supongo que una parte de ellos quiere rescatarme de este mundo de perdición al que creen que he llegado demasiado pronto y la otra quiere follarme a cuatro patas como si no hubiera un mañana. Yo prefiero a los tímidos que se dejan hacer, pero Charlotte dice que le dan más trabajo estos que los salidos que se corren en dos minutos.

El piso es fantástico y nos entendemos bien. Nuestros servicios son muy similares y cuando compartimos cliente nos reímos mucho. El debate de los besos ha quedado resuelto de la siguiente manera: Charlotte está en plan *Pretty Woman* y no besa, yo sí. No entiendo que le preocupe besar o no a alguien si después se va a meter su rabo en la boca. De todos modos, he puesto una botella de colutorio bien visible en el baño para evitar alientos raros, y si no la usan siempre puedo decir que tengo una llaga sangrante en la boca y se les pasan las ganas de meterme la lengua hasta la campanilla.

Por cierto, el baño es espectacular, creo que es más grande que mi casa y compartirlo no es ningún problema.

Estamos muy contentas, es mucho mejor tener piso que cuando hacíamos de azafatas en las ferias. Al menos aquí todo el mundo sabe a qué juega, nadie finge que ha seducido a nadie y no tienes que meterte en la habitación de nadie. Es nuestro piso y son nuestras normas.

Hasta que llegue el tal Carlos voy a bajarme un poco de música nueva, si vuelvo a escuchar a Enya mientras trabajo me volveré loca.

Jueves 12 de febrero, 10.15 de la mañana

Al día siguiente de la muerte de Brenda

La mañana transcurría en la comisaría como transcurren las mañanas en las comisarías. Trajín de agentes entrando y saliendo, el estruendo metálico de taquillas y armeros que con su abrir y cerrar anunciaban el inicio o el fin del turno de un policía, funcionarios sentados tras un escritorio en el que las pequeñas tragedias de los ciudadanos se acumulaban en forma de dosieres que se van sepultando unos a otros, drogadictos esposados esperando a pasar el mono lo mejor posible, policías de distinto rango dejando claro cuán distinto es su rango en la forma de saludarse, rezagados nocturnos preguntándose por qué en lugar de dormir la mona están sentados frente a un agente sujetando una gasa en la cabeza y con la ropa manchada del color marrón de la sangre seca, disputas entre prostitutas, macarras y chorizos, sonido de teléfonos y fotocopiadoras, conversaciones en las que se escuchaban frases sueltas como «proceder a interponer una denuncia, «bienes sustraídos» o «desplazar indicativos a la zona», vasos de plástico cayendo secamente de la máquina de café esperando a ser llenados por algo parecido al café, y aquella mañana se le sumaba el escándalo que estaba haciendo el inspector Campos al sacudir la máquina expendedora en la que una palmera de chocolate había quedado atascada al final de la espiral metálica que se suponía que debía expulsarla. En esa actitud lo encontró la subinspectora Ortiz, con quien debía ir a hablar con el sospechoso. Ortiz prefirió esperar unos metros detrás de Campos hasta que este se decidiera a darse por vencido, echar otra moneda o sacar su arma reglamentaria y pulverizar el cristal de la máquina. Para su tranquilidad, el inspector se decantó por la primera opción y, con la derrota en su mirada, salieron a buscar el coche.

Los compañeros de Begoña Ortiz la definían como una persona con las ideas claras. Eso, para un individuo como Campos, que valoraba la capacidad de dudar de todo como base de la inteligencia, era una señal de que no tardarían en chocar, sobre todo cuando antes de que sus superiores consideraran aquel caso como prioritario, la investigación estaba asignada a la subinspectora.

Ortiz tenía fama de ser ambiciosa y adicta al trabajo. Pero Campos sabía perfectamente que en un mundo de machos como había sido siempre el de la policía, a los hombres que se tomaban en serio su trabajo se les llamaba «comprometidos» y a las mujeres «ambiciosas»; si un hombre le echaba más horas de la cuenta, se le tildaba de «trabajador incansable» y a una mujer de «adicta al trabajo». Pequeñas perversiones del lenguaje con las que pequeños machismos que aún sobrevivían se las ingeniaban para salir a flote sin ser demasiado evidentes.

—¿Te importa conducir? Así leo la declaración de Olivares —preguntó Campos.

—Lo prefiero.

—Vaya mierda de tiempo.

—Pues sí.

La primera de las muchas cualidades que Campos descubriría en su nueva compañera fue la necesidad de romper el silencio soltando chorradas, algo que en el fondo el inspector apreciaba sobremanera cuando tenía que pasar todo un día con un colega. En cambio, y por desgracia, entre tantas virtudes no se encontraba la de una conducción suave. Ortiz conducía más bien como si estuvieran participando en una especie de rally urbano bajo una lluvia que todavía no mostraba intención alguna de cesar.

A la altura del templo de la Sagrada Familia Campos desistió de intentar leer la declaración del sospechoso mientras Ortiz esquivaba los autocares que avanzaban lentamente como ballenas varadas en una playa a la vez que soltaba toda clase de tacos.

Sorprendentemente ilesos, aparcaron el coche en una zona de carga y descarga y recorrieron a pie los escasos veinte metros que los separaban del portal indicado bajo una lluvia caladora de la que ambos policías intentaban protegerse sin paraguas.

Olivares vivía en la cuarta planta de un inmueble típico del barrio del Eixample: unos cien años de antigüedad, detalles ornamentales por doquier, ascensor con cabina de madera y botonera dorada, puertas macizas de tres metros en todas las plantas y una solera tan altiva como decadente que arquitecturas posteriores jamás igualarían. A Campos los edificios modernistas siempre le recordaban la casa de su tía Rosa en el paseo de Sant Joan, donde de niño iba a tomar clases de piano dos veces por semana. Al cerrar las puertas del ascensor le pareció escuchar el *Vals de primavera* de Chopin colándose por las ventanas interiores. Hacía mil años de aquellas clases de las que adquirió cierto gusto musical y una debilidad por las galletas de chocolate con las que lo premiaba su tía después de un buen ejercicio. Durante el recorrido en el ascensor hasta el cuarto piso, Campos tuvo tiempo de imaginarse a sí mismo viviendo en uno de esos pisos de techo altísimo ensayando las piezas de un concierto, componiendo partituras para la banda sonora de una película junto a una humeante taza de té, o tocando un nocturno a la tenue luz de una lámpara con el cuello del esmoquin desabrochado mientras una mujer lo escuchaba con los zapatos de tacón en una mano y una copa de vino blanco en la otra.

Al llegar a la cuarta planta el ascensor se detuvo con una brusca sacudida. Campos volvía a ser un inspector de policía en casa de un presunto homicida, al que lo mejor que le había pasado ese día era que tenía una compañera no muy habladora. La vida de pianista de Domingo Campos había durado un minuto y veinte segundos.

Al entrar en el piso de Félix Olivares, lo primero que le llamó la atención fue la cantidad de libros que había por todas partes. Campos no era amante de la lectura. A veces se obligaba a leer un poco en la cama porque le resultaba tan aburrido que lo consideraba una buena forma de conciliar el sueño. Calculó que si un libro le duraba entre uno y dos meses, solo los que el tal Olivares tenía en el salón le darían para unos treinta años de lectura. Ese cálculo le sirvió para confirmar que era mejor con los números que con las letras.

Los títulos que leyó en los lomos de la estantería respondían con toda certeza a novelas policíacas, con polis solitarios que resuelven los casos sin ayuda de nadie y que cuando van a un

bar lo hacen para tumbar a un macarra de un puñetazo o para ligarse a la camarera; en definitiva, justo el tipo de policía que él no era.

El inspector Campos, a pesar de gozar de cierta buena fama como investigador, había llegado a la policía prácticamente por casualidad. Con el despliegue de la policía autonómica se ofertaron gran cantidad de plazas para cubrir el cuerpo y muchos jóvenes que nunca habían tenido vocación de agentes de la ley se plantearon esa posibilidad. Al fin y al cabo, había estudiado Derecho como podría haber estudiado cualquier otra cosa, y el sueldo garantizado era un excelente reclamo.

Félix Olivares los estaba esperando y tenía su libreta negra sobre la mesa. Desanudó cuidadosamente el lazo de seda púrpura y la abrió ante ellos antes de que le preguntaran nada.

—Está todo aquí —se apresuró a explicar.

Sin entender lo que quería decir ese hombre al que todavía no habían preguntado nada, los dos inspectores echaron un vistazo a la libreta. En ella vieron una ordenada lista de fechas, horas, nombres y acciones.

16 de enero 17.32, N.F. Tienda deportiva con una gran bolsa.

16 de enero 17.50, N.F. FF.CC. Catalunya hasta plaza Molina.

16 de enero 18.15. Llega a casa, no sale.

Los policías comprobaron que la casa estaba recogida y que el tal Félix Olivares había preparado un par de maletas.

—¿Sabe por qué estamos aquí? —preguntó Campos mientras Ortiz analizaba el salón.

El inspector siempre había pensado que ver cómo una persona tiene su casa te da una idea de cómo tiene la cabeza. Y aquella era una casa fría, ordenada, aunque sin gusto y muy poco emocional. Ni una foto, ni una planta, ni un objeto de adorno; solo libros, libros y más libros. Cortinas que dejaban ver pero no ser visto y algo que no se discernía en las paredes, en los muebles ni en los escasos objetos personales que decoraban la estancia: soledad.

Campos sintió un malestar en el estómago, tal vez debido a que su cuerpo le demandaba algún alimento sólido que no llevara varios días empaquetado, o tal vez porque algo en su mente le recordaba que, si había dejado que Elia se instalara en su casa era en gran medida porque no quería que un día su hogar tuviera aquel aspecto.

—Supongo que han venido a detenerme.

—De momento nos tendrá que acompañar. Si tiene que quedar detenido o no, lo dictaminará un juez —intervino Ortiz.

—Ya les dije a sus compañeros que colaboraré en lo que haga falta. Supongo que he... —Tragó saliva—. Que alrededor de unas veinte o treinta personas han muerto por mi culpa.

—Ayer aseguró que había matado a Nicolás Ferrer, ¿es correcto?

—Así es.

—Hasta donde sabemos, a Nicolás Ferrer lo mató el estrés, la obturación de sus arterias o lo que sea que te provoque un ataque al corazón —soltó Campos—. Por eso usted ha dormido esta noche

en su casa y no en una celda. Lo que es más preocupante es que nombrara a la chica. Helena Gomariz.

—¿Quién?

—Brenda —corrigió Ortiz.

—Ah. Pobrecilla. ¿Ha aparecido ya? —preguntó con preocupación el anfitrión.

—Por desgracia sí.

La confirmación de Ortiz fue un nuevo mazazo para Olivares.

No por esperada la noticia le golpeó con menos fuerza. Todo aquello era una pesadilla, un juego estúpido que se le había ido de las manos. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo, volver al momento en que su vida era simplemente aburrida, al momento en el que solo era una persona mediocre, al momento en el que le pareció buena idea ponerse en la piel de un asesino. Sentía asco de sí mismo. Si tuviera valor se quitaría de en medio, acabaría con su miserable vida que no le importaba a nadie y que tanto dolor estaba causando.

¿Qué clase de infierno estaba haciendo sufrir a todas aquellas familias? Él mismo recordaba lo que se siente al perder lo que más te importa en el mundo. Tardó meses en poder pasar un día entero sin llorar cuando murió Estela. La certeza de que ese mismo sentimiento lo estaba provocando él en su infinita estupidez hacía incluso que pensara que el suicidio era demasiado leve para él. Merecía que lo llevaran hasta el peor presidio de la tierra y soportar a diario las palizas y las vejaciones que el resto de los reclusos estimara conveniente. Abrumado por tal idea, no alcanzaba a comprender qué había podido fallar; creía tenerlo todo controlado, y sin embargo, allí estaba con una pareja de policías paseando por su salón intentando adivinar a qué clase de loco tenían enfrente.

El placer en el trabajo pone perfección en el trabajo.

ARISTÓTELES

Lunes 9 de febrero

Dos días antes de la muerte de Brenda

Sin ánimo de parecer pretencioso, Félix Olivares podía asegurar que aquel era un plan brillante. Conocía a Nicolás mejor que nadie, los seguimientos habían acabado y había llegado la fase final, la que llevaba meses esperando. La noche anterior apenas había logrado conciliar el sueño.

Sabía que dos lunes al mes, Nicolás visitaba a Brenda. Y ese lunes estaba marcado en el calendario como el Día.

La mañana transcurrió lenta y pesada. Rodrigo Casamitjana, que debido a la salud de su padre ya hacía tiempo que actuaba como el dueño virtual de la empresa, había convocado una reunión de jefes de departamento a las once. Como en todas las reuniones de los últimos seis años, el tema giraba alrededor de optimizar recursos y, por eso, el departamento de recursos humanos debía dar cuenta del personal prescindible de la empresa y de los costes que suponía reajustar la plantilla. Todo se reducía a eso, no importaba tanto el rendimiento de un empleado sino el coste que suponía su despido. Bajo esta lógica, llevaban tiempo renunciando a excelentes trabajadores por el simple hecho que, al llevar poco tiempo en nómina, su despido resultaba más barato que el de otros empleados cuya función en la empresa iba poco más allá que pasar ocho horas comprobando cuántos *likes* había conseguido una fotografía de sus hijos colgada en Facebook.

Rodrigo era consciente de lo nefasto de esa política si, como era su deseo, quería contar con una plantilla joven, preparada, y con las ideas y la energía con la que pretendía renovar el negocio. Ya nadie quería hoteles con cortinas de terciopelo y tupidas moquetas. La gente contrataba sus viajes y sus hoteles desde el móvil, y las herramientas para sobrevivir en esta realidad no las poseía nadie que en algún momento de su carrera hubiera tenido un busca de empresa.

Rodrigo planteó una purga desde arriba, aunque los finiquitos fueran mareantes, e invertir en un nuevo departamento que se dedicara a crear opinión desde las redes sociales y en las preferencias de usuarios virtuales.

Félix sabía que posiblemente la visión moderna del heredero era la correcta, pero también sabía que sin la aprobación de su padre no se haría nada de eso, cosa que lo aliviaba porque sin duda él mismo era uno de esos mamuts a los que se había referido la directora comercial durante la

reunión. Pero sobre todo sabía que ya eran casi las dos y él había contratado los servicios de una joven masajista, y que si seguía en esa sala de reuniones, tendría que demorar su plan durante dos semanas.

Por suerte, Rodrigo Casamitjana no solo tenía ideas renovadoras para su empresa sino también un entrenador personal que lo había citado de dos a tres. A pesar de estar cerca, Félix cogió el metro para no llegar tarde a su cita. Durante las tres paradas del trayecto se dedicó a observar al resto de los pasajeros que con el cansancio en sus caras traqueteaban al ritmo del vagón mientras esperaban llegar a su destino.

Puntual como era su costumbre, llegó al portal indicado, y como había acordado, volvió a llamar al teléfono del anuncio. Una voz risueña respondió:

—¿Ya estás aquí, cariño?

—Sí. Estoy en la puerta.

—Es el segundo primera.

El chasquido metálico del mecanismo de la puerta indicó que esta estaba abierta y el pulso de Félix Olivares se aceleró. Una vez en el portal fue directo hasta el ascensor que afortunadamente se encontraba en la planta baja. Así no tendría que esperarlo y arriesgarse a coincidir con algún vecino que tras preguntarle a qué piso iba, seguro que lo miraría de soslayo con el rigor de quien se siente autorizado para juzgar. Al llegar a la segunda planta salió de la cabina del ascensor y la puerta del piso se abrió sola antes de que alcanzara a llamar al timbre. El recibidor estaba oscuro y al adentrarse en él comprobó que Charlotte se encontraba detrás de la puerta.

La poca luz era suficiente para constatar lo hermosa que era; no tendría más de veintiún años y le ofrecía una sonrisa a la vez pícara e inocente. Vestía una bata cruzada de seda debajo de la cual se intuía un cuerpo esbelto y cuidado.

Tras darle dos besos le invitó a que la acompañara por el camino que indicaban unas velas puestas en el suelo del pasillo hasta llegar a la habitación. Todo el piso se veía limpio; el aroma del incienso y la música relajante creaban un ambiente algo artificial pero eficaz.

La habitación estaba presidida por una cama en el suelo (el futón del anuncio, pensó Félix). Sin duda era la estancia donde habían hecho las fotos con Brenda. Aunque sabía que él estaba allí para seguir un plan, se reconoció a sí mismo que encontrarse en la misma estancia de esas fotos tan tórridas le excitaba bastante y que la sonrisa de Charlotte le producía una mezcla de sentimientos. Por un lado, le gustaría que una chica tan joven tuviese otras opciones y, por otro lado, deseaba tumbarla sobre la cama y arrancarle esa bata tan corta.

Intentó serenarse y centrarse en su misión. El hecho de citarse con Charlotte y no con Brenda había sido clave para su plan. Si investigaban la muerte de Brenda seguramente comprobarían todas las llamadas de su teléfono móvil. Sin embargo, su compañera de piso querría mantener la discreción con sus clientes.

La clave estaba en el anuncio que había leído en internet:

Dispongo de un piso discreto sin portero, velitas, camilla y tatami, donde recibirás caricias, mimitos y besos con lengua si la higiene es correcta. Ven y no te arrepentirás.

En la misma página se podían leer con todo lujo de detalles las experiencias de los foreros que habían visitado el piso, gracias a lo cual no tuvo necesidad de hacer «trabajo de campo». Esa misma mañana durante la reunión de departamentos había pensado en ello cuando Rodrigo propuso inundar de comentarios positivos las opiniones de sus hoteles. La diferencia era que en lugar de alabar la limpieza de las sábanas o el personal de la cafetería, los comentarios y puntuaciones de los usuarios del foro eran mucho más explícitos. Por ejemplo, en la experiencia de Machoinquieto se leía este relato:

Vamos al baño en el que la cabeza de Buda nos observa a ducharnos juntos. Tras la obligada ducha y enjuague bucal, Brenda empieza un festival de morreos que me pone muy burro, no sé si aguantaré el masaje, así que le pido pasar directamente a la acción, a lo que accede encantada. Es un volcán, me hace un francés de vicio a lo que respondo como un caballero con una comida de bajos espectacular, parece que lo disfruta. Al rato me enfunda y me cabalga mientras nuestras lenguas se dan un festival. No puedo evitarlo y me corro como un pajarillo. Sin duda volveré, esta chica vale mucho la pena.

Sin embargo, el relato de Pajillero era el siguiente:

Charlotte me acompaña al baño donde hay que destacar que todo está muy limpio, con aroma de incienso y una cabeza de Buda que transmite una atmosfera zen. Me recoge y volvemos a la habitación. No besa, ni falta que hace, las manos de esta chica son una delicia. Tras el masaje, me indica que puedo darme la vuelta y empieza unos pases por «el amigo» que lo despiertan de golpe. Lentamente va acariciándolo mientras se deja tocar.

Si quería acabar con la vida de un cliente de Brenda sin levantar sospechas, la mejor opción era acceder a su piso a través de Charlotte. Sabía por los comentarios de los foreros que compartían baño. Y también gracias al foro sabía que la diferencia entre una y otra eran los besos con lengua. Una vez en el baño solo había que introducir unos miligramos de aconitina en la botella del colutorio bucal. La sustancia se diluye bien en alcohol y queda camuflada por el fuerte sabor del mentol.

Después de introducir el veneno solo haría falta esperar a que todos los clientes de Brenda, incluido el objetivo, se intoxicaran, bien por ingerir una parte del colutorio, o bien por la saliva de la chica.

Como había aprendido en una novela de Hayes, la presencia de víctimas colaterales era esencial. ¿Qué policía investigaría la muerte de un ejecutivo de las Torres Gemelas al que hubieran empujado por la ventana el día en que la mitad de los ejecutivos del World Trade Center estaba saltando al vacío?

Los investigadores necesitan un motivo para dar con el sospechoso de un crimen, como quedaba claro en *Extraños en un tren*, de Highsmith. Pero si se encontraban con decenas de víctimas que no tenían nada en común, se les haría muy difícil adivinar que Nicolás Ferrer era el único objetivo del asesino. Además, usar a Brenda le permitía contar con la lógica discreción de sus clientes. Tardarían semanas en descubrir la relación que existía entre ellos, y para entonces, él ya habría concertado una segunda cita con Charlotte para sustituir el frasco de colutorio del baño por uno idéntico de la misma marca, y nadie sabría jamás qué les había pasado a todas aquellas personas.

Conseguir el veneno había sido más fácil de lo que esperaba. La idea se la dio el responsable de

los jardines de uno de los hoteles de la cadena a quien rescató de un recorte de plantilla. Estaba tan agradecido de conservar su empleo que cuando Félix le pidió un producto para acabar con el rottweiler de un vecino que se colaba en el jardín de su cuñado asustando a los niños y no dejaba dormir a nadie con sus ladridos, le facilitó una lista de cinco venenos discretos que no harían sospechar al dueño del can.

Rápidamente la aconitina se convirtió en su favorito. Era muy difícil de detectar (aunque Félix sabía que nadie tenía por qué investigar los cadáveres, su plan tenía que ser perfecto).

Julio Cilleros, el jardinero, le entregó el sobre de polvo blanco con la misma actitud cauta que hubiera tenido un sicario del KGB al entregar un rifle con mira telescópica. Como si el plan de matar a Iron, nombre que le puso al rottweiler ficticio, formara parte de una novela de Le Carré.

Félix Olivares pagó el servicio con un billete de doscientos euros para asegurarse de que Charlotte lo dejaba solo en la habitación para ir a buscar el cambio. En ese momento sacó dos frascos y los escondió dentro de un pequeño neceser de viaje que llevaba en la cartera.

Charlotte volvió con el cambio y se sorprendió al ver el neceser.

—¿Te importa que use mi propio gel? Es que no quiero llegar a casa oliendo a otro jabón.

—Claro que no me importa, amor.

Charlotte lo cogió de la mano y lo acompañó hasta el baño.

—Cuando estés listo llamas a la puerta —le dijo antes de lanzar un beso al aire.

Félix abrió el grifo del agua y desabrochó despacio la cremallera del neceser para extraer el frasco que había etiquetado de color verde y que había llenado previamente con cinco miligramos de azúcar. Abrió la botella de colutorio de Brenda y vertió el azúcar dentro. Después con sumo cuidado sacó el frasco de color rojo con diez miligramos de aconitina, suficiente para matar a todo aquel que ingiriera una mínima cantidad del colutorio, y lo tiró por el retrete.

Acto seguido se duchó con una sonrisa en la cara. Solo en ese momento fue consciente de que había una chica esperando tras la puerta y tenía el servicio pagado. Dudó entre mezclar el placer con el trabajo. Al principio había pensado pagar el servicio y no consumirlo, pero un asesino real no querría levantar sospechas. Además, los tórridos relatos que había leído en el blog de usuarios lo habían turbado. Charlotte estaba al otro lado de la puerta con esa sugerente bata, o tal vez ya sin ella... La excusa que se dio para convencerse fue que, en un hipotético interrogatorio, la chica tal vez mencionaría al cliente que tras pagar con un billete de doscientos y traerse su propio gel de baño se fue del piso sin probar la mercancía. Qué cosas tan raras tenía que hacer un asesino, pensó Olivares mientras tenía a Charlotte encima.

Jueves 12 de febrero, 13.05 horas

Al día siguiente de la muerte de Brenda

La narración de Félix Olivares era lo más surrealista que jamás habían escuchado los dos policías. Aquel hombre con aspecto de no poder hacer daño a nadie era la tercera vez que contaba el relato con pelos y señales. Las dos primeras veces que lo contó, a sus compañeros de oficina y al agente de la comisaría, vio incredulidad en las miradas de sus interlocutores, pero estos dos policías parecían tomarlo más en serio, incluso cuando les confesó que si aquella fuera la trama de una novela de Camilleri podría titularse *La muerte en un beso*.

—¿Me está diciendo que usted planificó hasta el milímetro la muerte del hombre que tenemos en el depósito, usando a la chica que está tumbada en la nevera de al lado, pero en el último momento se echó atrás? —preguntó Campos, sin haber decidido aún si ese sujeto que lo miraba con cara de conejo asustado era un cínico o un necio.

—No. En absoluto. En realidad, nunca tuve intención de hacer daño a nadie. Solo me gusta jugar. Soy un gran aficionado a la novela negra. Me gusta planear un asesinato y seguir los pasos que seguiría un asesino real. Puede que sea un hobby macabro, pero jamás ejecutaría el plan hasta el final.

—Entonces ¿de qué estamos hablando, de una especie de juego de rol? —inquirió la subinspectora—. Porque le aseguro que ni Nicolás Ferrer ni Helena Gomariz están haciéndose los muertos.

El sonido de alarma del *smartphone* de Campos rompió el silencio que había dejado en el aire la última frase. Era Fuentes. Cuatro mensajes nuevos:

Lista de llamadas de la chica comprobada.

El cuerpo de otro cliente ha aparecido en el puerto. Os paso señas.

Olzina nervioso.

Tenemos orden de arresto para el friki.

El coche patrulla que tenía que llevarse a Félix Olivares tardó siete minutos en llegar.

En esos siete minutos Campos se dio cuenta de que su nueva compañera podía ser poco habladora, pero cuando abría la boca podía tener muy mala leche. Mirando fijamente a los ojos del sospechoso le espetó:

—Para tratarse de alguien que planeaba el crimen perfecto, es usted bastante torpe.

Los dos hombres presentes en el salón volvieron la mirada hacia ella sin decir nada, pero con un mensaje claro en la cara que gritaba: «¿Con qué coño sale esta ahora?».

—Quiero decir —prosiguió Ortiz—: no sé si el crimen perfecto existe o no. Lo que tengo

jodidamente claro es que el autor del crimen perfecto no sería tan gilipollas de anotar todos los pasos seguidos para matar a alguien en una puta libreta.

En un primer momento Campos pensó que, además de usar tres tacos en una misma frase, aquello era simplemente una crueldad. Pero viendo cómo Ortiz mantenía la mirada fija en los ojos del sospechoso entendió que estaba intentando provocar una reacción. Atacar el ego de un erudito tan meticuloso y pertinaz puede ser una buena estrategia para ponerlo nervioso.

Pero no hubo nada, solo abatimiento. Olivares asentía con la cabeza al ataque de aquella policía con la resignación del que sabe que a partir de entonces todos los ataques a su persona serían merecidos. Aquel hombre solo se respetaba a sí mismo porque creía ser bueno en una sola cosa y acababa de descubrir que ni eso le quedaba.

Durante los siete minutos que tardó en llegar la patrulla, el sospechoso se limitó a sollozar y pedir perdón. A Campos no le gustaba ver a un hombre mayor llorando, pero cada vez que se sentía tentado de tocarle suavemente el hombro, el mensaje de Fuentes le recordaba que en ese mismo instante debía haber un gran número de personas llorando con más motivo que aquel chalado. Recogió las libretas a modo de prueba y echó un último vistazo al piso. Antes de irse, justo cuando el agente colocaba los grilletes al sospechoso, se fijó en un rincón del salón entre unas estanterías repletas, cómo no, de libros y una vieja cómoda que debía de llevar en el piso desde que lo construyeron. Definitivamente, ese sería el mejor lugar para colocar el piano.

Jueves 12 de febrero, 14.35 horas

Al día siguiente de la muerte de Brenda

Mientras el coche patrulla conducía a Félix Olivares de nuevo a la comisaría, esta vez oficialmente detenido, el inspector Campos y la subinspectora Ortiz se dirigieron al puerto, donde el juez de guardia y el forense se disponían a efectuar el levantamiento de un cadáver en uno de los veleros amarrados.

Un varón de cincuenta y seis años de complexión fuerte, hallado en decúbito supino, presentaba un color rosado muy evidente en el rostro que llamó la atención del médico. Tras oler el cadáver y discutir con el juez y un oficial de la policía portuaria si ese olor era o no de almendras, un signo claro del envenenamiento por cianuro, se decidieron a llamar a la brigada de homicidios.

Si la conducción de Ortiz ya le había parecido brusca a Campos en el trayecto hasta el domicilio de Félix Olivares, cuando vio que la subinspectora encendía la pequeña sirena azul que los coches de incógnito llevaban en el salpicadero, consideró que el plus por riesgos laborales de su nómina era realmente ridículo.

Después de cruzar en rojo ocho semáforos y de bajar un tramo de la Vía Laietana en contradirección y con el pavimento mojado por una lluvia que al fin ofrecía una tregua, llegaron a su destino en el muelle, donde el mar deja claro a los habitantes de las ciudades portuarias que, por muy grandes que sean, sus calles tienen un final.

El enjambre de mástiles de los veleros que, con su balanceo, parecían saludar la llegada de la policía al escenario del crimen, le recordaron a Campos el cuadro *La rendición de Breda*, de Velázquez, también conocido como «el cuadro de las lanzas».

Tras un último frenazo a escasos metros del agua, que hizo que Campos tomara una bocanada de aire por si acababan zambulléndose en el mar, Ortiz puso el freno de mano y el inspector dio gracias a Dios de no haber acabado sumergidos en las sucias aguas del muelle.

Dos agentes de la policía portuaria los aguardaban a la entrada del embarcadero destinado a naves de recreo, donde se hallaba el cuerpo.

Mientras seguían a los agentes, a Campos le asaltó el recuerdo de su niñez cuando acompañaba a su padre a ver los barcos del muelle que después reproducía detalladamente en maquetas de madera a escala. Al inspector siempre le habían gustado los barcos. Por lo que sabía, su abuelo había sido pescador en Cartagena. Tal vez, si el abuelo no hubiera emigrado, la familia habría conservado una pequeña embarcación de madera en la que cada día, antes del amanecer, zarparía con sus artes de pesca abriéndose paso entre las oscuras aguas en dirección a un caladero en el que, tras apagar el motor y dejarse mecer por la mar, observaría a diario el amanecer más cerca del horizonte de lo que había estado jamás.

—Por aquí, inspector.

La voz del agente de la policía portuaria que le orientaba con el índice que debían descender por unas escaleras metálicas le hizo volver a la realidad. La vida de pescador del inspector Campos había durado tres minutos y cuatro segundos.

La embarcación estaba custodiada por dos policías y era posiblemente la menos glamurosa del embarcadero. Su interior, que en otra época fue blanco, era de un amarillento que tiraba al ocre, y los detalles decorativos indicaban que, a pesar de gozar de un buen mantenimiento, la nave tenía ya sus años.

Ortiz y Campos tuvieron que dar un pequeño salto para salvar la separación entre tierra firme y la cubierta del velero. Una mezcla de olores de salitre y petróleo invadió sus pulmones mientras se iban sujetando a todo cuanto podían para avanzar hasta la escotilla que conducía a los camarotes sin resbalar por la cubierta mojada.

Nada más descender por las escaleras que comunicaban el puente con la cabina fueron recibidos por el cadáver de Valentí Pons.

La subinspectora Ortiz dio un respingo al ver el cuerpo, que en efecto presentaba un color rosado casi ridículo, además de restos secos de sangre en la boca y la cabeza y una mirada vacía, que tal vez por el escenario en el que se encontraban hacía pensar en la de los peces muertos que parecen haber visto su destino justo antes de convertirse en uno de los pilares de la dieta mediterránea.

No era la primera vez que el inspector apreciaba en policías jóvenes la impresión de encontrarse cara a cara con la muerte, pero aquel no era ni mucho menos el peor escenario de un crimen al que asistiría Ortiz si quería seguir en homicidios. Así que optó por ser un poco duro con su compañera y tal vez así vengarse por su conducción enloquecida hasta el puerto. Si él había estado a punto de vomitar, ahora le tocaba a Ortiz.

Campos saludó al juez y al forense, que juntos parecían una parodia de Stan Laurel y Oliver Hardy. El juez Olmos era bajito y enjuto, tenía los hombros caídos y la cabeza demasiado grande, hecho este que evidenciaba un abuso del fórceps en el momento de su alumbramiento. Por su lado, el doctor Carreras tenía problemas a la hora de maniobrar por el reducido espacio de la cabina debido a su metro noventa de estatura y sus ciento treinta kilos de peso.

Mientras los policías examinaban el cuerpo y comprobaban que no había signos de lucha en el escenario, el forense les ofreció sus primeras impresiones.

—Evidentemente deberá confirmarlo la autopsia, pero yo diría que se trata de intoxicación por cianuro.

—¿Y la sangre?

—Posiblemente se golpeó al caer.

Campos asintió ya que no se observaban signos de lucha, más bien parecía estar todo muy bien ordenado.

—¿Puede determinar la hora de la muerte?

—Yo diría... mínimo veinticuatro horas.

—¿Seguro que es cianuro? No podría ser... —Consultó sus notas—. ¿Aconitina?

—Lo analizaremos en el Anatómico Forense, pero la coloración y el olor corresponden con el

cianuro.

—Una pregunta, doctor. Si yo tuviera cianuro en la boca y lo besara, ¿usted acabaría así? — planteó señalando con el pulgar el cuerpo de Valentí Pons.

—Mire, inspector. Si intenta besarme, posiblemente el que acabe así sea usted.

—Vale. Se lo preguntaré de otra forma. ¿El cianuro te mata si lo tienes en la boca unos segundos y lo escupes? Y si lo hace, ¿cuánto tiempo tarda?

—El cianuro te puede matar solo por tocar un cadáver por intoxicación cianhídrica. Todo depende de la dosis y el tiempo de exposición. Las mucosas de la boca son una vía de entrada muy jodida. Y el tiempo que tarde en actuar depende de la dosis.

—El cuerpo corresponde a Valentí Pons —anunció la subinspectora Ortiz con la cartera del difunto en la mano y segundos antes de salir a cubierta para que le diera el aire.

—¿Se ha impresionado por esto? —quiso saber el forense señalando el cuerpo de Pons.

—No, hombre —la disculpó Campos—. No le sienta bien el mar. Y además, he conducido como un loco.

Campos buscó entre los objetos de la cabina y les pidió a los agentes que le facilitaran bolsas de plástico para clasificar pruebas. En ellas introdujeron la documentación del difunto, una agenda que se encontraba sobre la mesa, el teléfono móvil y todo vaso, copa, plato o cuenco del que pudiese haber ingerido cualquier tipo de alimento o bebida. Mientras sellaban las bolsas, Campos pensó en voz alta:

—Seguramente en este teléfono encontraremos una llamada a Brenda.

—¿Perdón? —contestó el agente.

—Disculpe. Pensaba en voz alta. Es posible que la víctima esté relacionada con otro caso y que podamos situarlo en otro escenario. Habrá que esperar.

—Si quiere situarlo donde sea, podrá hacerlo hoy mismo en Instituciones Penitenciarias.

—¿Cómo dice?

—¿No ha visto que lleva un brazalete localizador? —dijo el agente con una sonrisa de orgullo en la cara mientras levantaba unos centímetros la pernera del pantalón de la víctima. A la altura del tobillo izquierdo apareció una correa de plástico negra con un artilugio parecido a un reloj digital—. Posiblemente tenga el tercer grado o esté en arresto domiciliario.

Campos asintió a modo de felicitación por la agudeza visual del agente, al tiempo que se recriminaba a sí mismo no haber visto él el localizador con el que Instituciones Penitenciarias controlaba mediante un dispositivo GPS los movimientos de algunos delincuentes.

Como el habitáculo era muy estrecho, tuvieron que salir todos detrás de Ortiz para que los operarios del servicio judicial pudieran envolver el cuerpo en un sudario de plástico y atarlo a la camilla con la que lo izaron hasta la cubierta.

El levantamiento de un cadáver siempre creaba expectación, y la zona, ya de por sí repleta de turistas, facilitó que el recorrido de la camilla desde el velero hasta la furgoneta negra que lo conduciría al depósito fuera acompañado por un séquito de curiosos y periodistas que, animados

por el incipiente sol que al fin había vencido a la lluvia en su ancestral combate, no dejaban de fotografiarlo y grabarlo todo.

Campos se encendió un cigarrillo al llegar a la altura del coche en el que lo esperaba Ortiz.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras veía cómo los operarios cerraban las puertas de la furgoneta.

—Sí. Simplemente no me gustan los barcos —mintió.

—Encárgate de hablar con su entorno —ordenó Campos, al tiempo que señalaba con la mirada a la furgoneta que se llevaba el cuerpo de Pons.

Mientras Ortiz asimilaba la orden que menos le apetecía cumplir desde que aprobó las oposiciones al cuerpo, un hombre se acercó a su coche.

—¿Son ustedes policías?

—Se supone que vamos de paisano, pero lo debemos llevar escrito en la cara —respondió Campos—. ¿Podemos ayudarle en algo?

Al mirarlo bien, ambos policías pensaron que, si un día tuviesen que hacer una película con un viejo marino, lo llamarían a él como actor principal. Tabardo azul oscuro, jersey de lana de cuello alto y un gorro negro de lana. Le faltaba una pipa sostenida entre los estrechos labios que se intuían bajo aquella poblada barba para parecer un figurante de *Moby Dick*.

—Ese que se llevan es amigo mío —dijo el hombre mirando al horizonte donde la furgoneta de los servicios funerarios ya se había confundido entre la multitud del tráfico.

—Y ¿usted es...? —preguntó Ortiz.

—Pablo Ortuño. Soy el propietario del barco en el que han encontrado a Valentí. Porque era él, ¿verdad?

—El nombre coincide con la documentación que llevaba encima —dijo Campos sin confirmar ni desmentir—. ¿Usted le alquilaba el barco?

—Bueno... más bien se lo dejaba a cambio de que le hiciera el mantenimiento. Valentí no pasaba por una buena racha. Díganme... ¿creen que se ha matado?

—¿Por qué lo dice? ¿Piensa que tenía motivos para quitarse la vida?

—Deberían haberlo conocido veinte años atrás.

La subinspectora Ortiz resopló con impaciencia.

—¿Saben que fue olímpico?

—No. No lo sabemos. Lo que sabemos es que lleva un geolocalizador de custodia.

—Hace dos años lo denunciaron por un tema de unos vídeos que se había bajado.

—¿Qué clase de vídeos? No te ponen eso en el tobillo por descargarte *Titanic*.

—Vídeos ilegales.

—¿Pornografía infantil?

—Puede ser.

—Y usted le prestaba el barco.

—Oiga, ahora lo puedo decir aunque sean polis. Si hubieran registrado mi barca hace veinte años, habrían encontrado cien cartones de tabaco de contrabando y yo no he fumado en mi vida, ¿entiende? Que andes enredando con vídeos no significa que los veas.

—Pero ¿hacía negocio con ello?

—Eso me dijo. El problema es que llevaba veinte años enseñando a navegar a chicos y, como comprenderá, estar relacionado con ese tipo de vídeos no es una buena publicidad para un profesor de vela. ¿Qué iba a hacer? ¿Dejarlo en la calle?

—¿Sabe si últimamente estaba preocupado por algo? ¿Había recibido amenazas de algún tipo?

—Mire, yo le dejaba el barco por los viejos tiempos. Pero tampoco hablábamos mucho. La mayor parte del tiempo se la pasaba cocido, ¿entiende?

—Está bien. Si le da sus datos a mi compañera, lo llamaremos para tenerlo informado. De momento no puede tocar nada del barco hasta que el juez lo diga.

Campos dejó al lobo de mar con Ortiz para adentrarse de nuevo en el barco y echar un vistazo. Había algo que no le cuadraba. Para empezar, el interior del barco estaba muy limpio para ser la cueva de un borracho, y en segundo lugar, ¿qué pinta un hombre que bebe vino en envase de tetrabrik y compra el brandy más barato del mercado en un salón de masajes de ciento veinte euros la hora?

Miércoles 11 de febrero

El día de la muerte de Brenda

A pesar de la fama de juerguista que tenía entre su cuadrilla de Zarautz, Aitor Bernales no acostumbraba a visitar prostíbulos. Hijo pequeño de una familia tradicional y tradicionalista vasca, y educado en la severidad de los jesuitas de Donosti, prefería los pecados de gula ampliados a todo tipo de excesos que los relacionados con la lujuria. Esa faceta oculta se la reservaba para la única semana al año que pasaba lejos de su amado Zarautz y cambiaba el rigor del Cantábrico por los templados aires mediterráneos de una Barcelona a la que llegaba dispuesto a todo, como si los quinientos kilómetros de distancia y las generosas dietas que su empresa le pagaba para asistir a un congreso de productores de vino le permitieran durante tres días ser otra persona.

Aitor pasó cerca de una hora consultando páginas de contactos en su *smartphone*, y creía haber visto ya todos sus anuncios. Era el momento de decidirse de una vez y teclear el teléfono de una de aquellas chicas que con sus fotografías y sus frases sugerentes lo invitaban a soñar con todo tipo de fantasías. Excitado y nervioso, se concedió el lujo de abrir una de las botellas de licor en miniatura que el hotel en el que se alojaba cobraba a precio de barril de Brent. Aitor nunca tocaba el minibar, pero en aquel instante sintió que necesitaba algo que le quemara la garganta durante unos segundos para infundirse valor.

Solo pecaba una vez al año y sabía que debía elegir bien. El primer teléfono que marcó era el de una tal «Ana, morena. Española, 26 años». El detalle de que fuera española era importante para él, no porque tuviera ningún problema de xenofobia ni de racismo, sino porque suponía que las chicas españolas que se dedicaban a eso lo hacían por propia voluntad y no por haber caído en alguna de las mafias de tráfico de personas de las que había oído hablar en multitud de reportajes sensacionalistas y escabrosos.

En cualquier caso, la voz de la tal «Ana, morena, 26 años» sonó demasiado ronca al otro lado de la línea. Aitor se imaginó a una mujer castigada por la mala vida, con aspecto de trasnochada y el aliento de demasiadas madrugadas encima. El siguiente anuncio de la lista era el de una tal Cindy, a la que los comentarios de usuarios del foro en el que se anunciaba dejaban tan bien, que tenía ocupado todo el miércoles y parte del jueves.

Finalmente consiguió concertar una cita con «Brenda, muñequita de 20 años».

La espontaneidad de aquella voz joven y risueña lo conquistó al instante. Más que un encuentro pecaminoso, parecía que concertaba una cita con una novia, y aquello calmó su conciencia.

Gastrónomo experto como era, no se hacía ilusiones de que un sucedáneo sustituyera la auténtica pasión de un cuerpo que desea empaparse de otro como la tierra yerma de septiembre

ansía absorber las primeras lluvias de otoño, pero, aunque fuera un simulacro, vivir algo semejante a esa experiencia bien valía el riesgo de ir al infierno.

El encuentro con Brenda fue, sin duda, la mejor experiencia que Aitor Bernales había tenido jamás con una profesional del sexo. No hubo prisa ni fingimiento; todo transcurrió con tanta naturalidad y franqueza, que no hubo lugar para el repentino arrepentimiento que acostumbraba a sobrevolarlo siempre que terminaba una de aquellas visitas.

Aitor Bernales empezó a sentirse mal minutos después de abandonar el piso. Había pensado dar un paseo hasta el hotel de la Rambla Catalunya, disfrutando del espectáculo de la vida en una gran ciudad con sus terrazas repletas de turistas que desafiaban al invierno y los precios excesivos. Pero lo que comenzó pareciendo acidez no tardó en transformarse en una llama que lo abrasaba por dentro como si quisiera derretirle los órganos. La vista se le nubló y un sudor frío cubría cada centímetro de su piel. Sus movimientos se entorpecieron repentinamente y cada vez le costaba más apartar la idea de que lo que le estaba sucediendo era grave.

Como en una toma de posesión, la culpa ocupó su lugar en el trono de su conciencia y Aitor, presa de algo que rayaba en el pánico, vio en la puerta de aquella pequeña iglesia situada en una esquina de la Diagonal con Roger de Llúria una señal clarísima. La urgencia hizo que la fuerza con la que abrió la puerta provocara un estruendo que resonó en toda la iglesia con el eco rebotando en cada una de las paredes de la nave. Aitor se sintió tentado de refrescar su cabeza en la pica del agua bendita, pero se conformó con santiguarse con ella. Avanzó por un lateral de la nave central con las primeras lágrimas resbalando por sus mejillas y la respiración cada vez más irregular. Las imágenes recibieron a Aitor con una mezcla de misericordia y severidad. Sin duda, todos los santos y las vírgenes conocían su pecado y eso avergonzaría a cualquier corazón pío, pero en esos momentos el corazón de Aitor tenía problemas más serios. Como pudo, se abrió paso entre los bancos de madera hasta llegar a uno de los confesionarios situados en el lateral del pasillo izquierdo.

Aitor Bernales jamás había pasado la noche en una iglesia. Tampoco lo habían encontrado nunca muerto recostado en la pared de un confesionario. Una de las cosas que llamó la atención del policía que sacaba fotografías de su cuerpo inerte fue la mirada de aquel desgraciado, que no tuvo tiempo de pulsar el interruptor que avisaba al párroco de que alguien precisaba confesión.

Jueves 12 de febrero, 16.35 horas

Al día siguiente de la muerte de Brenda

Si el estrés hubiera tenido nombre y apellidos esos hubiesen sido Ricard Olzina.

A las seis se convocó una reunión con el equipo al completo. El sospechoso estaba detenido y se trataba de recopilar todas las pruebas para que la instrucción del caso fuera ejemplar. O dicho en boca de Olzina, se trataba de no cagarla. Campos, Ortiz y Fuentes sabían perfectamente que una reunión a las seis de la tarde significaba que el turno que habían empezado a las seis de la mañana no iba a terminar nunca.

El interrogatorio a Olivares tendría lugar al día siguiente, pues así lo había solicitado el abogado gentileza del grupo hotelero Casamitjana, que pagaba de este modo los servicios de tantos años de dedicación, al tiempo que calculaba qué finiquito era más asumible para la empresa.

Además, había otro trago que pasar. Campos y Olzina tenían que recibir al padre de Helena Gomariz para entregarle la bolsa con sus objetos personales.

Si el nombre propio del estrés era Ricard Olzina, el de la derrota era Julián Gomariz. Tenía el semblante de un zombi. Aquel hombre había perdido el brillo de sus ojos entre las visitas al Instituto Anatómico Forense, al tanatorio y a la comisaría. Tras agradecer el pésame de los dos policías y recibir con cierta indiferencia la noticia de la detención de Olivares, recogió los efectos personales de su hija sacándolos de la bolsa y tratándolos con la delicadeza con la que se tratan las reliquias en un santuario. Solo una cosa detuvo el ceremonial.

—Este no es el móvil de Helena —dijo el hombre con total seguridad.

—Es el que se encontraba en su bolso —respondió Olzina.

—Le aseguro que este teléfono no es el suyo. Ni siquiera es de la misma marca.

Campos y Olzina se miraron. Aquel teléfono móvil contenía la lista de llamadas de las otras víctimas: el subdirector de la oficina bancaria Nicolás Ferrer, el beato Aitor Bernaldes, el amante de los veleros Valentí Pons y un cuarto cliente que llamó a Helena Gomariz a las siete de la tarde y al que encontraron dentro de su coche en un parking de la Via Augusta.

Sin lugar a dudas, el teléfono que tenían sobre la mesa pertenecía a la víctima. Ambos sabían que una chica que se dedica a la prostitución posiblemente tendrá un móvil exclusivo para el trabajo. Es difícil llevar una doble vida con un solo número.

Pero Campos y Olzina sabían también que una chica de veinte años por mucho que lleve el móvil del trabajo encima no sale de su casa sin su móvil personal.

Desde que había salido del barco de Valentí Pons, Campos tenía la sensación de que algo no cuadraba. Conocía bien esa sensación, era muy parecida a la que se percibe cuando sabes que has olvidado algo que tenías que hacer y no recuerdas qué es. Olzina también notó que algo

pasaba. Cuando se tiene al asesino confeso detenido en el sótano, y a todos los cargos públicos de los que depende la policía pendientes de ti, no puede haber cabos sueltos y ese móvil no era otra cosa que un cabo suelto.

—Tal vez se lo quedó Olivares como una especie de trofeo —le dijo Olzina a Campos tras despedir al padre de la víctima.

—Vamos, Olzina. Ese tío apuntaba en su libreta hasta los sobres de azúcar que se echaba su víctima en el café. ¿Crees que si se hubiera quedado el móvil de la chica no lo sabríamos? Además, el muy capullo se cree Alfred Hitchcock y sabe que ese sería un error imperdonable.

—Vale, vale. Investigad lo del teléfono. Pero tenemos otro problema más gordo. Están llegando las primeras autopsias. Está claro que la prostituta ingirió cianuro. Parece que Aitor Bernales, el tipo del parking y el marinero también. Pero no hay ni rastro de veneno en el tío del banco y lo han abierto dos veces. Nicolás Ferrer murió porque se acostaba con chicas de veinte años, porque se comía butifarras de dos palmos después de recorrer Collserola en bici o porque sus clientes le hacían vudú; lo que está claro es que no se ha encontrado cianuro en su organismo. Y según el localizador de Valentí Pons, en toda la semana no se movió de la zona del puerto. Es decir, que no ha estado ni cerca de la casa de putas.

—A lo mejor solicitó sus servicios a domicilio —apuntó Campos.

—Se ha verificado una llamada a Helena Gomariz desde el teléfono del barco —aclaró Fuentes. Olzina siguió poniendo los datos que tenían sobre la mesa.

—Por un lado tenemos a un tipo que en lugar de hacer puzzles de diez mil piezas se distrae planeando asesinar al subdirector del banco. Su objetivo muere de forma natural justo cuando él finge envenenar el frasco de colutorio de una prostituta a la que la víctima visitaba asiduamente.

»Dos días después de la muerte por infarto de Nicolás Ferrer empiezan a aparecer muertos con signos de envenenamiento relacionados con la prostituta a la que el subdirector frecuentaba.

»Por si fuera poco, el veneno que había pensado utilizar el sospechoso no coincide con el que se ha hallado en la mayoría de las víctimas, y el teléfono personal de la prostituta desaparece. En resumen, una buena mierda.

»Mañana te quiero en el interrogatorio —dijo señalando a Campos—. Hacedlo como os plazca, pero por la tarde pretendo decirle a la prensa que está todo bajo control y que la gente ya puede irse de putas sin miedo a que se les disuelvan los pulmones.

Tras su discurso Olzina salió dando un portazo y el equipo se dispuso a empezar la reunión de trabajo útil.

—Lo más urgente es revisar de nuevo el listado de llamadas del teléfono profesional de Helena Gomariz. A todo aquel que estuviera con la chica entre el lunes y el miércoles lo mandamos primero al hospital para que comprueben si ingirió cianuro y después a comisaría —dijo Campos dejando sobre la mesa una lista de nombres.

Los tres policías echaron un vistazo a la hoja para hacerse una idea de la magnitud del caso al que se enfrentaban.

—Tú te encargarás de eso, Fuentes —ordenó Campos.

—Vale. Será divertido.

Begoña Ortiz miró a su compañero con incredulidad.

—¿Qué parte de llamar a alguien para decirle que posiblemente haya ingerido cianuro encuentras divertida, tarado?

A Campos la pregunta le pareció de lo más pertinente.

—No —se excusó Fuentes de inmediato—. Está claro que eso es una mierda. Pero ¿os imagináis a todos esos puteros citándose conmigo clandestinamente y apareciendo en comisaría con gafas de sol suplicando discreción?

Fuentes calló al ver con qué ojos lo miraban sus compañeros. Intuía que el comentario había estado fuera de lugar, intuía que la presión que soportaba Campos le impedía ver el lado divertido de las cosas y sabía perfectamente que la mierda siempre iba hacia abajo, y en esa investigación, justo debajo de Campos estaban Ortiz y él.

Lo que Fuentes ignoraba era que el reproche implícito en la mirada de Campos no iba dirigido a él sino al hecho de que el inspector se estaba preguntando a sí mismo cuánto tiempo hacía que no encontraba divertida ninguna faceta de su trabajo.

Observando a su subordinado, Campos pensó que tal vez si tuviera su edad, tendría el valor de dimitir. Años atrás, el tópico era que los policías que abandonaban el cuerpo trabajaran como detectives privados o abrieran un bar. Dos trabajos que no llamaban nada la atención a Campos. «La hostelería es muy esclava», le decía siempre su tío que regentaba el bar de la estación de la parada de metro Verdaguer. Ese hombre, que abría a las seis de la mañana para que sus clientes pudieran tomar su primer sol y sombra del día y cerraba a las diez de la noche para que pudieran tomar el penúltimo, no veía jamás la luz del sol.

Descartado el bar, Campos se vio a sí mismo en una agencia de detectives. Por lo que se había ido encontrando, los detectives privados que conocía distaban mucho de los que Hollywood se había encargado de popularizar. Si ser detective privado significara tener un despacho tras una puerta de cristal ahumado con el nombre pintado en negro, un escritorio de madera y una secretaria abnegada que a menudo ayudaba en la resolución de los casos, sería para pensárselo. Tal vez podría probarlo. Al fin y al cabo, se trataba de investigar, pero sin necesitar que un juez autorizara cualquier paso a dar, sin tener que informar a la fiscalía de todos tus movimientos, sin que tus superiores auditaran hasta el último céntimo de tus gastos. Si abría un despacho en una zona adinerada, de esas en las que los maridos disponen de tiempo libre para tener amantes y las esposas de dinero para contratar detectives, podría ser un buen negocio.

Por más que lo intentaran, los hombres de mediana edad que conducían un deportivo y se hacían acompañar de una modelo no pasaban desapercibidos fácilmente y eso los hacía fáciles de seguir. El otro gran segmento de mercado para los detectives eran los empleados que llevaban meses cobrando una baja laboral y a los que había que fotografiar en plena clase de zumba, tampoco parecía muy complicado.

La lástima era no poder llevar gabardina y sombrero de ala ancha, si lo que se quería era no ser detectado, pero lo del escritorio de madera y la puerta de cristal ahumado podría negociarse.

La vida de detective privado de Domingo Campos duró dos minutos y quince segundos, justo el tiempo que tardaron sus dos compañeros en pasar de mirarlo con la expectación de quien espera una orden a escrutarlo con la preocupación de quien está presenciando un ictus.

—¿Inspector? —se interesó el caporal Fuentes.

—Sí —reaccionó Campos—. Ortiz, habrá que interrogar al entorno de Olivares y sus dos primeras víctimas: Ferrer y Gomariz. Pero antes...

Campos necesitaba algo para justificar el haber estado absorto en sus cosas tanto tiempo y que pareciera que estaba pensando en algún detalle importante del caso, y le vino a la cabeza justo lo que necesitaba.

—¿Tenemos los resultados del análisis del colutorio?

—Sí. Un frasco de la marca Listerine aliñado con... —consultó sus notas— unos seis gramos de cianuro, ideal para conseguir un cadáver con los dientes impolutos.

—Vale. Devuélvelo al laboratorio y solicita un nuevo análisis. Y diles que es urgente.

—De acuerdo, pero ¿qué esperas que encuentren exactamente, aconitina? Te aseguro que la han buscado del derecho y del revés.

—No. Si Félix Olivares no nos está tomando el pelo desde el principio, deberían encontrar cinco miligramos de azúcar.

Diario de Helena Gomariz

Llevo una semana sin ir a clase. Y por más que lo intento, no me siento culpable. Decididamente, elegir Arquitectura fue un error. ¿Quién necesita un arquitecto en un país donde ya se ha construido todo? Tal vez si hubiera nacido treinta años antes la cosa sería distinta. ¿Yo en los años sesenta? Ni de coña. Eso le pega más a Carla, que se pasa el día escuchando música de la Motown y viste como si saliera de una sesión de fotos para un calendario de 1968. Puedo entender a los viejos nostálgicos que pretenden hacerme creer que en los setenta en este país se vivía mejor, al fin y al cabo sé que no añoran el pasado, solo se añoran a ellos mismos cuando tenían veinte años. Lo que no entiendo es cómo se puede sentir nostalgia de una época que no se ha vivido. Seguro que Carla se imagina paseando con su falda plisada por la California de los Beach Boys. Cuando se pone pesada con eso la chincho diciéndole que los años sesenta fueron unos años felices siempre y cuando no fueras negro, no tuvieras a nadie en Vietnam, o no te contagiaras de sarampión o poliomielitis.

Creo que Lorenzo y Carla se han liado. La verdad es que él siempre ha sido un encanto con nosotras. Ahora que ya no vamos a ferias lo tenemos de segurata. Tranquiliza bastante tenerlo paseando por la zona y con unas llaves del piso por si la cosa se pone fea con algún capullo. De momento no lo hemos necesitado nunca porque nuestros clientes son bastante majos.

Volviendo a la carrera, dicen que el primer semestre es el más duro y la media de suspensos supera el sesenta por ciento para hacer una criba natural de alumnos. En este caso, les voy a facilitar la labor. Trabajando como hasta ahora, a los treinta tendré suficiente dinero para abrir el negocio que me dé la gana.

En el piso no hay novedades. Ya tengo algunos clientes fijos y eso es una ventaja enorme. Cada vez que viene un cliente nuevo no puedo evitar ponerme nerviosa por si será un tío chungo o algún conocido. Los fijos son un encanto y sé lo que les gusta.

De raritos solo tenemos a uno, pero técnicamente es cliente de Anaïs. Y como dice Lorenzo, Anaïs paga prácticamente sola el alquiler.

Nos han obligado a quitar la foto de Anaïs del anuncio, aunque estuviera pixelada. De todas formas, hemos hecho fotos nuevas. Nos las ha realizado un fotógrafo del foro a cambio de un servicio de una hora.

Para la sesión nos compramos unos uniformes de colegialas y me dejé trescientos euros en el Intimissimi. El tío resultó ser un vicioso que estuvo todo el tiempo llamándonos «putitas», pero todo hay que decirlo, las fotos quedaron chulísimas.

Cuando creíamos que teníamos todas las respuestas, de pronto, cambiaron todas las preguntas.

MARIO BENEDETTI

*Viernes 13 de febrero, 7.30 de la mañana
Dos días después de la muerte de Brenda*

Con cierta decepción el locutor de radio que despertó a Campos hablaba del hermetismo con el que la policía estaba tratando la noticia y confirmaba la detención de un sospechoso sin aclarar qué relación tenía con las víctimas.

Campos pensó que Olzina había vuelto a demostrar que era un maestro a la hora de dar datos que no significaban nada para que la prensa tuviera algo con que despertar a la población, que escuchaba los detalles del caso mientras desayunaba con la sensación de alivio que da tener la certeza de que hay gente con problemas más gordos que los tuyos.

Mientras se duchaba se imaginó a sí mismo en una emisora ante un micrófono dando esas mismas noticias.

Desde la adolescencia envidiaba a los hombres con una voz profunda. Su voz siempre había sonado más aguda de lo que él hubiera querido. A los quince empezó a fumar pensando que eso le haría tener el timbre de un barítono, pero no fue así. De cualquier forma, no todos los locutores de radio poseían una voz varonil.

El periodismo y el trabajo policial tenían cosas en común; sobre todo, el periodismo de investigación. Por eso mismo Campos hubiera preferido presentar un programa radiofónico musical. Se vio eligiendo títulos de una lista previamente preparada y presentándolos a los oyentes que lo escuchaban de madrugada, admirados de que aquella voz que sonaba desde un punto inconcreto pudiera acertar tan bien sus gustos musicales. Los primeros compases del tema empezaban a sonar tras una mirada cómplice al técnico, mientras él soltaba algún dato curioso de la letra de la canción, de su autor o su intérprete. Después la dejaría sonar observando la ciudad desde la ventana del estudio y preguntándose en cuántas de las casas en las que todavía tenían la luz encendida se estaría escuchando. La alarma de mensaje de su teléfono lo devolvió a la realidad. El interrogatorio sería a las once y media. La vida de locutor de radio de Domingo Campos había durado siete minutos y ocho segundos.

Se había propuesto desayunar como una persona normal y no fumar el primer cigarrillo hasta el mediodía, así que se preparó unas tostadas con queso, un zumo de naranja, un café y, tal vez en un exceso de entusiasmo, también tuvo a bien prepararse unos huevos revueltos con beicon. El

bodegón que le quedó sobre la mesa auxiliar de la cocina era realmente como para ponerlo en la portada de una revista, si hubiera una revista llamada *Desayuna todo lo que tengas en la nevera*. El sonido de la loza del plato contra el frío mármol de la cocina coincidió con la alarma de mensaje de su móvil. Para motivarlo, Olzina eligió las palabras «Ven con las pilas puestas o vamos a estar cagando sangre un mes por cómo nos van a dar por culo». Tras leer el texto en la pantalla dio dos sorbos al zumo, y tras sentir un pinchazo en el estómago metió la tortilla en un táper, aun sabiendo que sus táperes acostumbraban a ser la antesala del cubo de la basura, y se encendió el primer cigarrillo del día.

En la comisaría se respiraba tensión. Los pirados inteligentes eran la peor opción en un interrogatorio, uno siempre tenía la sospecha de que le tomaban el pelo. Lo que estaba claro era que tenían que hacerle confesar, ya que, aunque ese hombre estaba convencido de su culpabilidad, las pruebas en su contra no eran lo bastante sólidas como para tenerlo encerrado. Las autopsias de Nicolás Ferrer seguían indicando que su muerte había sido causada por un infarto y una tercera autopsia fue denegada.

Además, Olivares continuaba manteniendo que él no usó cianuro y el análisis de la botella de colutorio confirmaba que le habían añadido los dichosos cinco miligramos de azúcar.

Campos y Olzina habían visto a muchos detenidos en esa misma sala. Los que no eran reincidentes tenían siempre el mismo aspecto desasosegado del que sabe que una mala respuesta puede cavar su tumba. Los policías también estaban acostumbrados al aluvión de excusas, lloros y súplicas de los homicidas *amateurs*.

Sin embargo, la mirada de Félix Olivares había cambiado en las últimas veinticuatro horas. Había pasado del remordimiento al desconcierto.

—No entiendo nada de lo que está ocurriendo. Ya les he dicho que me declararé culpable, pero no fue como ustedes dicen.

—No. No se declarará culpable de nada hasta aclarar lo sucedido —intervino el abogado, que a duras penas cabía en una silla que no dejaba de chirriar por el persistente movimiento de su pierna derecha.

Campos pensó que el letrado estaría más acostumbrado a intervenir en litigios administrativos que en casos criminales, ya que parecía más nervioso que el propio detenido.

—Señor Olivares, el caso está clarísimo. Usted mismo se inculpó por un delito de asesinato con premeditación. A mí, que usara cianuro o el cocido de su abuela me la trae floja —soltó Olzina.

—Es que hay una diferencia muy importante. El cianuro actúa demasiado pronto y se detecta al instante. Puede que me equivocara y en lugar de echarla por el retrete la vertiera en la botella, pero de lo que estoy seguro es de que era aconitina, no cianuro.

El abogado de Olivares, acaso no fuera capaz de correr más de diez metros sin que le explotara una arteria, pero tenía una cabeza muy rápida y se dio cuenta de que ahí había un filón para la defensa al mismo tiempo que los dos policías.

Olzina empezó a mover las aletas de la nariz y a apretar la mandíbula con tanta fuerza que Campos pensó que en cualquier momento se le pulverizarían las muelas.

Tampoco ayudó mucho que en un frasco de muestras encontrado en casa de Olivares se hallaran restos de aconitina, ni que el jardinero de uno de los hoteles de la cadena confirmara que, efectivamente, le facilitó aconitina al responsable de recursos humanos que meses atrás lo había salvado de un despido inminente por encontrarse ebrio en horas de trabajo. Según el jardinero, Olivares le pidió la sustancia para deshacerse de un rottweiler que atemorizaba al vecindario sin levantar sospechas en su dueño, un *skinhead* convencido de que un día sin partirle la cara a nadie era un día perdido.

Lo que debía ser un interrogatorio de trámite estaba girando justo hacia donde Olzina no quería, y aquel abogado, más acostumbrado a litigios administrativos que a casos criminales, no tardó en solicitar la puesta en libertad de su cliente, un Félix Olivares que seguía sin entender qué estaba pasando.

—Eso lo decidirá el juez —replicó Olzina—. ¿De verdad espera que nos creamos que hay por ahí otro cretino que siguió exactamente su plan, con el mismo objetivo, el mismo *modus operandi*, en la misma fecha y con otro veneno? ¿Realmente cree que la policía es tan gilipollas?

Afortunadamente ni el abogado ni el sospechoso respondieron a esa pregunta.

—¿Puede decirnos quién más ha tenido acceso a su cuaderno? —intervino Campos ante la mirada de Olzina, que prácticamente le llegó al hipotálamo para grabarle el mensaje: «¿Le estás dando crédito a lo que dice este pedazo de mierda?».

—Nadie ha tenido acceso a mis notas, eso se lo puedo asegurar. Las tengo en casa, donde no ha entrado nadie, o en mi cartera si tengo que hacer... trabajo de campo —puntualizó Olivares con cierta vergüenza.

El resto del interrogatorio tuvo el tono que tienen los últimos minutos de un partido de fútbol que se ha decidido en la primera parte y en los que los protagonistas solo esperan a que el árbitro se decida a señalar el final con su silbato. La cantidad de palabrotas que soltó Olzina al salir de la sala de interrogatorios podía haber llenado un diccionario.

—¿Qué cojones ha pasado ahí dentro, Campos? Este maldito loco vino a entregarse y lo mandamos a su puta casa porque no había cuerpo. ¿Y ahora que tenemos el Anatómico Forense con *overbooking* tendremos que soltarlo?

El inspector Campos sabía que Olzina tenía motivos para estar furioso, pero también sabía que quejándose de sus desgracias no avanzarían en la investigación.

Mientras el juez decidía los cargos, ellos tenían que desenredar esa madeja. Solo esperaba que Ortiz y Fuentes hubiesen encontrado algo para calmar los ánimos del jefe.

No os espante el dolor, o tendrá fin o desaparecerá con vosotros.

SÉNECA

Viernes 13 de febrero, 22.30 horas

Dos días después de la muerte de Brenda

Una luna casi llena se reflejaba sobre las oscuras aguas que mecían a los veleros amarrados en el muelle, que con el tintineo de sus mástiles suplían el rumor del mar sin olas del puerto.

El viejo embarcadero de las golondrinas, las embarcaciones de recreo que paseaban a los turistas, era el rincón al que Begoña Ortiz siempre acudía cuando necesitaba un escenario reconfortante.

En esos mismos escalones de piedra se sentó a los trece años para preguntarse si era o no culpa suya que aquel profesor de vela le sobara los pechos y la entrepierna a cambio de estúpidos regalos.

Mirando a la misma luna reflejada en las mismas aguas sucias terminaron sus últimos encuentros con los usuarios de una web de citas que, a la tercera frase en primera persona —«yo soy...», «yo tengo...», «yo quiero...»—, aburrían soberanamente a aquella subinspectora con fama de implacable, ambiciosa y adicta al trabajo, que fue incapaz de hacer nada contra el hombre al que, tanto tiempo después, acababa de ver tendido en la cabina de su velero.

Por extraño que pareciera, enterrar a ese cerdo, en lugar de aliviarla, había hecho reaparecer en ella fantasmas que creía superados. Había vuelto el bloqueo emocional de la niña contra la que se frotaba ese cuerpo enorme, la rabia al ver que le robaban la infancia, la culpa de no haberlo impedido y las siempre inquietantes dudas que tanto cabreaban a Ortiz: ¿podría haberlo evitado? ¿Volvería el sobresalto al oír el sonido de una llave cerrando una puerta? ¿Podría contarle alguna vez a alguien sin sentir que más que el relato de una víctima se trataba de una especie de confesión de un cómplice? Era como si toda su vida siguiera marcada por un solo hecho. Como si el destino se negara a deshacer el asqueroso nudo que la unía a aquel miserable cuya pérdida nadie lloraba.

¿Por qué no le había dicho a Campos que lo conocía, nada más verlo? No se trataba de un detalle sin importancia en una investigación de esa envergadura. Hubiera sido tan simple como abrir la boca y dejar que las palabras «conozco a este hombre rosa que está en el suelo» salieran de su boca. Si alguna vez había tenido sentido usar la capacidad del habla legada por miles de años de evolución, era ese momento. Sin embargo, la subinspectora Ortiz calló. Calló como tantas otras veces había callado. Calló como cuando el mismo Valentí Pons, que a esas horas yacía en silencio

sobre una camilla de acero inoxidable, le exigía que callara. Calló como cuando veía en las miradas de sus compañeros que estaba bien que las mujeres fueran policías hasta que alguna demostraba ser mejor que ellos. Definitivamente, la subinspectora Ortiz era propensa al silencio, de eso no cabía ninguna duda. Por eso calló, pese a darse cuenta de que su superior en esa investigación, su nuevo compañero Domingo Campos, se había percatado de que ella se estremeció al ver el cuerpo.

Cada vez que el nombre de Valentí Pons salía a la luz la culpa estaba presente. En esta ocasión, Begoña Ortiz se sentía culpable por no haber dicho nada para no arriesgarse a que la apartaran del caso. Tal vez tenían razón los que decían de ella que era una adicta al trabajo sin vida personal.

Poco importaba ya la opinión que de ella tuvieran; la verdad es que quería seguir en la investigación fuera como fuese.

Bajo el revoloteo de las gaviotas repasó las visitas que había hecho a lo largo del día. La viuda del subdirector de la sucursal bancaria actuó como si la maldita subinspectora de policía con cara de amargada le hubiera estropeado una viudedad ideal.

A la esposa de Nicolás Ferrer le había quedado la casa pagada, un plan de pensiones Premium, un seguro que no estaba mal y una pensión aceptable; incluso el negro le sentaba bien. Pero si su marido se hallaba implicado en el «caso del puticlub», como ya se lo conocía en toda la ciudad, las visitas de familiares y amigos afligidos a los que ella recibía con la dignidad que da el cabello blanco sobre un chal negro serían inevitablemente sustituidas por los comentarios en voz baja y las miradas de reojo. Tal vez por la certeza de todo lo que iba a pasar, la viuda de Nicolás Ferrer fue tan fría con la subinspectora Ortiz como la propia Ortiz acostumbraba a serlo con todo el mundo. A pesar de eso, respondió a todas sus preguntas con el resultado esperado. Nicolás Ferrer no tenía enemigos, ni había sufrido amenazas de ningún tipo, nada de deudas ni vicios conocidos por su viuda; claro que esta tampoco estaba al corriente de las visitas de su marido a cierta casa de masajes, pensó Ortiz.

De hecho, la conversación con la viuda importaba poco a Begoña Ortiz, que no podía dejar de pensar que, si tenía que interrogar a los familiares de todas las víctimas, tarde o temprano tendría que hacerlo con la familia de Valentí Pons y eso hacía que se pusiera de muy mala leche.

También pensó que daba igual lo que dijeran los familiares y el entorno directo de las víctimas. Olzina encontraría la forma de demostrar que Olivares era el culpable de todos aquellos asesinatos y que el motivo no fue otro que un estúpido juego.

Pero, al igual que Campos y tal vez que Olzina, la subinspectora Begoña Ortiz notaba que algo no cuadraba. Para matar a tantas personas se necesita un motivo. Recordaba bien las palabras de Félix Olivares cuando lo habían interrogado en su piso. «¿Qué policía investigaría un asesinato en las Torres Gemelas cuando la mitad de sus ocupantes estaban volando desde sus ventanas? La existencia de víctimas colaterales es básica para alejar sospechas. Si la policía tiene un montón de cuerpos sin relación entre ellos, le será mucho más difícil aislar al objetivo real y, por lo tanto, los motivos del asesino.»

Félix Olivares podía ser un cretino macabro, pero no se equivocaba. Entre tantas víctimas tenían que aislar al objetivo. Uno de los clientes de Helena Gomariz había provocado que alguien tuviera un motivo para asesinarlo, y Valentí Pons era un buen candidato. Entre el entorno del objetivo había que encontrar a alguien con un motivo para asesinar. Esa podría ser perfectamente ella, la policía

con fama de ambiciosa y adicta al trabajo que recelaba de todos los hombres. Tal vez estaban en lo cierto. No solo lo había vivido en sus carnes, había visto tantos casos de maltrato y había interrogado a tantas mujeres en un hospital, que había llegado a pensar que la capacidad de dañar lo deseado era algo que todos los hombres llevaban dentro. Al fin y al cabo, tras siglos de fascinación y miles de canciones de amor a la misma luna que ahora miraba, pensó, si de algo estaba orgulloso el hombre era de haberla pisado.

Como había predicho Fuentes, el desfile de clientes de Brenda por comisaría fue de lo más variopinto. Se había convocado a todos los titulares de los números que aparecían en el *smartphone* de la víctima las últimas dos semanas, tanto las llamadas entrantes, como las salientes y los mensajes.

Nadie podía negar que aquella chica había tenido éxito en su negocio, ya que se tuvo que entrevistar a más de cien hombres que en su día contrataron o por lo menos se interesaron por sus servicios.

El caporal Fuentes no pudo evitar preguntarse si él sería capaz de acostarse con tal cantidad de mujeres en un mes. Mujeres de todas las edades y de aspecto físico de lo más variado. Desde luego no había complejo vitamínico que se lo hubiera permitido.

En lo más hondo, Fuentes habría deseado que en la silla que tenía frente al escritorio donde recogía las declaraciones se hubiera sentado un famoso, un político o un cargo de la policía, pero no tuvo suerte. Taxistas, ejecutivos, operarios, comerciales, empresarios, empleados de banca y hasta un estudiante de diecinueve años que acudía al piso porque, como reconoció con vergüenza, Brenda le hacía cosas que su novia no quería hacerle. Lo que estaba claro es que las clases sociales desaparecían en el colchón de Brenda una vez sus clientes se quedaban en pelotas.

En algún momento de sus declaraciones siempre surgía la palabra «discreción», ya que el caso empezaba a salir mucho en los medios de comunicación y ninguno de ellos quería que apareciera su nombre vinculado a la prostituta que días atrás adoraban. Aquello daba una ventaja al policía que con expresión cómplice y voz afectada les decía:

—Deme ahora todos los detalles relacionados con Brenda y así nos ahorraremos la molestia de acudir a su casa para interrogarle de nuevo.

Aquella frase producía el mismo efecto que un laxante a la hora de soltar todo tipo de detalles de sus visitas al centro de masajes.

También hubo algunos clientes, que supuso habituales de Brenda por las veces que aparecían sus números de teléfono en la lista de llamadas, que se mostraron realmente afectados por su desaparición. Uno de ellos, un tal Hernán Gómez, no pudo contener las lágrimas al hablar de sus encuentros con la estudiante. Si el policía no hubiera tenido tan claro que Félix Olivares era el único responsable de los asesinatos, habría anotado ese detalle de las lágrimas, ya que tanto podían ser de dolor como de remordimiento.

El inspector Fuentes había recibido instrucciones claras del inspector Campos. Tenía que cribar a los clientes por grupos: en un primer grupo estarían todos los clientes que habían tenido síntomas, aunque fueran leves, de intoxicación por cianuro. En la segunda lista entraban los que, tras examen médico, no habían sufrido ningún síntoma y comparar las fechas de sus visitas a Brenda. Se trataba

de demostrar que la fecha en la que se vertió el cianuro en la botella de colutorio coincidía con el día de la visita de Félix Olivares.

En un tercer grupo entrarían todos aquellos clientes que tuvieran antecedentes penales. Por desgracia, esa lista tuvo menos éxito. La clientela de Brenda estaba compuesta por gente poco conflictiva, poco dada a los crímenes de odio o los envenenamientos masivos. Aquello parecía una pérdida de tiempo a ojos de Fuentes. A todas luces el objetivo no era Helena. Lamentablemente había habido muchos casos de putas asesinadas a manos de chulos, novios o clientes y ninguno de ellos se acercaba al nivel de sofisticación de este caso. Más bien se resolvía en cuestión de segundos con una navaja traicionera, una colección de golpes en la cabeza o la marca de unos dedos alrededor de la garganta.

Fuentes elaboró la lista que le solicitó el inspector Campos, que parecía querer descartar cualquier hipótesis. En la relación de ciento veintitrés nombres que dio el registro de llamadas de Helena Gomariz en la que, además de Pons y Ferrer, había dos fallecidos más, solo tres personas estaban fichadas: Hernán Gómez el Lagrimitas, pensó Fuentes, detenido por participar en una reyerta en un club de Alicante y por posesión de cocaína; Valentí Pons por la ya conocida afición a la pornografía infantil, y un tal Lorenzo Martín, detenido por pertenencia a organización criminal.

A las cuatro de la tarde, mientras el sistema digestivo del inspector Campos se esforzaba por digerir los sanjacobos del menú de un bar cercano, el equipo se reunió de nuevo para poner en común las pesquisas realizadas.

Los análisis, lejos de aportar algo en la acusación de Félix Olivares, confirmaron que nadie mostró síntomas de intoxicación por cianuro antes del miércoles por la tarde. Dos días después de que el sospechoso visitara el piso, y de que el director del banco Nicolás Ferrer falleciera en el taxi. La única excepción fue Valentí Pons que, además de presentar una dosis mayor que la mayoría, podría haber muerto unas horas antes. Aunque también podría ser que la humedad y las bajas temperaturas del puerto hubiesen alterado la morfología del hígado.

Por suerte, el empeño que la tecnología ponía en tener localizados a sus usuarios permitió rastrear los recorridos del *smartphone* personal de Helena Gomariz. Pese a no haber encontrado el aparato, bastaba con introducir el número en una aplicación que al momento indicaba las últimas ubicaciones del teléfono móvil. El rastreo había dado un resultado más conforme a las tesis que la policía manejaba. En efecto, el móvil de la víctima había estado en el piso donde ejercía la prostitución y, la mejor noticia para el equipo, que les llegó a última hora de la tarde, había estado en el edificio de la calle Mallorca donde trabajaba Félix Olivares. Cuando el inspector Campos informó de ese detalle al intendente Olzina, a este se le iluminó tanto la cara que por un momento el otro temió que lo besara.

—No, Olzina, lo que te diré ahora no te gustará tanto —repuso Campos—. El teléfono de la víctima estuvo muy cerca del edificio del sospechoso, pero eso fue después de que este dimitiera de su cargo y dejara la empresa.

Olzina volvió a torcer el gesto, y Campos, Ortiz y Fuentes tuvieron que aguantar otra

demostración de la cantidad de tacos que conocía su superior, que abandonó la sala con un portazo que hizo tambalear el edificio.

Fuentes sacó el dossier con el informe elaborado con los clientes de Brenda y puso al día a Campos y a Ortiz sobre las andanzas de Hernán Gómez y su pasado marcado por una afición más que notable al *speed* y la cocaína, que le llevaron al cuartelillo de Elda tras romperle la mandíbula al camarero de un club de carretera por no querer fiarle el precio de su quinto cubata.

Por desgracia para el equipo, el Lagrimitas tenía coartada ya que pasó toda la semana de los hechos en una feria de alimentación en Alemania.

Por su parte, el marinero aficionado al porno infantil llamó una sola vez a Brenda y la llamada solo duró doce segundos. Además, el localizador que llevaba en el tobillo indicaba que sus movimientos se habían limitado al muelle y al barrio de la Barceloneta, en la otra punta de la ciudad. Podría ser que Helena Gomariz lo hubiera visitado en el barco, pero en ese caso debería haberse llevado el colutorio consigo.

—¿Qué hay del otro? Lorenzo Martín —inquirió Campos a su compañero.

—Eso ya es otra historia. He intentado localizarlo, pero o ha tenido un día ocupado, o se está escondiendo. Lo que está claro es que con ese tío tendremos que tener una charla. Su número sale catorce veces en el móvil y en seis de ellas es la misma víctima quien lo llama.

No es la más fuerte de las especies la que sobrevive, tampoco es la más inteligente la que sobrevive. Es aquella que se adapta más al cambio.

CHARLES DARWIN

Lorenzo Martín había pertenecido al cuerpo de la Guardia Civil. Aún vestiría de verde de no haberse visto envuelto en una trama de robos de la cual resultó ser el cabecilla. Junto con otros dos compañeros del cuerpo idearon un sistema de robos tan tonto como rentable. El método que usaba era muy sencillo. La ley solo permite llevar encima un máximo de diez mil euros al pasar la frontera con Andorra. Frontera a la que el cabo Martín estaba destinado. La afición de muchos españoles a ir de compras al país de los Pirineos aprovechando los pocos impuestos que se pagan por algunos productos como el alcohol o el tabaco es ancestral. Pero la afición de algunos españoles de aprovechar el viaje para mover el dinero negro que olvidan declarar y que depositan en bancos andorranos siempre ha molestado más a la Agencia Tributaria.

Ahí es donde entran en acción los agentes como Lorenzo Martín, que son los encargados de parar los coches que cruzan la frontera y de comprobar la cantidad de dinero que la gente pretende introducir o sacar del país. Los agentes como Lorenzo Martín saben perfectamente lo que van a encontrar cuando paran un coche de alta gama con varios ocupantes dentro. Al preguntar cuánto efectivo llevan encima, es habitual comprobar que cada ocupante del vehículo lleva fajos de billetes repartidos entre el bolso, la cartera y los bolsillos, que acostumbran a sumar la cantidad de nueve mil euros. Al no superar el máximo permitido, no se puede investigar el origen de dicho dinero, y los agentes como Lorenzo Martín, no sin sentir cierta rabia, se ven obligados a dejar seguir el viaje a los defraudadores que entre risas vuelven a guardar sus fajos de billetes sin importarles que los colegios, los hospitales públicos o los sueldos de los guardias civiles dependan de los impuestos de la gente. Pero donde el resto de los agentes ven un fallo en el sistema, Lorenzo Martín vio una oportunidad de negocio.

Lo único que tenía que hacer era mandar un mensaje con el modelo de coche a dos compinches que esperaban instrucciones al otro lado de la frontera. Estos interceptaban el vehículo sabiendo perfectamente la cantidad que tenían que buscar y dónde tenían que buscarla. Lo único que lamentaba Lorenzo Martín era que no podía ver la cara que se les quedaba a las víctimas que, pensando que se iban a ahorrar pagar impuestos, perdían hasta el último céntimo.

Repetían la operación no más de dos veces por semana para no levantar sospechas. Además de las grandes cantidades conseguidas, contaban con la ventaja de que un defraudador no pondría a la policía en la pista de un dinero que iba a ser evadido.

Esto le permitió a Lorenzo Martín llevar un nivel de vida más que holgado para lo que era normal en un guardia civil.

Precisamente fue su nivel de vida lo que hizo levantar sospechas entre sus compañeros y superiores. Si ya de por sí es mejor no mostrar opulencia de bienes pagados con dinero ilícito, en la era de Facebook debería ser fundamental no colgar a todas horas fotos de tus viajes, tus motos de agua, tu coche nuevo o tu cena en un restaurante cuyo menú degustación cuesta un tercio de tu sueldo mensual.

Una vez que Lorenzo Martín fue expulsado del cuerpo se le planteó la difícil tarea de rehacer su vida. Para hacerlo recurrió a un contacto de estudios con quien en el pasado se habían hecho favores mutuos.

Todo empezó en el colegio. Lorenzo se crio en una casa cuartel de la Benemérita que tenía un acuerdo con una de las mejores escuelas del barrio para que los hijos de los oficiales del cuerpo pudieran asistir a clase pagando solo la mitad de la cuota, y podría decirse que Lorenzo, a pesar de no haber abierto un libro de texto en toda su etapa escolar, aprovechó sus años de estudio como pocos.

Tres compañeros de su curso tenían por costumbre martirizar a un pobre chico que cada día llegaba a clase con la expectativa de que lo golpearan, lo insultaran, le metieran la cabeza en el retrete, o si se habían levantado muy inspirados, le hicieran las tres cosas al mismo tiempo.

Esto no era asunto de Lorenzo hasta que un día se convirtió en una de sus máximas prioridades.

La hermana del pobre chico, harta de ver lo mal que lo pasaba este cada vez que alguien siquiera nombraba el colegio, se juró a sí misma que conseguiría que lo dejaran en paz. A pesar de ser un año mayor que su hermano, en ningún momento barajó la posibilidad de enfrentarse a los agresores, así que les propuso un trato. Si paraban de atormentar a su hermano, cada viernes se encerraría con ellos en los lavabos de la escuela y se dejaría meter mano. A los tres matones aquello les pareció una idea excelente, ya que para un niño de trece años la expectativa de tocar los senos de una chica de catorce era de lo más excitante. Durante unas semanas, el colegio dejó de ser una especie de tortura para el joven Rodrigo Casamitjana, pero su hermana ya se estaba hartando de las torpes manos de aquellos chavales. Además, al año siguiente iría al instituto y no podría seguir con su plan de protección. Así que se fijó en Lorenzo, un repetidor con fama de pependenciero, justo lo que necesitaba. La joven Maite Casamitjana le hizo al futuro guardia civil una oferta irrechazable.

Los viernes por la tarde, la casa de los Casamitjana quedaba vacía. El padre trabajaba hasta las ocho o las nueve como cada día y la madre asistía a su reunión semanal de un club de lectura, aunque Maite sabía que, si no fuera al club de lectura, asistiría a un curso de cerámica, esperanto, o cualquier cosa que le impidiera estar en casa. Los viernes también eran los días en que Rodrigo intentaba, con menos fortuna de la que su padre querría, golpear una pelota de tenis sosteniendo con ambas manos una raqueta que parecía mucho más robusta que su brazo.

En el primer encuentro, Lorenzo estaba realmente nervioso y hasta tardó un poco en tener la erección necesaria para que las manos de Maite cumplieran con total dedicación su parte del trato. Una paja cada viernes a cambio de mantener a raya a tres niños no estaba nada mal.

Al lunes siguiente las cosas cambiaron mucho para el pequeño Rodrigo. A las once llegó la hora

del patio, algo que todos los niños adoraban pero que él temía más que a nada en este mundo, ya que acostumbraba a ser el momento de experimentar las nuevas formas de martirio que habían ingeniado Álvaro Porta, Miquel Aguado e Iván Jiménez. Tres nombres que causaban auténtico pavor en él. Hasta el punto de que cualquier instante de felicidad que llegara en vacaciones o en Navidad podía oscurecerse y transformarse en un pinchazo de angustia en la boca del estómago si una de sus caras cruzaba por su mente.

Rodrigo deambuló por el patio preguntándose como cada día por qué la habrían tomado con él y cuándo recibiría la primera hostia de esa jornada cuando de repente se le acercó Lorenzo, el repetidor enorme con el que nadie quería problemas y pronunció su nombre. Tuvo la sensación de que la sangre dejaba de circular por sus venas. ¿Qué quería ahora este? ¿No era suficiente con el trío calavera? ¿Tendría que soportar a partir de entonces a un cretino del tamaño de un oso? Dios. Aquello ya era demasiado.

La sorpresa para el pequeño Rodrigo fue que el gigante solo intentaba ser amable con él. ¿Por qué? Nadie era amable con él. No es que todo el mundo fuera tan malo como Álvaro, Miquel e Iván, pero por una cuestión de simple supervivencia nadie quería ser amigo de la víctima. A muchos les daba pena lo que hacían con él, pero nadie mostraba el más mínimo interés en estar a su lado, seguramente por miedo a que al estar cerca de él les rebotara una hostia.

Aquel día no hubo insultos en el patio, ni palizas, ni cabezas en el retrete. No obstante, a la salida del colegio, mientras Rodrigo se afanaba en recoger su pupitre para irse muy rápido a casa sin tentar a la suerte, observó que Iván no le quitaba ojo. Con el tiempo había aprendido a estar alerta y le bastaba su intuición para saber que lo vigilaban. «El cazador no quiere que su presa escape», pensó. Bajó por la calle del colegio a buen paso, intentando calcular la distancia a la que se encontraba su perseguidor y el momento de echar a correr. Fue a los pocos metros de girar la esquina cuando descubrió la trampa. Álvaro y Miquel salieron de detrás de un coche aparcado en el tramo más solitario del trayecto, demasiado lejos de la calle principal para que los viera nadie y con una acera demasiado estrecha para esquivarlos. Rodrigo suspiró, solo quería que fuera rápido y le dejaran seguir su camino, pero ellos tenían tendencia a alargar los preliminares. Les gustaba ejercer un poco de humillación verbal y saborear la mirada de terror de su víctima antes del boxeo. Tras dos empujones que, aunque lo hicieron tambalearse, no consiguieron tirarlo al suelo, apareció Lorenzo con un amigo de la casa cuartel. El primer puñetazo lo recibió Iván, que quedó medio sordo del oído izquierdo para toda la vida. Álvaro y Miquel recibieron en el estómago hasta quedar doblados y sin respiración. En ese momento, el amigo de Lorenzo sacó una navaja y la apoyó en el párpado de Álvaro. Lorenzo se dirigió a ellos y señalando a Rodrigo les dijo:

—Hoy en el patio me he hecho amigo de este chaval. ¿Sabéis que mi padre es guardia civil? La Guardia Civil tiene todos vuestros datos, así que puedo saber dónde vivís, dónde trabajan vuestros padres, puedo hasta tener una copia de las llaves de vuestras casas.

Aquello no era cierto, pero provocó el efecto deseado en la mente de unos chicos tan jóvenes.

—Si os vuelvo a ver cerca de mi colega, o si os chiváis de lo que ha pasado hoy, me colaré en vuestras casas, les echaré gasolina y las quemaré con toda la familia dentro.

Evidentemente, aquellos tres matones dejaron de molestar a Rodrigo Casamitjana de inmediato,

pasando a ser ellos los que tenían pesadillas con el colegio, navajas y gasolina ardiendo sobre sus sábanas y las de sus padres.

Para su propia sorpresa, Rodrigo y Lorenzo descubrieron que, a pesar de lo muy diferentes que eran sus mundos, tenían cosas en común y fraguaron una amistad beneficiosa para ambos. Rodrigo dejaba copiar los exámenes a su compañero y este le hacía de guardaespaldas. Además, Lorenzo siguió asistiendo puntualmente a sus citas de los viernes en las que él y Maite pronto se cansaron de los tocamientos y pasaron a acostarse juntos, sin amor, sin pasión, con la mirada de Maite cálida y distante a la vez como si estuviera pensando en otra cosa. Y en efecto, así era. Ya hacía tiempo que Maite Casamitjana había aprendido que cuando alguien entraba en su cuerpo ella se iba muy lejos de él.

No hay que atacar al poder si no tienes la seguridad de destruirlo.

MAQUIAVELO

Mientras Fuentes y Ortiz se entrevistaban con el entorno de las víctimas, el inspector Campos visitó el edificio propiedad de la familia Casamitjana, donde se encontraba la sede de la empresa hotelera en la que Félix Olivares trabajaba.

Se trataba de un edificio modernista con una entrada imponente ornamentada con piedra tallada y hierro forjado que creaba formas imposibles.

Una vez dentro, una construcción de madera y cristal había tomado terreno al blanco mármol del vestíbulo original para albergar la recepción de la empresa. Dos mujeres vestidas con una blusa blanca con el logo del grupo estampado y un fular azul marino ofrecían la mejor de sus sonrisas a todo el mundo que entraba.

Campos mostró su placa a las dos recepcionistas, que le acababan de preguntar en qué podían ayudarle.

—Estamos investigando a Félix Olivares. Me gustaría hablar con sus compañeros.

Una de las recepcionistas marcó una extensión en el teclado de la centralita e informó de la presencia de un inspector de la policía que quería hablar sobre el señor Olivares.

Treinta segundos después, las puertas metálicas del ascensor se abrieron y la secretaria de dirección de la empresa, Olivia Guzmán, se dirigió a la zona de butacas del vestíbulo antes de que a Campos le hubiera dado tiempo a sentarse.

—Olivia Guzmán. ¿Con quién querría hablar exactamente?

—Me gustaría ver el despacho del señor Olivares y hacer algunas preguntas a los compañeros con quienes tenía más trato.

—Acompáñeme, por favor.

Zapatos caros pero no ostentosos con los centímetros justos de tacón para estilizar la pierna sin tener que hacer equilibrios al andar, medias oscuras y un traje chaqueta azul marino con la falda por encima de la rodilla y la americana ceñida a la cintura sobre una blusa blanca. Pelo recogido en una especie de moño, y gafas de pasta negras y una actitud eficiente con un trato amable pero diligente. Bien por Olivares. El departamento de recursos humanos había fichado a una secretaria de dirección de manual, pensó Campos al tiempo que adivinaba en la mirada de Guzmán cierta decepción al no corresponder él con la imagen del policía que ella esperaba ver al salir del ascensor. Seguramente tenía la idea de que sería un policía más alto con cara de duro. Acaso vestido con una gabardina que una vez abierta dejara ver la funda de un revólver en un costado.

Campos, a pesar de que debía ir armado mientras estaba de servicio, tenía tendencia a no hacerlo, por el simple hecho de no cargar con aquel medio kilo de hierro que nunca se había visto obligado a usar.

Ya en el ascensor, Guzmán pulsó el botón de la tercera planta y la cabina no tardó ni diez segundos en volver a abrir sus puertas.

El inspector Campos siguió a la secretaria de dirección, que lo llevó hasta una mesa vacía en la que todavía había algunos dosieres en una bandeja y el ordenador frente al cual Félix Olivares fantaseó tantas veces con la idea de ser un asesino.

—Esta era su mesa. Aún no hemos contratado a un sustituto para Félix. Imagínese, tantos años trabajando aquí... para nosotros ha sido un shock.

—Me hago una idea. ¿Cuáles eran sus funciones exactamente?

—Mandaba un departamento de tres personas que se encargaba de los contratos y las nóminas de todo el personal de las oficinas y los hoteles. Bajas laborales, finiquitos, estudiantes en prácticas... ya sabe.

—¿Notaron algo raro en él las últimas semanas? ¿Un estado de ansiedad o algo fuera de lo normal?

—La verdad es que yo ni siquiera trabajo en la misma planta del edificio. Pero en su departamento, todos estaban tan sorprendidos como el resto. Félix era... es una persona muy correcta y discreta. Lo único raro que pasó fue el día en que dimitió. Ahí sí que montó un numerito en plena reunión.

—¿Podría hablar con los presentes en esa reunión?

Aquel era en el fondo el único objetivo de la visita de Campos.

Guzmán puso cara de no apetecerle nada molestar a todo el equipo directivo de la empresa por el loco de Olivares. Si no se tratara de la visita de un inspector de la policía posiblemente habría dicho que no al instante. Pero se limitó a dejar a Campos unos minutos a solas frente a la mesa de Olivares mientras ella hacía un par de llamadas.

A los tres minutos, Guzmán volvió a avanzar por el pasillo que dejaban las dos hileras de mesas hasta donde se encontraba Domingo Campos, que se estaba imaginando a sí mismo rellenando hojas y hojas de papeleo todos los días de nueve a seis. No descartó acabar planeando asesinatos como hacía Olivares.

Esta vez el ascensor se detuvo en el quinto piso. Si la tercera planta presentaba un espacio abierto, enmoquetado y con tabiques de separación que no llegaban al techo y creaban pasillos y departamentos artificiales, con la luz de unos fluorescentes encastrados en un techo de placas corriente, la quinta planta lucía un aspecto mucho más noble. El silencioso pasillo con suelo recio de madera maciza estaba bien iluminado para apreciar las numerosas litografías que había colgadas en las paredes. Un tapiz aquí, un jarrón chino allí... la decoración transmitía la elegancia que requería el piso en el que la cúpula de la empresa tomaba las decisiones.

Manuel Casamitjana salió de su despacho para recibir al inspector. Le tendió la mano y se la

estrechó al tiempo que se presentaba. El apretón de manos de los que están acostumbrados a estrechar manos, pensó Campos. Sin más fuerza que la necesaria, pero sin dejar la mano muerta.

Manuel Casamitjana desprendía esa aura del que no puede esconder que es jefe. No porque llevara un traje hecho a medida y una camisa con puños de botón que seguramente era más cara que la chaqueta de Campos. Ni por los impolutos zapatos que brillaban como dos espejos. Sabías que Manuel Casamitjana era jefe en cuanto lo veías por la soltura de sus movimientos. No había nada en él que indicara que debía ceder el paso a nadie o quedarse por detrás de nadie, y cuando lo hacía, se encargaba de que pareciera más un acto de condescendencia que de sumisión. Le ofreció un café al inspector que este aceptó y no tuvo ni que mirar a Olivia Guzmán para que esta fuera enseguida en busca de una cápsula para la cafetera.

Entraron en la misma sala de reuniones donde Olivares efectuó su teatral dimisión y Casamitjana ofreció asiento a Campos.

Casi inmediatamente entraron en la sala la directora comercial, Edurne Abenoza, y el director financiero, Carlos Rocamora. A diferencia de su patrón, su actitud dejaba claro que, aunque ostentaran cierto poder, aquella no era su casa. El último en incorporarse fue Rodrigo Casamitjana, que tras disculparse con los presentes se sentó al lado de su padre, quien le reprobó la tardanza con una mirada que no pasó desapercibida para Campos.

No era la primera vez que Rodrigo advertía la severidad en los ojos de un patriarca que veía en cada pequeña decepción, como un leve retraso, una oportunidad para aplazar su inminente abdicación del trono.

Lo que Campos ignoraba es que la relación con su hijo era gloria bendita comparada con la que Manuel Casamitjana mantenía con su hija en los años de porros, comas etílicos, expulsiones, el aborto o el tatuaje del dichoso dragón en la espalda. Y lo que ignoraba Rodrigo era que la decepción en la mirada de su padre no se debía al retraso sino a que a Manuel Casamitjana no se le escapaba que cuando Rodrigo guardaba el móvil apresuradamente ante su presencia, tal como acababa de hacer, se debía a que había estado hablando con su hermana Maite.

—Usted dirá —dijo el patriarca mirando al inspector Campos.

—No me alargaré. Sé que están todos muy ocupados.

»Según la declaración de su antiguo responsable de recursos humanos, el miércoles 11 de febrero les comunicó a todos los presentes que había cometido un crimen. ¿Es eso cierto?

—Así es. Fue terrible —respondió Manuel Casamitjana dejando claro que él llevaría la conversación—. Félix se sentaba en la silla que está a su lado. Incluso vomitó de los nervios.

—¿Qué detalles les dio acerca del método que había usado para cometer el delito?

Los presentes se removían inquietos en sus sillas al verse a sí mismos como protagonistas de una investigación policial, como si en cualquier momento aquel inspector fuera a comunicarles que el asesino era el mayordomo. Esas eran las reacciones que pretendía observar el inspector. Rocamora inhaló una dosis de Ventolin para calmar su respiración alterada. Abenoza no dejaba de mordisquearse los padrastrós de su meñique hasta el punto de provocarse una pequeña herida que le molestaría toda la semana. Guzmán intentaba disimular un ligero tic en su cara que hacía que las gafas de pasta negras se movieran ostentosamente sobre su nariz. Era normal. La gente se pone nerviosa cuando tiene que hablar con la policía. Además, en estos casos el inspector Campos

usaba su tono menos amable para provocar precisamente este tipo de reacciones. Lo menos habitual era lo de los Casamitjana. Eran los únicos que parecían estar tranquilos. Pero eso no demostraba nada. Posiblemente se trataba de gente entrenada para mantener la calma en negociaciones tensas, pronunciar discursos en las cenas de Navidad y ser constantemente el centro de todas las miradas.

Manuel Casamitjana resopló antes de contestar.

—Dijo que no tenía nada en contra de Nicolás, el del banco. Que lo había elegido prácticamente al azar.

—¿Les explicó cómo lo había matado?

—Habló de veneno. Que había envenenado no sé qué en un *meublé* al que iba Nicolás.

—¿Les dijo cuál era el prostíbulo?

Manuel Casamitjana buscó complicidad entre el resto de los asistentes para que alguien le relevara en una conversación sobre prostíbulos que le incomodaba.

Carlos Rocamora intervino.

—Estaba muy alterado, decía cosas sin sentido.

—Pero mencionó el nombre de la prostituta, Brenda; me acuerdo porque era el nombre de la protagonista de *Sensación de vivir* —apuntó Edurne Abenoza, que resultó ser una mujer muy observadora—. ¡Ah! Y que el prostíbulo se encontraba en la Rambla del Prat. Se me quedó porque es la calle del cine Bosque, al que voy a menudo.

—Es decir, que todos los presentes conocían el *modus operandi* de Félix Olivares. —Aquella frase flotó como una acusación sobre la mesa de reuniones.

—Bueno... sabíamos lo que nos contó —matizó Rocamora.

—A decir verdad, no le creímos. Más bien pensamos que era una especie de delirio o de ataque de ansiedad —dijo Rodrigo Casamitjana con voz templada—. Olivares es una persona muy contenida, nadie lo vio capaz de hacer algo así.

—Ni se imagina la cantidad de personas contenidas que cumplen condena. ¿Les contó que pensaba usar arsénico? —preguntó Campos observando cualquier reacción en alguno de los presentes.

—No. Simplemente dijo veneno —respondió el heredero Casamitjana mirando a un Campos que le sostenía la mirada intentando adivinar cualquier gesto de duda que no llegó—. Lo que sabemos, gracias al abogado que le hemos facilitado al señor Olivares, es que, por una especie de juego absurdo, se enteró de que el subdirector de la oficina bancaria con la que trabajamos visitaba a una chica en la calle... —Miró a Abenoza.

La directora comercial volvió a dar el nombre de la vía:

—Rambla del Prat.

—Por lo visto —prosiguió Rodrigo—, vertió veneno en un producto dental que los clientes de la chica usaban y acabó envenenando a un montón de gente. Si quiere, podemos hacer una declaración con todo lo que recordamos sobre la conversación.

—¿Alguno de ustedes tenía relación con Helena Gomariz?

—Por supuesto que no —sentenció Manuel Casamitjana. Como si la mera posibilidad de relacionarlo con una prostituta hubiera significado una ofensa por parte de Campos.

—Disculpe, pero no les he dicho que Helena Gomariz era la prostituta conocida como Brenda. ¿Usted conocía ese dato?

El tono con el que el inspector se acababa de dirigir al presidente de la compañía fue deliberadamente teatral e hizo que toda la mesa lo mirara como si acabaran de ver un ovni. Aun así, Casamitjana reaccionó con calma.

—Como acaba de recordarle mi hijo, el abogado que hemos puesto a disposición de Félix nos mantiene informados de los detalles del caso. También de que no se usó arsénico, sino cianuro. Aunque Félix pensaba que era otra sustancia.

—¿Dije arsénico? Disculpe, me habré confundido. Al fin y al cabo, el cianuro y el arsénico son los dos venenos por excelencia. Lo primero que a uno le viene a la cabeza cuando se habla de un asesinato por envenenamiento. No quiero robarles más tiempo —se excusó Campos al tiempo que se levantaba.

Aquella reunión ya no iba a dar más de sí. Su objetivo era saber hasta qué punto conocían los detalles del plan de Olivares, pero no hubo ninguna reacción. O nadie de esa sala había cometido ningún crimen o todos eran realmente buenos fingiendo.

Sábado 14 de febrero

Tres días después de la muerte de Brenda

Cuando Félix Olivares cruzó las puertas acristaladas de la comisaría se sintió pequeño. Su abogado acababa de felicitarlo por la puesta en libertad que habían enviado desde el juzgado. Sin embargo, pocas veces alguien ha recibido nunca una felicitación sintiéndose tan triste.

Hasta entonces su vida era gris, insignificante y solitaria, pero no dolorosa. Su rutina de trabajo, lectura y asesinatos planeados que no llegaban a cometerse le permitía vivir sin sentir asco ni vergüenza cuando se miraba al espejo.

Ahora todo era distinto. Se sentía como si el mero hecho de que el aire tuviera contacto con su piel hiciera del mundo un lugar peor. Estaba harto de sí mismo. No era digno de estar aquí, no era digno de mezclar su aliento con el de otros seres vivos, cuya dignidad ya le parecía inalcanzable. Aborrecerse a uno mismo suponía una condena mucho más dura que la cárcel, puesto que del propio yo no se puede escapar jamás. Era como si hubieran puesto un espejo delante de él y la imagen proyectada le provocara náuseas, pero no pudiera apartar la mirada hasta el día de su muerte. Solo esperaba que no hubiera un más allá desde el cual sus ancestros y su difunta esposa pudieran estar viéndolo.

El aparato judicial había decidido que no tenían motivos para retenerle pese a que con toda seguridad era un asesino, pero su conciencia no iba a ser tan benévola.

Además de la pésima imagen que Félix Olivares tenía de sí mismo tras el incidente del asesinato masivo, se enfrentaba a otros problemas. Para empezar, su nombre y su foto habían salido en la prensa. Él, que en otro tiempo tuvo el oculto deseo de ser más popular, ahora daría cualquier cosa para poder pasar desapercibido hasta el punto de no existir.

Otro problema que le había acarreado aquel asunto fue la decisión de dimitir de la empresa en la que solo le quedaban diez años para jubilarse. Como exresponsable de recursos humanos, sabía perfectamente que al renunciar de manera voluntaria había perdido todo derecho a los sesenta mil euros que según sus cálculos le correspondían en caso de despido por parte de la compañía, y que, sumados a sus ahorros y a la prestación por desempleo a la que también había renunciado al dejar la empresa por voluntad propia, le habrían permitido un margen de tiempo suficiente para resituarse. En otras palabras, estaba a pocos meses de ser pobre. «Vale —pensó—, un motivo más para meterme en la cama y dormir cinco años seguidos.»

A pesar de que su nombre y su cara habían salido en la prensa, una ciudad como Barcelona, con tanta cantidad de caras por metro cuadrado y una época en la que las noticias de la mañana se

olvidaban por la tarde, le permitió gozar de un cierto anonimato. Fue al llegar a su barrio donde notó la presión de las miradas furtivas, esos ojos entornados con más o menos discreción cuyos dueños están pensando: «Esa cara me suena y no sé de qué...».

Cruzó la puerta de entrada de su piso y se vio otra vez allí donde pensaba que no se volvería a ver jamás. Los muebles dispuestos como los dejó, la taza sucia que había olvidado en el fregadero y el libro que había empezado a leer el lunes seguían esperándole... Era como si no hubiera pasado nada. Pero sí que había pasado, y Félix Olivares deseó ser un mueble, una lámpara, una taza sucia o cualquier otro elemento del escenario. Cualquier cosa menos ser Félix Olivares. El ser que causa dolor a los otros seres. En esa reflexión agarró un mechón de pelo de sus sienes con cada mano y tiró con fuerza hasta arrancar algunos cabellos. Lágrimas, babas y mocos brotaban a discreción de su cara que, a medida que su cuerpo se doblaba, quedó a escasos dos palmos del suelo.

Solo tras dormir cinco horas en su cama y darse una ducha caliente, Félix Olivares consiguió serenarse un poco y pensar con calma en lo que había pasado.

La tesis de que alguien hubiera seguido su plan con cianuro en lugar de aconitina y con solo dos días de diferencia era tan difícil de creer para él como para la policía. El único satisfecho con tal hipótesis fue su abogado defensor.

Por otro lado, había un detalle que lo estaba quemando por dentro. Aparte de que estaba seguro de que no había usado cianuro, ¿qué significaba eso de que el teléfono de Brenda, o Helena, como había descubierto ahora que se llamaba, había estado en su oficina?

El inspector que llevaba el caso se lo había dicho en la sala de interrogatorios con cara de «ahora sí que te hemos pillado». Olivares no entendió esa mirada ya que él nunca había ocultado que casi con toda seguridad él era el asesino, desde el primer momento lo había admitido todo. Pero no podía admitir cosas que no había hecho. Era como si cada vez que él quería inculparse, la policía encontrara la forma de exculparlo, como si gritaran: «No queremos que nos lo digas tú, queremos averiguarlo nosotros». Aquel juego estaba volviendo loco a Olivares, que repasaba mentalmente una y otra vez todos los movimientos realizados.

De repente, una idea se instaló en su cabeza. Su plan para planear el crimen perfecto consistía en confundir a la policía camuflando al objetivo real entre muchos otros y así eliminar el motivo. Pero, tal y como la subinspectora Ortiz había dejado claro, un crimen perfecto no se apunta en libretas. ¿Y si el crimen perfecto se consigue al aprovechar el plan trazado por otro? Un plan que, además, esa persona acaba de confesar a la policía.

Sábado 14 de febrero

Tres días después de la muerte de Brenda

Dos sábados al mes en la casa del inspector Campos se vivía una escena de lo más curiosa. Elia desaparecía tras haber limpiado todo rastro que quedara de ella en el piso, convirtiéndolo de nuevo en el apartamento del típico policía divorciado. El motivo de tal transformación era Lucas, el hijo de Campos, a quien todavía no habían contado que Elia llevaba tiempo instalada con su padre.

Cada vez que el inspector veía a Elia escondiendo con cierto estrés sus pinzas de alisado, su secador, sus cremas, mascarillas, rizadores de pestañas, tapaporos, esmalte, quitaesmalte, toallitas, salvaslips, tampones, cera caliente, cera tibia y todos sus bolsos y chaquetas, se sentía un poco culpable.

Al principio sí que estimó oportuno ocultar la presencia de Elia a Lucas. Tampoco hubo una fecha oficial en la que empezaron a vivir juntos, simplemente se fue quedando a dormir en el piso cada vez más días seguidos, hasta que las cosas de Elia ya ocuparon más cajones del armario que las suyas. A esas alturas podría decirle perfectamente a Lucas que Elia vivía con él sin temor a ninguna reacción de rechazo. Pero en el fondo, a Campos le gustaba tener esos dos fines de semana al mes libres de Elia.

Se decía a sí mismo que no era que le molestara su presencia, ni que le aburriera su conversación sobre gente de la escuela en la que trabajaba y a los que Campos no conocía, ni tampoco que, de cada cinco frases, cuatro fueran quejas. Quejas sobre los ciclistas que circulaban por la acera teniendo un carril bici, quejas sobre los padres de sus alumnos que por leer un artículo en internet sobre la educación en Finlandia se creían licenciados en Pedagogía, quejas porque Campos había planeado alguna actividad el fin de semana cuando lo que le apetecía a ella era descansar, quejas porque Campos no había planeado ninguna actividad el fin de semana y a ella no le apetecía quedarse en casa; quejas, en fin, por la programación de la televisión, por la distribución del supermercado, por la mala succión del alcantarillado público o por el tamaño del cuerpo de letra de los paquetes de cereales.

Campos necesitaba un poco de distancia cada quince días para poder echarla de menos y recordar que la quería con sus quejas incluidas. Lucas era la excusa perfecta. Elia era maestra y adoraba a los niños, pero no soportaba a los adolescentes, tal vez por la manía que tienen los adolescentes de dejar de ser niños sin saber que cuando sean adultos se pasarán la vida añorando la niñez.

Por su lado, Lucas aparecía por casa con unas ganas locas de largarse con sus amigos cuanto antes dejando a su padre solo. Esto no era un problema para Campos, ya que disponer del piso a su antojo durante gran parte del fin de semana era justo lo que quería.

Padre e hijo solo se reservaban el mediodía del sábado para comer juntos. De hecho, una de las pocas cosas que tenían en común era la afición a una dieta poco saludable. Aquel sábado era 14 de febrero, día de San Valentín, y el local de comida rápida en el que se encontraban estaba completamente decorado con ridículas figuras de Cupido y corazones de todos los tamaños y texturas. Domingo Campos, aun detestando la convención del día de los enamorados, no pudo evitar preguntarle a su hijo si tenía novia, a lo que Lucas respondió con un directo:

—Soy gay.

El inspector Campos, pese a darse un tiempo para reaccionar a la noticia bomba de su hijo, no encontró una respuesta mejor que un escueto:

—¡Oh! Vaya.

Aquella pudo ser la conversación más íntima y profunda que tenían padre e hijo en toda su vida, pero ninguno de los dos era propenso a las conversaciones íntimas y profundas. Esta era la segunda y última cosa que tenían en común padre e hijo.

—¿Tu madre lo sabe?

—Sí, claro.

—Ajá. —Masticación—. Entonces ¿tienes novio?

—No.

—Vale. —Trago de agua—. ¿Me pasas el ketchup?

En la familia Campos, la homosexualidad nunca había sido un tabú; su tío, sin ir más lejos, presumía abiertamente de haberse acostado con la mitad de los clientes del bar. Pero el inspector también recordaba lo mal que lo podía pasar un chico de dieciséis años con la etiqueta de «maricón», «mariquita», «bujarra» o como quiera que insultaran ahora a un chico homosexual en el instituto. Al menos así era cuando él estudiaba. Solo deseaba que las cosas hubiesen cambiado.

Le vino a la cabeza un compañero de facultad que vestía con unos shorts y un top de licra. Había nacido en un pueblo del Prepirineo en el que lo había pasado realmente mal por el simple hecho de preferir jugar con las niñas que con los niños.

Al crecer se convirtió en lo que se conoce como «una locaza» por simple reivindicación. Era como si su forma de actuar estuviera gritando a los cuatro vientos: «¿Os molestan los afeminados? Pues ahora os vais a enterar».

Campos sabía que la frontera que había entre no dar excesiva importancia a las cosas y parecer indiferente era tan estrecha como la que había entre mostrar interés y darle demasiada importancia a todo.

Así que obvió la conversación de que uno debe ser uno mismo y que como padre siempre estaría a su lado, y pasó a preguntar, como cada quince días, cómo le iba a su hijo en el instituto.

Siguiendo el ejemplo de su progenitor, Lucas le contó lo mismo que cada quince días: notas aceptables, demasiados deberes, profesores pesados. Y no dijo una palabra sobre la asfixiante presión de que, a los dieciséis años, cuando nadie tiene nada claro, se deba decidir qué querrás ser el resto de tu vida.

Si hubieran tenido esta conversación, padre e hijo habrían descubierto que tenían más cosas en común de lo que creían.

Antes de pagar la cuenta, Lucas le contó a su padre que habían expulsado a uno de sus mejores

amigos por quemarle el coche al director del instituto.

—¿Y te extraña que lo expulsen? Más que una gamberrada, eso es un delito.

—Sí. Pero no tienen pruebas para demostrar que fue él.

Domingo Campos pensó que preferiría hablar de chicos con su hijo antes que de falta de pruebas. Era sábado y no estaba en la comisaría. Pero era la primera frase de más de dos palabras que había dicho Lucas durante la comida y había que aprovecharlo.

—Si no tuviesen pruebas, no lo habrían podido expulsar.

—Lo han echado porque hace un mes lo pillaron fumando en un lavabo y el director le dijo que sería un inútil toda su vida delante de toda la clase.

—¿Y?

—Y cuando el director salió, él aseguró que le quemaría el coche. El profesor de gimnasia, que pasaba por ahí, le recomendó que no dijera tonterías si no quería estropear las cosas y ya está. Cualquier alumno que quisiera joder al director sabía que se las cargaría Ángel.

Aquella última frase de Lucas martilleó el cerebro del inspector Campos abstrayéndolo del resto de la conversación. Sentado frente a su hijo, vivió uno de aquellos escasos momentos en los que su profesión le proporcionaba cierto bienestar que se reflejaba en su cara. Lucas pensó que esa expresión se debía a que su padre gozaba de la charla y aprovechó el acercamiento para pedirle dinero para salir con sus amigos esa misma tarde. El inspector Campos le dio a su hijo más del doble de lo que este esperaba, pagó la cuenta y se fue caminando hasta su casa para poder estar a solas y darle vueltas al caso.

Tras la muerte de Nicolás Ferrer, el todavía principal sospechoso Félix Olivares había relatado detalladamente su plan en solo dos ocasiones. La primera vez a toda la cúpula directiva de su empresa, y según sus notas estaban presentes:

Olivia Guzmán, secretaria de dirección.

Carlos Rocamora, contable.

Eduarne Abenoza, directora comercial.

Manuel y Rodrigo Casamitjana, dueños de la empresa.

Y la segunda vez, en la comisaría.

Si el miércoles les contó su plan a sus compañeros de trabajo y a la policía, y ese mismo día alguien ejecutó un plan idéntico, acaso sería buena idea empezar a buscar otro sospechoso entre sus colegas. O incluso entre la propia policía.

Lunes 16 de febrero

Cinco días después de la muerte de Brenda

Desde que Sergio Aparicio tenía uso de razón había querido ser policía. Ocho años después de su paso por la academia se disponía a ejercer su labor como tal.

Aún no había salido el sol del día en que el presidente del gobierno tenía previsto visitar Barcelona y reunirse con representantes del gobierno autonómico. Como el protocolo indica en estos casos, las unidades caninas peinan el recorrido buscando explosivos en papeleras y coches aparcados, mientras policías como Sergio Aparicio se colocan sus arneses para bajar al subsuelo y comprobar que todo está en orden por ahí abajo.

Mientras el agente Aparicio comprobaba la linterna instalada en su casco pudo observar los primeros rayos de luz solar rompiendo la oscuridad de la noche y pintando el cielo de tonos violetas, naranjas y turquesas, al tiempo que las últimas estrellas luchaban por seguir iluminando los sueños de la gente en una batalla perdida contra el sol. Un efímero espectáculo de color que la mayoría de los habitantes de la ciudad se perdían a diario y que, como pensaba a menudo, era un regalo reservado a los madrugadores. Tras contemplar tan bella estampa celeste, el agente Aparicio se ayudó de una palanca para levantar la tapa de la alcantarilla situada en el cruce entre el paseo de Gràcia y la calle Aragó, y se dispuso a descender el tramo de cinco metros de escalera metálica que lo conduciría a su destino. Un laberinto de más de mil seiscientos kilómetros por el que ya estaba acostumbrado a caminar rodeado de aguas fecales. Mientras se abría paso por el fétido túnel y reflexionaba sobre si tal vez ser policía tampoco era tan atractivo como pensaba en su juventud, el agente Aparicio iba iluminando a lado y lado el estrecho pasillo. Escrutaba cada palmo cuando se encontró con dos puntos brillantes que lo miraron con extrañeza antes de dar media vuelta y salir corriendo. Las ratas eran las reinas de aquel lugar; en una ocasión había oído a alguien decir que en la ciudad subterránea habitaban más ratas que personas poblaban la superficie. A pesar de que el mordisco de uno de esos roedores podía transmitir multitud de enfermedades, los trabajadores del subsuelo sabían que las ratas solo atacan si se ven acorraladas, y aunque su visión no fuera agradable, el agente Aparicio no les hacía ni caso. Pero en uno de los tramos que debía revisar, y que según el plano estaba situado en la intersección entre el paseo de Gràcia y la calle Mallorca, el agente Aparicio detectó un brillo extraño. Se acercó para comprobar de qué se trataba, se agachó y agarró con la mano el *smartphone* último modelo que, con toda seguridad, se le cayó a su dueño por la calle con tan mala suerte de colarse entre las rejillas de la alcantarilla. El agente Aparicio guardó el teléfono, con la certeza que el propietario tendría una gran alegría al recuperarlo.

Tres podrían guardar un secreto si dos de ellos hubieran muerto.

BENJAMIN FRANKLIN

Lunes 16 de febrero

Cinco días después de la muerte de Brenda

Domingo Campos no había pasado una buena noche. A las tres de la madrugada se había levantado empapado en sudor para apagar la calefacción y a las cinco se había vuelto a levantar tiritando para encenderla de nuevo. Le escocía la garganta al tragar y notaba una sensación rara en el paladar. Odiaba ponerse enfermo, sobre todo porque le impedía fumar. Para tratar de afrontar un día en el que tenía que estar concentrado al cien por cien sin que su estado físico lo mermara, hizo todo lo que se suponía que debía irle bien a su garganta. Sustituyó su habitual Coca-Cola fría del desayuno por un tazón de leche caliente con miel, que en lugar de suavizarle la garganta se la abrasó como si hubiera tragado lava; luego preparó un vaso de agua tibia con limón y bicarbonato para hacer gárgaras que casi lo hacen vomitar, y se armó con todos los analgésicos que encontró en el botiquín. Solo después de tomarse seiscientos miligramos de ibuprofeno, quinientos de paracetamol, quince de codeína, un antihistamínico que le habían recetado en una ocasión para la congestión nasal, quinientos miligramos de amoxicilina y ciento veinticinco de ácido clavulánico salió de casa. Fue entonces cuando le asaltó la idea de que tal vez aquella cantidad de fármacos en ayunas no le iban a hacer ningún bien a su sistema digestivo, así que volvió a entrar para completar el cóctel con veinte miligramos de omeprazol, un protector estomacal que Elia acostumbraba a consumir.

Ya sentado en el coche se preguntó si alguno de los fármacos que acababa de ingerir estaría contraindicado con la conducción. Al volver a casa leería los prospectos. Sin saber cómo, ya se vio a sí mismo con la bata blanca y un fonendoscopio colgado del cuello. Ser médico debía de estar bien. Médico de familia, no de urgencias. Ser médico de urgencias se parecería demasiado a ser policía, lidiar cada noche con borrachos apuñalados, sobredosis y palizas en turnos interminables. No, a él le gustaría ser médico de pueblo, de los que el noventa por ciento de las veces tranquilizan al paciente que cree tener cáncer diciéndole que solo es un quiste de grasa, y al que cree haber sufrido un infarto que solo se trata de estrés.

Se vio en su consulta visitando a sus pacientes, haciendo que se desnudaran de cintura para arriba para poder auscultar sus pulmones y recetándoles mucolíticos y analgésicos. Puede que hubiera mañanas más aciagas en las que como médico le tocaría examinar forúnculos, herpes,

uñeros y pústulas supurantes, pero por lo general su día a día consistiría en miradas de agradecimiento de las señoras a cuyos hijos había corregido la escoliosis, alguna botella de cava en Navidad, gentileza del paciente al que su rápida intervención salvó de un problema más serio, y el eterno alivio en la mirada del que tras aguardar varias semanas un resultado escucha las palabras «es benigno».

El Ford Focus que esperaba detrás del coche de Campos no tardó ni dos segundos en hacer sonar su claxon después de que el semáforo cambiara a verde. Campos levantó la mano derecha comunicándose a través del retrovisor a modo de disculpa y prosiguió su camino hacia la comisaría. La vida de médico del inspector Campos había durado un minuto y casi dos segundos.

A media mañana la garganta del inspector Campos había experimentado una gran mejoría; sin embargo, sus intestinos lo estaban pasando francamente mal preguntándose por qué hoy alguien había desayunado una farmacia. Con retortijones y sudores fríos se presentó en el piso que Helena Gomariz había compartido con Carla Palacios, cuyo nombre de guerra era Charlotte, y que ya lo estaba esperando. Podría haberla citado en cualquier otro sitio, pero quería verla en el escenario del crimen.

Nada más llegar, y con cierto pudor, Domingo Campos se disculpó y le preguntó a Carla Palacios dónde se encontraba el baño. Carla lo acompañó igual que había acompañado a tantos hombres siguiendo el mismo trayecto y hasta estuvo a punto de decirle que cuando terminara golpearla la puerta siguiendo su costumbre.

Volver al interior del cuarto de baño donde Félix Olivares había fraguado su plan y tal vez otra persona lo había imitado era muy extraño. El inspector Campos había estado en muchos escenarios de un crimen, pero nunca había hecho sus necesidades en ellos. El piso llevaba una semana vacío y el baño aún conservaba el polvo negro con el que la policía científica trataba de obtener huellas dactilares. También había restos de sangre en la ducha; probablemente Helena se golpeó la cabeza al caer. Se la podía imaginar abriendo el grifo, con temblores por todo el cuerpo, pensando erróneamente que una ducha caliente le sentaría bien y tambalearse hasta caer muerta una vez el cianuro hizo su trabajo.

El ruido de los nudillos de Charlotte hizo que Campos volviera a la realidad.

—¿Se encuentra bien?

—Sí. Enseguida salgo.

Al abrir la puerta se encontró con Charlotte en el pasillo, que lo escrutó con extrañeza. Seguro que había notado que Campos roció un poco del desodorante en spray que encontró sobre un estante del baño. Con cierta vergüenza en su rostro le pidió a la chica que le mostrara el cuarto donde había ejercido Helena Gomariz.

La habitación era grande y estaba bien equipada. Una cama tipo futón japonés con un tapiz oriental a modo de cabezal, una camilla de masajes con un agujero en la parte superior para que los clientes pudieran respirar estando tumbados boca abajo, un sillón para dejar la ropa y un mueble auxiliar con un equipo digital de música y un par de altavoces. En el cajón del mueble había

toallitas, velas, preservativos, lubricante y cremas de masaje. El material de oficina de Brenda, pensó Campos.

—¿Sabe si Helena realizaba servicios a domicilio?

—Intentamos no hacer salidas. En tu terreno todo es más fácil, ¿entiende?

—¿Quién más tiene llaves de este piso? —preguntó Campos.

—Nadie. Solo Brenda y yo. Hoy recogeré mis cosas y entregaré las llaves a algún vecino. No podría volver a trabajar aquí.

Carla Palacios tal vez fuera muy buena mintiendo a sus clientes sobre lo guapos que eran y lo bien que se movían en la cama, pero aquella pequeña pausa antes de contestar y aquel gesto apartando la mirada hacia el suelo mientras lo hacía no dejaban lugar a dudas.

—Señora Palacios. Sé que usted quiere que encontremos a la persona que mató a su amiga. Y para eso es necesario que no me mienta.

—Yo...

—No he terminado —interrumpió Campos lo más bruscamente que pudo—. Me ha hecho usted usar el escenario de un crimen cuando ambos sabemos que allí mismo tiene otro baño —dijo señalando la otra punta del pasillo.

Campos sabía lo que decía; al entrar en el piso había oído el ruido de la cisterna llenándose. Además, cuando estaba en el cuarto de baño en el que murió Brenda se asomó a la ventana del patio de luces para comprobar que, en efecto, unos metros más allá, había otro bajante.

—¿Con quién más compartían este piso? —Tras una pausa añadió—: Por favor.

—Con Anaïs. Esa es su habitación —dijo Charlotte señalando una puerta cerrada con llave—. Pero ella no tiene nada que ver con lo que pasó. Viene muy poco y siempre cuando nosotras no estamos, lleva otro rollo.

Carla se encendió un cigarrillo y acto seguido intentó disipar el humo con la mano, como si con eso se consiguiera hacer desaparecer el olor a tabaco en un piso.

De repente, la máscara de mujer fatal que usaba con los hombres, fueran policías o clientes, se desvaneció dejando al descubierto a la verdadera Charlotte. Una chica joven y asustada que acababa de perder a una de sus mejores amigas.

—Abra la habitación —ordenó Campos.

Carla sabía que Anaïs guardaba una llave de la habitación sobre el armario del lavabo que solo ella y sus clientes usaban. Fue a buscarla, la introdujo en la cerradura, y tras escuchar el mecanismo de apertura y empujar la puerta, el inspector Campos quedó boquiabierto.

Lo que tenían delante el inspector Campos y Carla Palacios podría describirse como una sala de juegos para niños, pero con los juguetes hechos a la escala de un adulto. En un rincón del cuarto había una enorme cama infantil de color rosa en la que dos adultos podrían meterse sin problemas, un caballo de cartón que era casi tan grande como un caballo de verdad, muñecas de porcelana, peluches, una pizarra, un pupitre del tamaño de un adulto, juguetes de lo más variado... Campos había oído que algunos hombres pagaban a prostitutas para que los trataran como bebés, pero nunca lo había visto con sus propios ojos.

—La última vez que entré aquí no estaba así —dijo Carla.

—¿Cuándo fue eso?

—Antes de fiestas. Supongo que en vacaciones cambió la decoración.

—Tendrá que facilitarme los datos de esa tal Anaïs.

—No va a ser sencillo. Para Anaïs y sus clientes la discreción era fundamental, ahora veo por qué —dijo echando otro vistazo a la habitación—. Cuando venía al piso no podía haber nadie aquí.

—Supongo que, por muy discreta que sea, tendrá nombre y apellidos.

—Pues seguramente, pero yo no conozco su verdadero nombre.

Campos empezaba a tener ganas de ir otra vez al baño, pero antes quería zanjar el asunto de Anaïs con Carla.

—¿Cómo se ponían en contacto? ¿Las llamaba al móvil?

—¡Claro! Pueden llamarla al móvil.

—Podremos si nos lo facilita.

—Imposible. Yo no lo tengo. Anaïs siempre contactaba con Helena y Helena conmigo. La verdad es que las dos se traían un rollo muy raro. Pero si tienen el teléfono de Helena el número estará en la lista de contactos.

—¿La llamaba a su móvil personal o al de trabajo?

—No, no. Al personal. El de trabajo solo lo tenemos encendido cuando estamos en el piso. Y ella podía llamar a cualquier hora.

De repente, la desaparición del móvil personal de Helena Gomariz era de lo más oportuna para, al menos, una persona de su entorno. El inspector Campos necesitaba localizarla de inmediato.

—Dígame, ¿sabe de qué se conocían Anaïs y Helena Gomariz?

—Sí. Hará dos años Helena y yo trabajábamos de azafatas para dos empresas distintas pero que se dedicaban a lo mismo: alegrar la vista a los visitantes de las ferias y congresos. Algunas de nosotras descubrimos que si además de la vista les alegrábamos otra cosa ganábamos cinco veces más. A Helena se lo propuso un chico que más tarde le presentó a Anaïs. Cuando nos pusimos por nuestra cuenta llegó a un acuerdo con Helena. Pagaría gran parte del alquiler a cambio de contar con la mejor habitación. Solo venía de vez en cuando y se dedicaba a realizar fantasías para gente de alto standing.

—Otra cosa. ¿Conoce usted a Lorenzo Martín?

Carla volvió a mirar hacia el suelo antes de decir nada. El inspector Campos empezaba a interpretar las reacciones de esa chica y sabía que necesitaba tiempo para soltar las cosas, todo lo contrario que su intestino aquella mañana. Así que le dijo:

—Si piensa mentirme de nuevo, deje que vaya al baño, esta vez usaré el de Anaïs. Así tendrá tiempo de inventar algo con sentido respecto a Lorenzo, al que ya sé que conoce. Y después le dedicaré más tiempo aún para que me cuente la verdad.

El baño de Anaïs era más lujoso que el que compartían Brenda y Charlotte, o Helena y Carla. A Campos no le sonaban de nada la mitad de marcas de los geles, cremas, perfumes y sales de baño que reposaban en los estantes. Una bañera semicircular en la que para entrar debías subir a una especie de tarima presidía la estancia. El suelo era de mármol blanco y las paredes estaban cubiertas de azulejo beis y mármol negro.

Realmente el negocio de cumplir las parafilias sexuales de la gente daba para vivir bastante bien.

Al salir, se encontró de nuevo con Carla en el pasillo. La chica, ya sin titubeos, le explicó que

Lorenzo era el hombre que introdujo a Helena Gomariz en el mundo de la prostitución, pero quiso dejar claro que no se trataba de su macarra. Las trabajadoras del piso le pagaban dos mil euros al mes a cambio de que estuviera siempre cerca de allí por si había problemas, pero las jefas eran ellas, no él. Una llamada perdida y Lorenzo se presentaba como el séptimo de caballería; además, se ocupaba de comprar todos los productos que necesitaban para trabajar, llenar la nevera por si alguna se quedaba a comer y lavar las toallas que usaban ellas y los clientes en cada servicio.

—Si quiere puedo darle el teléfono de Lorenzo...

—No es necesario; llevamos varios días intentando localizarlo, de momento sin éxito. Si se pone en contacto con usted háganoslo saber.

—Por supuesto.

—¿Sabe si Helena Gomariz tenía algún enemigo, o estaba metida en algún lío?

—No. Helena era la persona más dulce que he conocido nunca. Créame, un amor de chica.

—¿Tuvo algún problema con alguno de sus clientes?

—No. Normalmente la gente que viene aquí es muy discreta y, por lo general, son amables con nosotras.

Campos sacó una fotografía de Félix Olivares y se la mostró a Carla.

—¿Reconoce a este hombre?

—Sí. Estuvo aquí el lunes. ¿Es él quien...?

—De momento es una posibilidad. ¿No ha vuelto a verlo? ¿Está segura de que no estuvo aquí el miércoles? El día que falleció Helena Gomariz.

—Conmigo no. Estoy segura. Si quedó con ella ya no lo sé.

Según había confesado Olivares, la forma de acercarse al colutorio de Helena sin que quedara constancia de su cita era quedando con su compañera de piso. Si después de su tontería con el azúcar había vuelto para jugar a un juego más serio, esta vez con cianuro, había tenido que volver al piso el miércoles. Pero ni el testimonio de Carla Palacios ni el registro de llamadas de sus dos móviles reflejaban ningún contacto con el sospechoso. Así que solo tuvo dos formas de regresar al piso: el teléfono personal de Helena, que había desaparecido oportunamente, o quedar con Anaïs, que al parecer no era tan fácil ya que se movía en círculos más cerrados y exclusivos. Existía una tercera manera de acceder al piso: Lorenzo Martín. Pero no se conocía ninguna relación entre Martín y Olivares.

De momento estaba claro que, si querían situar al sospechoso en el escenario del crimen el día que murió Helena Gomariz, a Campos le faltaban tres elementos que no tenía: el teléfono personal de Helena, localizar a Martín y descubrir quién narices era esa tal Anaïs.

Begoña Ortiz llevaba toda la tarde esperando la llegada del inspector Campos. Tenía que contarle varios avances en el caso. En primer lugar, Helena Gomariz no había pisado la facultad en todo el trimestre y sus compañeras no tenían ni idea de a qué se dedicaba. En segundo lugar, la página web en la que se publicaban Brenda y Charlotte había recibido órdenes de retirar el anuncio dos días después de la muerte de Helena. La última modificación del anuncio fue en noviembre y se hizo para eliminar una de las fotos en las que aparecía una mujer que por lo visto no era Brenda ni Charlotte. Es decir, que tal vez en el piso hubiera trabajado una tercera chica con acceso al colutorio.

Y, además, estaba el tema de la investigación del entorno de las víctimas. Ya se había reunido con todos ellos, menos con la familia de un tal Valentí Pons. Que, dicho sea de paso, era el mismo Valentí Pons que abusó de ella cuando era una niña. Un detalle que seguro que nadie entendería que la subinspectora hubiese omitido. De aquel caso dependía la credibilidad de un cuerpo de policía que ya había soltado, por segunda vez, al principal sospechoso y no tenía nada con lo que avanzar.

La cara que traía el inspector Campos cuando llegó a la comisaría no auguraba que tuviese un día especialmente comprensivo con los errores de su equipo.

El cóctel de fármacos que llevaba ingiriendo desde que se había levantado había dejado de hacerle efecto en la garganta, pero no en el estómago, de forma que ahora le dolían las anginas y la barriga. Por eso había parado en la farmacia y se había comprado una caja de Fortasec, un potente antidiarreico, y unos sobres de Almax que, aunque no tenía acidez, supuso que algo harían.

La subinspectora Ortiz lo abordó en el pasillo y le dijo que tenían que hablar. Campos, que llevaba el teléfono pegado a su oído izquierdo, le hizo un gesto con el dedo índice para que le diera un minuto.

Por el volumen que se oía al otro lado de la línea, Ortiz intuyó que estaba hablando con Olzina. Tras colgar la llamada, Campos se dirigió a su compañera y con un intenso cansancio en la voz le dijo:

—Nos sacamos de encima esto lo más rápido posible y luego me cuentas.

Olzina no tardó ni quince segundos en aparecer por la escalera que comunicaba con su despacho en la tercera planta y que bajó saltando los escalones de dos en dos. Avanzó con paso firme hacia donde se encontraban Ortiz y Campos y, sin decir nada, abrió la puerta de una de las frías salas de reuniones de la comisaría.

—¿Dónde está Fuentes? —preguntó el intendente.

—Sigue intentando localizar a Lorenzo Martín. Al parecer su familia tiene un terreno en Collbató y

lo he mandado a echar un vistazo.

—Mantenedme informado. Decidme que tenemos algo con lo que avanzar porque está todo el mundo muy nervioso con este tema. —Olzina usó la tercera persona pero estaba claro que el primero en estar nervioso era él.

—Tengo algo, pero no creo que te guste —arrancó Campos.

—¡Coño, Domingo! No te hagas el misterioso. Dispara lo que tengas y ya decidiré yo si me gusta o no.

El inspector Campos expuso a sus colegas lo que llevaba días elaborando.

—Uno: Félix Olivares confesó haber visitado el piso el lunes 9 de febrero para asesinar a Nicolás Ferrer, que muere sin signo de envenenamiento alguno. Hasta el miércoles y el jueves no aparecen los primeros envenenados relacionados con Helena Gomariz.

»Es decir, que si no logramos situar a Olivares en el piso de Helena Gomariz el miércoles 11, tenemos que empezar a pensar en la posibilidad de que un oportunista que conociera el plan de Olivares aprovechara para matar a Helena o usarla para matar a uno de sus clientes como en el plan original.

—Tenías razón. Eso no me gusta nada —interrumpió Olzina.

—Dos: el plan de Félix Olivares solo lo conocían... —Sacó sus notas de la pequeña libreta que guardaba en el bolsillo de su parka y empezó a enumerar—: La secretaria de dirección, Olivia Guzmán; el contable, Carlos Rocamora; la directora comercial, Edurne Abenoza; el presidente de la empresa, Manuel Casamitjana, y su hijo, Rodrigo.

—Sabes perfectamente que no podemos investigar a esa gente solo porque al pirado de su compañero se le ocurrió contarles que era un puto psicópata —volvió a interrumpir Olzina.

—Claro que también estaban al corriente de los planes de Olivares los policías que se hallaban de guardia la tarde que se presentó asegurando que se había cargado al subdirector del banco y a un montón de gente más.

—Espera, espera, espera. ¿Me estás diciendo que Ortiz, Fuentes y yo mismo somos sospechosos? No sé si lo has notado, pero no tengo un buen día desde 1999. Y se me están empezando a hinchar las pelotas. Así que acaba tu imitación de Hércules Poirot, suéñate los mocos y después dime que sabes cómo trincar a Olivares.

—No digo que nadie sea sospechoso. Digo que si él no lo hizo...

—Que lo hizo —interrumpió de nuevo Olzina.

—En el hipotético caso de que no lo hubiera hecho él, tuvo que ser alguien que conociera el plan. Es decir, que tenemos que comprobar quién tuvo acceso a la historia de Olivares.

—¿Y tres? Porque si hay un uno y un dos, seguro que tienes un tres.

—Solo es la conclusión. Si Olivares no nos la está jugando, tenemos que buscar a una persona que conociera la historia y que, o bien tuviera motivos para matar a Helena Gomariz o a uno de sus clientes, o bien los tuviera para joder eternamente al mismo Olivares.

Ortiz y Olzina se quedaron mirando con atención la pizarra en la que Campos había ido apuntando el esquema de su hipótesis. A Olzina no le hacía ninguna gracia lo que acababa de oír, pero, muy a su pesar, sabía que si le había asignado el caso a Campos era porque siempre encontraba una hipótesis que, hiciera más o menos gracia a sus superiores, hacía avanzar los

casos. Pasó por alto el detalle de que hubiera tenido las narices de insinuar que él mismo era un sospechoso por el simple hecho de haber escuchado la historia de Olivares y le dijo:

—Adelante. Trabaja con eso. Pero sin atosigar a nadie; tus sospechosos no tenemos la culpa de haber oído ese cuento. —El intendente usó de manera deliberada la primera persona del plural para dejar claro que no olvidaba haber sido aludido durante la exposición.

Luego Olzina se relajó; al menos era algo con lo que trabajar.

—Ortiz, ¿tú has encontrado algo?

La subinspectora Ortiz intuyó con acierto que momentos después de que su superior introdujera una hipótesis que la incluía a ella como sospechosa, no era buena idea anunciar que una de las víctimas era, probablemente, la persona que más había odiado en toda su vida.

Una vez más su silencio la mantuvo entre lo adecuado de la verdad y lo cómodo de la mentira, y maldijo de nuevo a Valentí Pons que, incluso muerto, estaba provocando en ella una actitud insegura y dubitativa totalmente opuesta a la que sus compañeros en la comisaría estaban acostumbrados a ver.

Descartada la opción de postularse como sospechosa al encajar con el perfil que desde hacía dos minutos todos estaban buscando (alguien que conocía los planes de Olivares y tenía motivos para cargarse a uno de los clientes de Helena), la subinspectora optó por centrarse en su descubrimiento en la página web donde se anunciaban Brenda y Charlotte. La misteriosa mujer de la foto que fue eliminada un mes antes del asesinato.

A Campos le entusiasmó la noticia y propuso visitar la sede de la empresa a primera hora de la mañana. Asimismo, puso al día a sus compañeros sobre la habitación en la que trabajaba la tal Anaïs y de toda su parafernalia. Olzina y Ortiz pusieron la misma cara de hastío mientras Campos les describía con todo lujo de detalles la estancia.

Al fin, el intendente, con toda la amabilidad de la que fue capaz, sugirió al inspector Campos que se fuera a casa con un simpático:

—Vete a casa y métete en la cama, que tienes una cara que da pena verte.

Estaba a punto de hacerlo cuando un agente uniformado entró en la sala preguntando por el inspector Campos.

La oficina de objetos perdidos del ayuntamiento se había puesto en contacto con la comisaría para informar de que un iPhone que pertenecía a la víctima Helena Gomariz había sido encontrado por un agente que revisaba el alcantarillado.

Olzina miró al agente fijamente y le espetó:

—Si han encontrado el teléfono que llevamos días buscando no vengas a decírnoslo; mandas un coche patrulla a la puta oficina de objetos perdidos y lo traes aquí cagando leches.

Aquello significaba que la cama del inspector Campos debería esperar.

A los veinticinco minutos llegó la patrulla uniformada con el iPhone metido en una bolsa. Campos solicitó un técnico del departamento de delitos informáticos para que pudiera desbloquearlo y examinar su memoria interna.

A las siete de la tarde no quedaba ningún técnico del departamento de delitos informáticos en la

comisaría de plaza Espanya. Así que se pidió la presencia de un agente de la comisaría de Sant Andreu, en la otra punta de la ciudad. Las expectativas de salir antes de la comisaría se habían convertido en la certeza de irse mucho más tarde de su hora, como era habitual.

Eran casi las ocho cuando se personó el agente Planas. Una auténtica caricatura de lo que sería un informático. Enclenque, con una hipermetropía que hacía que sus gafas ampliaran el tamaño de sus ojos y una forma de usar los términos informáticos que hacía parecer al resto una panda de analfabetos. Tras muchos «¿qué significa eso?», «qué es el procesador ARM?» y algún que otro «¿puedes hablar normal, coño?» del intendente Olzina, Planas simplificó sus explicaciones con la afirmación:

—Alguien se ha tomado muchas molestias en borrar toda la información de este teléfono. No solo lo han formateado, sino que han extraído la tarjeta de memoria y han inutilizado el procesador.

—Por no decir que después lo han tirado por una alcantarilla —apostilló Olzina.

Aquello confirmaba lo que el inspector Campos acababa de decir. Ese teléfono contenía algo que el asesino no quería que fuese descubierto. Además, el rastreo indicaba que el día en que Helena Gomariz fue asesinada, su teléfono estuvo muy cerca de las oficinas en las que trabajaba Félix Olivares y todos los compañeros de trabajo que escucharon su relato. Puede que Helena visitara el edificio para verse con uno de ellos o simplemente que uno de ellos se llevara el teléfono de Helena desde el piso.

—La buena noticia es que los policías que estábamos de guardia cuando vino ya no somos sospechosos —dijo Olzina, a quien la perspectiva de que se estaban dando pasos hacia una dirección parecía haberle cambiado un poco el humor.

—De momento sí. Pero manteneos localizables —bromeó Campos.

—Sí. Sabes que siempre puedes encontrarme aquí —remató Olzina mostrándole el dedo corazón a su colega.

Ya eran las nueve de la noche. O el dolor de garganta de Campos había menguado, o él se había habituado a su presencia. Además, el torbellino de sus intestinos no daba muestras de furia desde hacía tres horas y al parecer podía irse por fin a casa. Pero una llamada del caporal Fuentes lo cambió todo.

El cuerpo de Lorenzo Martín había sido encontrado totalmente calcinado en la finca de Collbató.

Martes 17 de febrero

Seis días después de la muerte de Brenda

Collbató se encuentra a unos cuarenta kilómetros de Barcelona a los pies del macizo de Montserrat que, con sus caprichosas formas, amanecía majestuoso junto a la carretera comarcal por la que circulaba el inspector Campos.

La parcela que la familia de Lorenzo Martín había adquirido en los años ochenta estaba situada fuera del pueblo, a la entrada de una urbanización en la que las edificaciones habían aflorado sin ningún orden robando terreno al bosque hasta que este lo recuperara en un incendio o en una riada de la que no se salvaría ninguna casa. En uno de los caminos sin asfaltar se ubicaba la construcción de una sola planta con ladrillo visto y rebozado de cemento con aspecto de una casa a medio hacer que el propio padre de Lorenzo, ayudado por su tío y un agente del cuerpo con fama de manitas, habían levantado sin permisos de obra ni licencia, al más puro estilo de principios de los ochenta. Y sin ningún criterio estético, como también marcaban los cánones de la época.

El vallado, que incluía un par de somieres de matrimonio, placas de uralita y cañas atadas, rodeaba la finca que incluía un pequeño jardín con un banco de piedra, una barbacoa de obra y un par de gnomos decorativos que el tiempo y la humedad habían cubierto de líquenes y musgo.

El frontal de la casa era la única parte que había sido encalada y mostraba una puerta de garaje de madera y dos ventanas cubiertas por mosquiteras de color verde botella y protegidas por sendas rejas metálicas. El blanco de la cal se intuía más que se veía a causa del hollín provocado por el incendio.

La piedad de Olzina y la tardanza del juez habían permitido al inspector Campos dormir seis horas seguidas y recuperarse un poco. Esperaba que haber incluido el Almax y el Fortasec a su cóctel de fármacos le posibilitara permanecer activo sin necesitar un lavabo cerca; además, se había hecho con un spray bucal de propóleo con el que se rociaba la garganta cada cuarto de hora.

El caporal Fuentes, que había pasado la noche velando el escenario, salió del todoterreno de la patrulla que lo había acompañado.

Su juventud le hacía caminar erguido y con la chaqueta desabrochada a pesar de llevar toda la noche metido en un coche y a temperaturas que, según había oído Campos en la radio, no habían subido de los cero grados en esa zona.

Expulsando vaho en cada respiración, Fuentes se acercó a Campos con una linterna en la mano.

—Buenos días, jefe. ¿Has desayunado?

El inspector Campos comprobó que junto al Nissan Patrol de la patrulla había una mesa de camping con un termo de café, vasos de plástico y varios cruasanes de los que estaban dando

buena cuenta dos agentes uniformados que, como si estuvieran compinchados con Fuentes, se empeñaban en simular que no hacía nada de frío.

Campos, que hundía tanto como podía la cabeza en su parka e intentaba no tiritar, optó por el café, más por meterse algo caliente en el cuerpo que porque le apeteciera. Pero prefirió tomarlo después de entrar en la casa, por lo que pudiera encontrarse.

La linterna de Fuentes iluminaba las paredes negras de la vivienda, que por dentro era tan austera como por fuera. La típica construcción de veraneo que una familia poco pudiente decora con lo que le sobra en su primera residencia. Juguetes viejos que en su día fueron de Lorenzo, un cuadro horrible de un payaso, un televisor de tubo que posiblemente sería en blanco y negro, un cuadro de una cabaña con un ciervo más horrible si cabe que el del payaso... todo cubierto de hollín y en algunos casos fundido por las altas temperaturas que se alcanzaron durante el incendio, que también provocaron que el lacado de los muebles hirviera dando la sensación de que a la madera le habían salido verrugas. Campos pensó que cualquiera que afirme que el fuego purifica es que no ha estado en lo que queda de un hogar tras un incendio.

En un rincón de la sala se encontraba el sofá cama, que ahora dejaba ver los muelles del colchón sobre el cual yacía el cuerpo de un varón totalmente calcinado. Lo que quedaba de Lorenzo Martín parecía una estatua negra que miraba hacia el techo con los brazos rígidos y semiflexionados como si aguardara a que alguien lo ayudara a ponerse en pie. Al lado del sofá cama se podía ver un viejo brasero eléctrico con restos de fibras de una manta unidos a la estructura carbonizada del sofá.

—Los de la patrulla dicen que es el típico incendio del brasero demasiado cerca de la cama. Pero eso lo han dicho antes de saber que el quemado está involucrado en un crimen. Y que guardaba esto en un cajón —dijo Fuentes mostrando una bolsa de pruebas que contenía un revólver.

—Demasiada casualidad —respondió Campos.

—Lo mismo pienso yo. Lo que está claro es que este ya no nos dirá nada.

—No. Él no, pero tal vez su autopsia sí.

—Hombre. Yo no soy médico, pero creo que la autopsia apuntará a la carbonización como causa de la muerte.

Los dos policías salieron de la casa y, ya con el humeante vaso de café en la mano, se dispusieron a hablar con los bomberos.

—El fuego empezó en la zona del brasero. Pasa a menudo; las casas están en la umbría del monte y nunca se calientan. Los dueños llegan por la tarde y descubren que hace más frío dentro que fuera e intentan calentarse con cualquier cosa. Si el hombre estaba dormido ni se habrá enterado. Por suerte para él —sentenció uno de los bomberos.

—¿Cree que alguien podría haber provocado el incendio?

—Bueno... un incendio siempre puede haber sido provocado. Pero si alguien lo hizo se aseguró de que pareciera un accidente.

El juez y el forense no tardaron en llegar para levantar el cadáver. La humedad del suelo había dejado a Campos con los pies helados; sus mocasines eran mucho menos indicados para andar por ese terreno que las gruesas botas que calzaban los agentes, que miraban divertidos los pasos de

claqué de aquel inspector de ciudad. Por fortuna, la gruesa parka que llevaba abrochada hasta taparle la boca impediría que el catarro que ya oficialmente llevaba encima se convirtiera en una pulmonía.

Antes de despedirse, Campos le comentó al forense que necesitaría un análisis detallado de tóxicos. Especialmente le interesaban dos venenos: cianuro y aconitina.

El martilleante sonido del despertador irrumpió en el sueño en el que la subinspectora Begoña Ortiz volvía a estar en el grupo de teatro del instituto. No era la primera vez que ese sueño la acompañaba a lo largo de su vida. Estaba detrás del escenario vestida de época para representar el clásico *El alcalde de Zalamea* y mientras calentaba la voz y se anudaba el delantal a la cintura, descubría que sus compañeros iban ataviados como en los años cincuenta. Una compañera la miraba atónita y le preguntaba por qué iba vestida así, si ese día iban a representar *La gata sobre el tejado de zinc*, de Tennessee Williams, y ella interpretaba a la protagonista. No tenía ni tiempo para decir que se sabía a la perfección el texto de *El alcalde de Zalamea*, pero no había estudiado ni una línea de la obra de Williams cuando se apagaban las luces y sonaba el timbre que indicaba que el espectáculo estaba a punto de comenzar. El timbre, poco a poco, se transformaba en la alarma del despertador y Begoña daba gracias a Dios por no estar a punto de hacer el ridículo ante trescientas personas.

Una vez se cercioró de estar bien despierta, la subinspectora Ortiz se sentó en el colchón y buscó a tientas con los pies el par de zapatillas que solían estar junto a la cama. Al no tener éxito con esa operación, pensó que tal vez la noche anterior había recorrido el camino del salón a la habitación descalza, olvidando las zapatillas junto al sofá. No estaba segura.

Hacía años que había perdido el hábito de irse a dormir a su cuarto. Su rutina cada noche era quedarse dormida en el sofá leyendo un libro o viendo por televisión alguna película con el pijama puesto. A eso de las dos de la madrugada se despertaba y, al darse cuenta de que la película de la tele no era la misma que había estado viendo, comprobaba que habían pasado dos horas. Entonces apagaba las luces y, sin ser muy consciente del trayecto realizado, se metía en la cama.

Se duchó repasando la agenda que le esperaba en el trabajo. Ese día tendría que visitar de nuevo a los programadores de la página web en la que se anunciaban Brenda y Charlotte y seguir investigando el entorno de Lorenzo Martín. Según le había dicho Campos, parte del trabajo de Martín consistía en no alejarse mucho del piso de las chicas y, en pleno febrero, Campos y ella acordaron que no sería mala idea presentarse con una foto de Martín por las cafeterías cercanas.

Todo el mundo que conocía a Begoña Ortiz estaría de acuerdo en afirmar que no era una persona coqueta. Ella tenía en la cabeza la errónea idea de que ser coqueta le había traído problemas en el pasado y por más terapias que hiciera no resultaba fácil sacársela de encima.

Después de secarse se calzó unos calcetines de lana, unas bragas verdes y un sujetador gris que, debido a su escaso pecho, tenía más la misión de impedir que los pezones se marcaran bajo la ropa que de sujetar nada.

Hacía años que había optado por llevar el pelo corto. Eso le permitía peinárselo con las manos sin mirarse a un espejo que seguía cubierto de vaho. Tras ponerse una crema hidratante en la cara volvió a la habitación para acabar de vestirse. En lo alto de la montaña de ropa que se había ido

formando sobre la silla que tenía a los pies de la cama, localizó los mismos vaqueros negros que llevaba el día anterior. Luego olió una camiseta para verificar si había ido a parar al montón de ropa desde la secadora o la había tirado allí al desnudarse; en cualquier caso le pareció que no olía mal, así que se la puso. Sacó la cabeza mojada por la ventana de su habitación para comprobar la temperatura y se decidió por un jersey de cuello de cisne granate que estaba unos pisos más abajo de la misma montaña de ropa.

Se agachó para buscar debajo de la cama sus botines de ante y, para su sorpresa, también encontró las zapatillas.

Después de desayunar su habitual yogur con muesli, salió del portal y constató que el día había amanecido frío. Además, el barrio de Horta en el que vivía se encontraba más alto que el resto de la ciudad y siempre notaba uno o dos grados centígrados de diferencia respecto al centro.

En un cuarto de hora llegó a Poblenu, un barrio que antiguamente estaba lleno de fábricas y almacenes que en la actualidad se habían reconvertido en estudios de diseñadores, arquitectos y espacios de *coworking* en los que por mucho menos de lo que costaría una oficina, empresas como Sexo Ya, especializada en anuncios eróticos, podían tener su sede compartida con otros pequeños negocios.

El responsable de Sexo Ya era un hombre joven y bien parecido, el tipo de chico informal que le gustaba a la subinspectora Ortiz. El único defecto que le encontró, tras su barba de varios días, su vestuario desenfadado y su cabello cuidadosamente descuidado, fue que hablaba como un cretino integral.

Al margen de que la página web que administraba dejaba claro que las mujeres eran un bien de consumo rápido para sus usuarios, Octavio Costa era el típico emprendedor pagado de sí mismo al que las cosas habían ido bien, y por lo tanto estaban convencidos de que eran la hostia en vinagre.

—Agente... Hummm, ya le dije todo lo que sabía sobre Brenda y Charlotte.

—Soy subinspectora.

—Esto... okey. Como si es comisaria. Pero no puedo ayudarla más.

—Sí, sí que puede.

—En serio, tengo mucho curro. Tendrá que ser rápido, ¿okey?

La subinspectora Ortiz se aseguró de ralentizar todos sus movimientos para dejarle claro a Costa que él no iba a marcar el tempo de la entrevista.

—Como ya le comenté ayer, estamos investigando el asesinato de una de sus clientas. Soy plenamente consciente de que usted tiene que velar por su negocio. Pero estoy segura de que comprende también que necesitamos la disposición de todo aquel que hubiera tenido relación con la víctima para encontrar a la persona o personas que atentaron contra su vida.

Una frase larga y que no quería decir nada. Justo lo que necesitaba Ortiz para poner un poco más nervioso a Octavio Costa.

—Okey. Vale. Al grano. ¿Qué más necesita saber?

Costa hizo énfasis en el «más» para dejar claro que el día anterior ya le había dado todos los datos que tenía.

—Ayer me comentó que hará cosa de dos meses... —Ortiz hizo como que consultaba notas en su

agenda para alargar más la conversación antes de especificar—: La víctima contactó con ustedes para rectificar su anuncio eliminando una foto.

—Sí. Esto pasa continuamente. Los clientes quieren fotos recientes y las chicas las van cambiando y añadiendo fotos nuevas.

—Sí. Pero en este caso no se añadió ninguna foto; se suprimió porque, según dijo usted mismo, la foto no era de ella sino de una de sus compañeras.

—Bueno. Eso es lo que me dijo. Era la foto de un trío, dos chicas trabajando y un tío mirando.

—Me gustaría ver esa foto.

—Me temo que eso no va a poder ser. Mire, yo estoy encantado de que encuentren al asesino y todo eso, ¿okey? Al fin y al cabo, yo he perdido a una clienta. Pero mi negocio se basa en la confidencialidad. Si proporciono material que expresamente me han hecho retirar, me juego el prestigio. Lo entiende, ¿no?

—Mire, señor Costa. Por lo que yo sé, su página web se dedica a publicitar un servicio que puede que no sea ilegal, pero es económicamente ilícito, y eso me preocupa. Lo entiende, ¿no?

—Le aseguro que yo lo tengo todo legal y facturo lo que cobro.

—Bueno. Para estar seguros debería hacerse una auditoría y contactar con todos sus clientes para ver si cuadra lo pagado con lo facturado. Supongo que sus clientes estarán encantados de que los meta en una investigación de la unidad de delitos fiscales.

—¿Me está amenazando?

—En absoluto. Es solo que advierto que está muy concienciado con lo que es legal y lo que no lo es. Mire, hay otro tema que me preocupa. En muchos de los anuncios de los que su empresa cobra por publicar, veo fotos de chicas muy jóvenes.

—Exigimos que todas sean mayores de edad. De eso puede estar segura.

—No —lo cortó Ortiz—. Para estar segura debería contactar con sus clientes para que me mostraran su DNI, y así comprobar también su situación legal en el país. Pero vamos, seguro que me dedicará unos minutos más de su tiempo para que vayamos analizando las fotos y llamando a las interesadas. Y ya de paso, verificar las facturas del resto. ¿Okey?

El semblante de Costa no podía disimular el fastidio que sentía. La subinspectora Ortiz, como todos sus compañeros, estaba acostumbrada a esa expresión. Cuando decides hacerte policía ya sabes que no le vas a caer bien a todo el mundo. Pero caerle mal a un tipo como el que tenía enfrente mordiéndose un padastro del dedo pulgar mientras analizaba las opciones que tenía, representaba todo un honor.

—Está bien. Ya capto. *No problem*, compro. Usted quiere ver la foto y ya está. Llamo al informático y le doy autorización para que se la enseñe.

Costa acompañó a la subinspectora hasta un cubículo en el que se encontraba el informático, que resultó ser un chico de no más de veinticinco años, con los vaqueros rotos y cara de ratón asustado, sentado junto a otra chica que supuso que era la que llevaba las tareas administrativas. Aquello era toda la empresa. A sesenta euros el anuncio, debía resultar realmente rentable, pensó Ortiz.

El informático se encargaba de recibir el material que enviaban las chicas y los clubes, editarlo y colgarlo en el apartado correspondiente de la página: clubes de alterne, masajistas, orientales,

travestis, chicas con tarifa menor de cien euros, acompañantes... Además, también se realizaban ofertas exclusivas para los usuarios del foro y hasta sorteos de servicios gratis.

A la subinspectora le resultaba todo bastante sórdido, pero no estaba allí para ejercer un juicio moral sobre la prostitución, sino para conseguir la dichosa foto.

—Desgraciadamente no puedo ayudarla —dijo el informático—. La ley de protección de datos nos obliga a deshacernos del material que las chicas piden que retiremos.

Begoña Ortiz no acababa de enfrentarse al cretino de Costa para irse de allí con las manos vacías. Además, no le daba la gana de ver su sonrisa al verla irse de allí sin la foto porque su empresa cumplía la ley.

—Soy policía, conozco la ley de protección de datos —mintió Ortiz—. Pero también sé que los ordenadores se limpian de uvas a peras y no hace ni dos meses que la foto fue retirada. Aunque la eliminaseis de la página, seguro que existe una forma de recuperar el original.

—Bueno... —titubeó el informático—. Se podría mirar el original que mandaron la primera vez que publicamos el anuncio. En teoría también se tiene que eliminar del directorio, pero desde que trabajo aquí, nadie lo ha hecho nunca.

—¿Y trabajas aquí desde?

—Hace dos años.

Al informático le llevó media hora recuperar el mensaje original en el que el alias Brenda96 le mandaba cinco fotografías como reclamo de su anuncio de contactos.

En la pantalla aparecieron fotos de la víctima y de su compañera. En la primera iban vestidas con una bata corta que dejaba ver las piernas y el escote, la segunda era de Helena sola mirando al infinito con el busto al aire y mordiendo una cereza, la tercera era de Charlotte vestida de colegiala levantándose la falda para mostrar una nalga. Ortiz no pudo evitar que se le revoliera el estómago al imaginar a Valentí Pons mirando esa foto de una colegiala con uniforme escolar y babeando. La cuarta era la foto de la discordia. En ella aparecía Charlotte besándose con una tercera chica que llevaba el cabello azul y una actitud felina. En uno de los espejos de la sala se intuía un hombre vestido con traje al que no se llegaba a ver del todo.

Todas las fotos tenían las caras borradas con Photoshop para que ningún usuario pudiera reconocer a las chicas.

—¿Estos son los originales? —preguntó Ortiz.

—Sí. Esto es lo que envió Brenda. —El joven informático no pudo evitar sentirse abrumado al añadir—: ¿Cuál es la chica a la que...?

—Esta —respondió la subinspectora al tiempo que señalaba la segunda foto con el bolígrafo—. Esta era Brenda.

El informático bajó la cabeza como si ver la foto de una muerta en una pose tan sugerente le hiciera sentirse especialmente mal.

Con voluntad de servicio el joven informático apuntó que con toda seguridad la foto se tomó con un teléfono, posiblemente un iPhone.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la calidad de la foto y el filtro que le han puesto para darle aspecto de Leica de los años ochenta. En esto consiste el progreso. Inventamos cámaras de diez megapíxeles que pueden ir

integradas en un móvil y cuando nos damos cuenta de que se nos ve hasta la espinilla más minúscula de la piel, tenemos que inventar filtros para disimular tanta resolución y que parezca que la foto la hicimos con una cámara barata de los ochenta. No seré yo quien me queje porque vivo de esto, pero no me dirá que no es una paradoja de cojones. Es algo así como cuando vas a un concierto y ves un montón de móviles grabándolo todo para tener un recuerdo del evento que sus propietarios no vivieron porque tenían que grabar cada puto minuto.

Las reflexiones de aquel chico con los vaqueros rotos y cara de ratón asustado pasaron de largo por la mente de Begoña Ortiz, que con tono diligente ordenó que le imprimiera las fotos.

—Pero... Una cosa es enseñarlas y otra que se las pueda llevar —protestó el informático.

—Si no me las imprimes y las copias en un *pen drive*, tendré que confiscar la CPU por no respetar la ley de protección de datos. La policía es muy estricta con eso —dijo Ortiz mientras el informático ya le estaba dando a la tecla de imprimir—. Un momento. ¿Antes puedes despixelar las caras? —preguntó Ortiz.

—No. Enviaron los originales así. A veces mandan las fotos tal cual y yo me encargo de borrar las caras, marcas o *tattoos*, para que nadie las reconozca; es un servicio por el que la empresa no cobra nada. Otra cosa es que quieran que les mejore las fotos con Photoshop para que una abuela parezca modelo, pero esconder la cara o un tatuaje reconocible es gratis. Aun así, algunas chicas prefieren enviar el original con la cara ya borrada. Y a veces lo hacen mal.

—¿Qué quieres decir?

—Fíjese en esta foto. —Señaló la foto eliminada.

—¿Qué le pasa?

—Aunque han difuminado las caras y parte del tatuaje, se han dejado la mitad a la vista. —El joven informático amplió la imagen y señaló la parte baja de la espalda de la chica del pelo azul—. ¿Lo ve? Escamas, alas, una garra... No hay que ser un genio para darse cuenta de que eso que lleva tatuado en la espalda es un dragón.

Con la fotografía en el bolsillo, la subinspectora Begoña Ortiz cruzó el pasillo sin despedirse de Octavio Costa. Al llegar a la calle Pujades, donde tenía aparcado el coche, comprobó el teléfono por si tenía algún mensaje nuevo. La fotografía que le había mandado el inspector Campos parecía el escenario de un crimen. La calidad era nefasta por la poca luz y porque al tratarse de un incendio casi toda la estancia había quedado negra.

El texto que acompañaba la foto le aclaraba que aquello era lo que quedaba de Lorenzo Martín y la citaba al mediodía en comisaría.

Eso le daba tiempo a Ortiz para realizar otra visita aquella mañana. Arrancó el coche y puso rumbo al barrio de Gràcia.

Gràcia, como Sant Andreu, Sarrià o Sant Martí, es uno de esos barrios que antes de ser devorados por la ciudad fueron un pueblo. Tradicionalmente, sus gentes conservaban un espíritu orgulloso por ese hecho. Pero lo que no pudo borrar la anexión lo hizo la especulación y ya quedaban muy pocos residentes que pudieran decir que pertenecían al barrio desde niños. Los obreros y clase media que antaño vivían en sus calles y plazas habían sido sustituidos por jóvenes de profesiones liberales que estaban dispuestos a pagar un alquiler mucho más alto a cambio de transitar por esas mismas calles y plazas junto a sus bicicletas de paseo antiguas, tan bellas como poco prácticas. Los colmados habían sido reemplazados por galerías de arte, las panaderías por boutiques especializadas en pan tradicional que cobraban a precio de oro y las fruterías por tiendas ecológicas con la fruta más fea y cara de la ciudad. A pesar de eso, seguía siendo un barrio bonito.

Ortiz siempre se perdía al conducir por Gràcia. Sus callejuelas estaban dispuestas sin ningún orden ni criterio, y el sentido de circulación de los vehículos casi nunca coincidía con la dirección hacia la que quería ir. Eso, sumado al hecho de que un aparcamiento libre en el barrio era algo de lo que los vecinos de Gràcia habían oído hablar pero nunca habían visto, hacía que Begoña Ortiz intentara mantenerse alejada de esa parte de la ciudad.

La calle Gran de Gràcia lucía algunos edificios magníficos que contrastaban con las casas bajas de las callejas del barrio. En ellos, se instaló la aristocracia local para no ser menos que nadie cuando la pequeña villa se anexionó a Barcelona mediante el suntuoso paseo de Gracia y su colección de joyas modernistas expuestas en fila india.

El portal de la Rambla del Prat en el que Helena Gomariz, Carla Palacios y una misteriosa mujer con un dragón tatuado en la espalda ejercían la prostitución estaba cercano a la esquina con la calle Fontana. Ortiz divisó tres cafeterías en las que supuso que Lorenzo pasaba sus guardias los días de invierno.

La primera era un bar de tapas regentado por un chino al que la visión de la foto de Lorenzo

Martín no le dijo nada.

El segundo establecimiento era una cafetería de las de toda la vida. Camareros con corbata, cafetera impoluta, tiradores de cerveza con detalles cromados, tazas sobre la cafetera para aprovechar el calor residual, azucareros con más tipos de azúcar de los que Ortiz supiera que existían, ninguna mesa sin recoger y una clientela con poder adquisitivo como para poder pagar cuatro euros por un café con leche y una ensaimada que, eso sí, te servían con cuchillo y tenedor. El camarero reconoció a Lorenzo de haberlo visto esporádicamente, pero no recordaba la última vez que entró en la cafetería de la que, desde luego, no era cliente habitual. Con los clientes, la subinspectora tuvo un éxito desigual.

—Me suena, pero no lo conozco.

—¿Este no es el chico de la farmacia?

—No, mujer, el chico de la farmacia no lleva barba.

—¿Usted es policía? El otro día le robaron el bolso a una amiga mía en la plaza del Norte. ¿Ya los han pillado?

El tercer bar era el local que a Begoña Ortiz le venía a la cabeza cuando alguien pronunciaba la palabra «bar». Barra larga, servilleteros de propaganda, una plancha para hacer bocadillos calientes limpia, pero no brillante, prensa deportiva, palilleros, un cliente pesado hablando con el camarero con un tono de voz más alto de lo que el camarero querría...

Antes de responder a Ortiz si conocía o no al hombre de la foto, el camarero le preguntó quién lo buscaba y por qué. Al minuto de hacerse el loco con la foto, Ortiz ya adoraba a ese camarero refunfuñón, no por refunfuñón ni por haber conservado el bar tal y como lo encontró tras pagar el traspaso en 1991, ni siquiera por la paciencia infinita que mostraba con el cliente pesado que no dejaba de hablar de si no sé quién era o no era un jugador para el Barcelona.

La subinspectora Ortiz adoraba al camarero del Bar Deportes de la calle Gran de Gràcia porque tras sufrir un atraco en 2012, había instalado una cámara de seguridad en el establecimiento.

En la guerra, como en el amor, para llegar al objetivo es preciso aproximarse.

NAPOLEÓN BONAPARTE

La llegada de Ortiz a la reunión del equipo no pudo ser más triunfal. Tras unos días fuera de juego por el asunto de Pons, sentía que recuperaba la energía que le había dado fama de comprometida entre algunos compañeros, o de ambiciosa y obsesionada con el trabajo entre otros.

Sin duda, la muerte de Lorenzo Martín era la noticia del día. Ningún miembro del equipo creía que Martín se hubiera quemado —o quedado «hecho un churrasco», como lo definió Olzina— accidentalmente.

Esta vez Olivares quedaba fuera de toda sospecha ya que, aunque se hallaba en libertad, seguía estando bajo vigilancia por decisión del intendente Olzina, que estimaba oportuno que la persona que se había entregado dos veces y a la que en ambas ocasiones habían tenido que soltar, estuviera bajo control. Lo ordenó por una cuestión de precaución y sobre todo porque si al final resultaba tener algo que ver con los asesinatos, la policía iba a ser el hazmerreír de todo el mundo.

Cuando fue el turno de la subinspectora Ortiz todo se animó. Sacó la fotografía de la misteriosa Anaïs del bolso. Aunque no se le veía la cara y el pelo azul seguramente fuera una peluca, al menos sabían que tenían que buscar a una prostituta con un gran dragón tatuado en la espalda.

—¿Dónde ves tú el dragón? —intervino Olzina.

—Fijaos en la parte inferior de la espalda —dijo Ortiz obviando el hecho de que ella misma no lo habría visto si el informático no se lo hubiera mostrado. Tal vez sí que era algo ambiciosa, pensó.

El resto del equipo se ayudó de una lupa para comprobar que el joven informático primero y la subinspectora después no erraban. Aunque la mitad del tatuaje estaba pixelado, la otra mitad parecía claramente el cuerpo de un dragón.

—Si hubieran hecho esta foto antes de que los tatuajes se pusieran de moda ya lo tendríamos. Ahora... no sé. Al menos, algo es algo. Buen trabajo, Ortiz —dijo Olzina, que no era muy propenso a dar la razón ni a felicitar a sus subordinados. Ni siquiera lo hacía con Campos que, en su opinión, era el mejor a la hora de investigar.

Una vez aclarado que lo de la espalda de Anaïs era un dragón y no una sirena, pasaron al visionado de la cámara de la cafetería en el que esperaban ver a Lorenzo Martín y tal vez a Anaïs.

La frase «ponga la cinta» de Olzina fue recibida con sonrisas por parte de Fuentes y Ortiz. Unas sonrisas que el inspector Campos tardó un poco más en entender, ya que para él «poner una cinta» tampoco sonaba tan antiguo. Estaba claro que había un salto generacional y él no se hallaba en la orilla de los jóvenes a los que «ponga la cinta» les sonaba como «envíe el telegrama».

La expectación menguó a medida que el tiempo transcurría sin que Martín apareciera en la pantalla. Las miradas del equipo seguían con tedio las idas y venidas de la clientela del bar que, al aumentar la velocidad un treinta por ciento, parecían divertidos figurantes de una película de cine mudo.

De repente, todos se sobresaltaron como si hubieran visto un fantasma. En cierto modo así era.

Era la primera vez que veían a Helena Gomariz con vida y en movimiento.

Por su vestimenta, Ortiz pensó que encajaría más en la cafetería de al lado, pero su actitud tranquila y su afable sonrisa hizo que todos pensaran que aquella era la clase de chica que no desentonaría en ningún lugar.

Las imágenes siguieron avanzando y, al rato de que Helena Gomariz saliera del establecimiento, posiblemente para subir al piso, entró Lorenzo.

Tenía el porte de las personas seguras de sí mismas: espalda recta, hombros relajados y andar despreocupado. Eso sí, tal vez por sus años como agente de la Guardia Civil, al observarlo daba la impresión de que siempre mantenía un estado de alerta en la mirada, como si quisiera controlar el espacio en el que se movía. Una actitud muy de policía, pensaron todos.

El siguiente archivo correspondía al día en que murió Brenda. Como en el vídeo anterior también se la veía a ella entrando en el bar, que debía formar parte de su rutina. Campos se estremeció al reconocer en la víctima el mismo bolso que días atrás contempló sobre una triste mesa de la comisaría.

Poco después de salir, y como en el día anterior, Lorenzo hacía acto de presencia. Se sentaba en una mesa sobre la cual colocaba su teléfono móvil y leía la prensa deportiva.

Al rato se levantaba para ir al servicio, volvía a la misma mesa desde la que controlaba la calle y el portal de las chicas, tomaba otro café y un bocadillo, hablaba por teléfono y salía a la calle después de pagar en la barra.

El archivo que contenía las imágenes de la tarde en que mataron a Brenda se recibió con máxima expectación. El intendente Olzina en el fondo quería ver a Félix Olivares entrando en ese bar con un cartel de «soy culpable» colgado del cuello, pero como se temía no fue así.

El caporal Fuentes se encargaba de abrir los archivos que previamente había copiado en un portátil y, en esta ocasión, no aceleró las imágenes para que ningún detalle pudiera pasar por alto al equipo.

La tarde transcurrió tranquila en el bar con algunos clientes con los que el equipo policial ya se había familiarizado a fuerza de verlos en los otros archivos. El forofo del fútbol con el que coincidió la subinspectora Ortiz se pasaba el día en el bar, siempre en la misma esquina de la barra, salvo cuando dejaba su puesto para acercarse a la máquina tragaperras para probar una suerte que no llegaba nunca.

El repartidor de la bollería y el de las bebidas también habían repetido, así como tres operarios que trabajarían por la zona y unos empleados de la parada de metro que había al lado a los que se reconocía por el color de sus americanas. Y por descontado, Lorenzo Martín, el picoleto protector, que acababa de volver después de haber salido a la calle a hablar por teléfono.

En un momento de la grabación, el inspector Campos dijo en tono seguro:

—Mirad. Ahí ya está muerta.

Fuentes paró las imágenes en un acto reflejo dándole a la barra espaciadora que actuaba como botón de pausa.

Los presentes dirigieron su mirada hacia el inspector esperando una explicación. Todos ellos sabían que cuando alguien poco hablador afirma algo tan categóricamente vale la pena escucharlo.

—¿Cómo dices? —preguntó Olzina antes de dirigirse a Fuentes—. Rebobina, o como cojones se llame ahora a echar para atrás las imágenes.

Fuentes obedeció, esta vez sin sonrisas por los anacronismos de su jefe.

Volvieron a ver las imágenes de los últimos treinta minutos, que según el código de tiempo que aparecía en el margen superior derecho de la pantalla correspondían a las ocho menos cuarto de la tarde.

Todas las miradas estaban puestas en la figura de Lorenzo mientras el inspector Campos narraba su conducta como un zoólogo lo haría con las imágenes de un documental de animales.

—Fijaos en él. ¿Recordáis cómo se movía en los otros vídeos? Cabeza erguida, manos junto al cuerpo o en los bolsillos, un saludo al camarero, una mirada furtiva al trasero de una clienta... Miradlo ahora.

Ortiz participó en el juego.

—Parece un animal acorralado.

—Exacto. Ya no tiene la mirada del cazador sino la alerta de la presa.

—¿Sabe que acaba de portarse mal? —añadió Olzina.

—Lo que es seguro es que algo le preocupa —apostilló Campos—. Y mucho. Ha llamado tres veces por teléfono y nadie le contesta.

En las imágenes se veía a Lorenzo Martín pulsando una y otra vez el botón de llamada de su *smartphone*, llevándoselo a la oreja y, a los pocos segundos, posiblemente al oír que saltaba el contestador, apartando el teléfono de su cara sin soltarlo en ningún momento.

—Mirad eso —intervino Fuentes—. El señor de los cafés se anima con un whisky.

Las imágenes mostraban cómo Lorenzo Martín se levantaba de la mesa para dirigirse a la barra, el camarero se giraba hasta alcanzar una botella del estante que quedaba a su espalda y servía una copa de licor a Martín, que se la tomaba de un trago.

Después salía a fumar a la calle y volvía a entrar para sentarse en su mesa y seguir llamando sin éxito.

—¡Páralo ahí! —ordenó el inspector Campos con tanta autoridad que la subinspectora Ortiz pensó que los clientes del bar lo habían podido escuchar y se habían congelado por voluntad propia sin necesitar que Fuentes tocara la barra espaciadora—. ¿Lo veis? —preguntó.

—Tiene dos móviles —constató Fuentes.

—Hijo de puta —remató Olzina.

Fuentes amplió la imagen en la zona de las manos de Martín hasta que quedó tan pixelada que no valía la pena ampliarla más. Se intuía el logotipo del teléfono de Helena Gomariz en la parte trasera y el color de la carcasa era el mismo tono dorado.

—¿Crees que Lorenzo Martín la mató? —preguntó Olzina a Campos directamente, sin importarle que a los otros dos investigadores pudiera molestarles no ser incluidos en la pregunta.

—No lo sé —respondió el inspector—. De momento sabemos quién le quitó el móvil.

Diario de Helena Gomariz

Día de novedades y cambios. De hecho, no ha pasado nada aún pero los cambios no necesariamente ocurren cuando pasan las cosas sino cuando tomas la decisión de que pasen. He hecho cálculos y creo que volveré a la facultad. Eso sí, lo compaginaré con el trabajo.

Lo he visto claro con un cliente que me ha asegurado que fue futbolista profesional y que realmente tenía un cuerpo espectacular.

No llegó nunca a primera y ahora se encuentra con treinta y dos años y sin oficio. Mal asunto.

Eso me puede pasar a mí, no nos engañemos. A partir de los treinta no venderé tanto y a los cuarenta ya me puedo olvidar de vivir de mi cuerpo. Por mucha pasta que esté ganando, debo tener un plan B.

También le he dicho a Lorenzo que empiezo a estar harta de Anaïs. Entiendo que sus servicios especiales pagan el piso, pero al fin y al cabo cuando ella trabaja Charlotte y yo no lo hacemos y es dinero que se pierde. Él dice que eso solo pasa una o dos veces al mes y que sigue siendo muy rentable para todos, pero no es únicamente eso. Hay algo en todo lo que envuelve a Anaïs que me empieza a resultar sórdido.

Entender a los hombres, así en genérico, me parece ya de por sí una singladura demasiado temeraria, pero entender a los hombres que pagan lo que pagan por la compañía de Anaïs se me antoja imposible.

Admito que en mi eterno debate de saber quién quiero ser puedo tener contradicciones y dudas, pero si algo sé es quién no quiero ser. No quiero ser como ella. Empiezo a detestar sus misterios, su peligroso equilibrio entre la falta de prejuicios y la falta de escrúpulos, sus dos horas de preparativos para presentarse ante el cliente dando la ilusión de ser lo que tal vez nunca ha sido. Tiene gracia que Carla y yo, que deberíamos ser las alocadas e inmaduras del piso, parezcamos las más cuerdas ante tanta alienación. En fin, lo tengo decidido y no hay marcha atrás. Si Carla quiere, nos lo montaremos por nuestra cuenta. Lorenzo tiene toda una historia con Anaïs desde que lo conozco, y seguro que no querrá dejarla, pero ya ha llegado un punto en que me da igual; nos las podemos apañar sin él.

Miércoles 18 de febrero

Una semana después de la muerte de Brenda

Los postigos de las ventanas seguían obstinados en no dejar entrar la luz de un mundo que con toda seguridad se avergonzaba de él. Aunque Félix Olivares ya hacía varios días que no era noticia, estaba muy lejos de atreverse a salir de casa. El infierno que había sufrido las dos últimas semanas lo había dejado en un estado mental preocupante, y físicamente tampoco se podía decir que estuviera mucho mejor.

Continuaba en shock como el día en que se lo habían llevado detenido en un coche patrulla. Lo habían visto subir al vehículo la vecina del cuarto, el portero de la finca, la chica de la tienda de ropa para bebés, el cartero y un grupo de curiosos que iban comentando cosas entre ellos, mientras un agente le cubría la coronilla con la mano para que no se diera un golpe al meterse dentro del coche. ¿Les enseñarían eso en la academia? Daba igual quién fuera el detenido y los cargos que se le imputaran. En el momento de ser arrestados siempre contaban con un agente que les protegía la coronilla con la mano al entrar en el coche.

En dos semanas, Félix Olivares había perdido cinco kilos de peso. Comía poco y mal. Como no se atrevía a salir a comprar, calmaba la escasa hambre que tenía con lo que encontraba en la cocina: arroz, pasta, latas de atún, foie gras, tomate en lata, espárragos... Comida de supervivencia de una despensa que, como su vida, lentamente también se iba agotando.

No salir a la calle, no encender el televisor, tener los postigos cerrados, alimentarte sin ningún horario ni criterio y dormir solo cuando tu mala conciencia te da un respiro para poder hacerlo, vuelve loco a cualquiera. Félix Olivares no se había quitado el pijama desde que lo soltó la policía, tampoco se había afeitado ni había recogido el piso, y la tendencia natural de la entropía se estaba adueñando del lugar: ropa sucia, latas vacías y aceitosas sobre la mesa, platos, vasos y cubiertos con comida reseca en el fregadero y polvo acumulándose sobre los muebles.

Aquel era el escenario que encontró el inspector Campos cuando fue a visitar a Félix Olivares.

La cara de Olivares al abrir la puerta y encontrar al inspector que lo había detenido e interrogado hacía unos días no era la de alguien que recibe a un viejo amigo.

—¿Me permite?

—Adelante. ¿Pasa algo? ¿Van a volver a detenerme?

—Espero que no. De hecho, he venido a decirle que ha dejado de ser nuestro principal sospechoso. Hemos retirado la vigilancia y, salvo salir del país, puede hacer vida normal.

—¿Vida normal ha dicho? —espetó Olivares con toda la amargura del mundo contenida en su

voz.

No habían pasado ni dos semanas desde la última vez que el inspector Campos estuvo en la vivienda y parecía que Olivares había envejecido un lustro, durante el cual, por cierto, nadie había limpiado el piso.

—Lamento que se encuentre en esta situación. Pero fue usted el que se entregó.

—No, si no pretendía que se disculpara. De hecho, por más vueltas que le doy, sigo pensando que es imposible que otra persona quisiera matar a Nicolás Ferrer siguiendo mi plan. Eso sería como la gente que acierta todos los números de la lotería antes del sorteo. Siempre hay truco.

—Empezamos a sospechar que el objetivo tal vez no fuera el subdirector del banco. Por cierto —dijo Campos como quien no quiere la cosa—, ¿por casualidad no conocerá a este hombre?

Aquel era el propósito real de la visita. Campos sabía que Félix Olivares había hecho seguimientos de Nicolás Ferrer y de Helena Gomariz. Sabía también que, a pesar de la pinta que tenía ahora mismo, el hombre que planeó un asesinato que nunca llegó a cometer, era meticuloso como pocos y lo apuntaba todo en su cuaderno. Pero no ignoraba que después de detener a alguien, acusarlo de asesinato y publicar su nombre y su fotografía, resultaba muy difícil pedirle ayuda para resolver el caso.

Félix Olivares tomó la fotografía en su mano. El inspector Campos estaba muy pendiente de las reacciones de su cara al ver a Lorenzo Martín. Le pareció advertir que las cejas de Olivares se arqueaban ligeramente.

—Conozco el sitio —dijo Olivares—, es la cafetería donde esperaba mientras Nicolás visitaba a Brenda.

—¿Y el hombre? ¿Lo había visto antes? Tal vez coincidió con él mientras espiaba al subdirector del banco.

A Olivares no le gustaba nada que un extraño hablara de sus proyectos. Sentía mucha vergüenza de todo lo que había hecho y aquel inspector que estaba en su salón, y al que unas semanas antes ni conocía, lo sabía todo de él.

—Este hombre... Podría ser... No sé cómo se llama, pero su cara me suena. Si no es él se parece mucho a uno que, por lo menos en dos ocasiones, hizo de sabueso para la empresa hará un par de años. Para desenmascarar a un trabajador que fingió una baja y para pillar al director de un hotel que robaba a la cadena. Pero lo hizo cobrando en negro, de lo contrario yo conocería su nombre. ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Es lo que trato de averiguar. Déjeme mostrarle otra fotografía.

El inspector Campos sacó otra fotografía del bolsillo interior de su parka. En ella podía verse a la chica de cabello azul luciendo un gran dragón tatuado en su cuerpo desnudo en actitud lésbica con otra joven. Si te fijabas mucho, se apreciaba también el reflejo de un hombre que las observaba y del que solo se veía un brazo apoyado en una butaca y sus piernas.

—¿Hay algún detalle que le resulte familiar? —El inspector volvió a escudriñar las reacciones faciales de Olivares. Muchas veces, las reacciones físicas proporcionan mucha más información que las palabras que filtra el cerebro.

Campos percibió algo en Olivares, que contemplaba la fotografía claramente alterado.

—No. No sé quiénes son estas personas.

—Disculpe. Me ha parecido que reconocía a alguien.

—No. Pero supongo que como una es Charlotte, la otra es... —A Olivares le costó terminar la frase—. La chica que maté.

—¿Cómo ha reconocido a Charlotte?

—Por las dos pecas que tiene junto al ombligo.

La mirada de Olivares se había desviado de la de Campos, dejando claro que lo único que quería era que la visita concluyera lo antes posible.

—Está bien. No le molesto más. Si recuerda algo que nos pueda ayudar en la investigación, le ruego que nos llame.

—Descuide.

—Por cierto —dijo Campos cuando Olivares ya le estaba acompañando a la salida—, el teléfono de Helena Gomariz apareció muy cerca de donde usted trabajaba. De hecho, el rastreo ya había indicado que probablemente llegó a estar en el edificio de su antigua empresa.

»Solo para descartarlo. ¿Seguro que tras su dimisión no volvió al edificio, pongamos... el miércoles a eso de las nueve de la noche?

—No. Estoy segurísimo. Me fui al mediodía y desde entonces no he vuelto para nada.

Tras cerrar la puerta de la entrada, Félix Olivares sintió un escalofrío. Aquella visita había sido muy rara. Un inspector no acude a tu casa a decirte que ya no eres el principal sospechoso. Estaba claro que, o quería compartir una información, o quería comprobar su reacción al ver las fotos.

Si un adjetivo podía definir a Félix Olivares era el de observador. Al ver la segunda fotografía sí que había reconocido a alguien más aparte de Charlotte.

Aunque en la foto no se le veía claramente, a Félix Olivares no le habían pasado desapercibidos unos zapatos de doscientos euros y un reloj de dos mil.

Había llegado el momento de tomar una decisión, y por primera vez en muchos días sintió cómo la sangre circulaba por su cerebro en una dirección clara. Las piezas del rompecabezas encajaban. Todavía no sabía por qué, pero sí sabía quién y cómo, y sobre todo sabía que él no había matado a esa pobre chica, que Nicolás Ferrer posiblemente tuvo un ataque al corazón, que lo que vertió en la botella de colutorio era azúcar y que su error fue no ser más frío. No debería haber contado su plan a nadie. De mantenerse callado, aquella pobre chica y los desgraciados que estuvieron con ella seguirían vivos.

El hecho de no sentirse un monstruo le sentó muy bien a Félix Olivares. Se dio una ducha caliente mientras sopesaba qué opciones tenía para actuar.

La más lógica, la de llamar a la policía, quedaba descartada. Desde que había ido a la comisaría la primera vez, su vida había sido un infierno. La fama de loco es algo que no desaparece de la noche a la mañana y él la tenía.

Por otro lado, alguien le había intentado enviar a la cárcel por mucho tiempo y eso también era algo a tener en cuenta. Félix nunca había tenido un enemigo; aquella sensación resultaba nueva para él.

Por culpa de alguien, no solo se había sentido un monstruo, sino que había renunciado a un empleo al que jamás podría volver. Estaba muy cerca de quedarse en la indigencia y, si ya era difícil

para alguien de su edad encontrar otro empleo, mucho más lo sería en su caso, que había salido en todos los periódicos y en todos los noticiarios.

Mientras meditaba cuál iba a ser su próximo paso, Félix Olivares se afeitó cuidadosamente como le gustaba hacerlo. Aireó, limpió y ordenó la casa y se vistió con su habitual ropa gris.

Tal vez su vida estaba arruinada, pero desde luego, lucía mejor cara que antes de la visita del inspector. Salió a la calle por primera vez en mucho tiempo, dio los buenos días al portero de su finca, el mismo que lo había visto meterse en un coche patrulla con la mano de un agente protegiéndole el cogote, y entró en un restaurante, donde a pesar de que era un poco temprano le sirvieron el menú del día.

Después del café, Félix Olivares ya se había dado cuenta de que solo le quedaba una opción.

Pagó la cuenta y caminó calle abajo hasta la avenida Gaudí; muy cerca de la esquina con Còrsega había una pequeña papelería donde Félix Olivares entró y, tras saludar a la joven dependienta del establecimiento, pidió un cuaderno negro.

Si buscas resultados distintos, no hagas siempre lo mismo.

ALBERT EINSTEIN

Viernes 20 de febrero

Nueve días después de la muerte de Brenda

Desde el proceso gripal de hacía unos días, el inspector Campos había decidido dejar el tabaco por séptima vez en su vida. Para ayudarlo en el proceso, Elia se sumó a la iniciativa, dejando de fumar sus siete cigarrillos diarios. El testimonio de algunos exfumadores que había leído en un libro aconsejaba pasar el mal trago junto a alguien para infundirse fuerzas mutuamente. Lo que no decía ningún libro era que dos exfumadores, absolutamente insoportables, compartiendo piso creaban un clima de convivencia mucho más cargado que el provocado por el humo.

Tras una trascendente discusión sobre la necesidad o no de doblar la ropa justo después de sacarla de la secadora o la posibilidad de dejarla unas horas en el cesto del cuarto de la plancha, Campos salió de casa sintiendo el frío en la cara. De camino hacia el parking se topó con tres bares abiertos, y en cada uno de ellos buscó la máquina expendedora de tabaco con la mirada mientras sus pies luchaban por no detenerse y entrar. Su adicción le decía que la discusión que acababa de mantener era una buena excusa para calmarse con un pitillo. Claro que desde hacía unos días cualquier circunstancia era susceptible de ser una buena excusa para encenderse uno. Entendía a la perfección a los alcohólicos, que a esa misma hora y frente a los mismos bares debían luchar por no mirar las botellas alineadas tras la barra. No solo padecía síndrome de abstinencia, sino que aquella mañana debía realizar dos visitas desagradables.

La primera visita fue a Julián Gomariz. El padre de Helena abrió la puerta dejando que una bocanada de tristeza huyera del piso. A Campos le pareció que al hombre que tenía enfrente se le había instalado la mirada de quien sabe que no volverá a sonreír jamás. Recordó las palabras de su padre, que en una ocasión sentenció: «El rostro no envejece por los años sino por las bofetadas que la realidad nos va dando».

Campos supuso que la noticia de la puesta en libertad de Olivares habría sido una mala noticia para él, pero la verdad era que a Julián Gomariz cualquier noticia le parecía irrelevante tras haber recibido la madre de todas las malas noticias.

La casa de los Gomariz olía a ausencia. Cada rincón albergaba un recuerdo insoportable. Fotografías de Helena de niña jugando con una pelota de plástico en la playa, libros de arquitectura en las estanterías, la mesa de centro con la que se hirió en la barbilla a los nueve años.

Campos aceptó el café que le ofreció Julián Gomariz y recordó que tras la discusión con Elia, había salido en ayunas de casa. Aquella discusión doméstica se le antojaba ahora una minucia frente a aquel hombre que daría lo que fuera por volver a tener una discusión doméstica. El pensamiento de que le iría fenomenal fumarse un cigarrillo al salir del piso se desvaneció con la pregunta de su anfitrión.

—¿Hay alguna novedad?

—Me encantaría decirle que sí, pero es pronto aún. Me gustaría saber si conserva algún documento, un contrato o una nómina de cuando su hija trabajó como azafata de ferias.

Julián Gomariz era un hombre ordenado y le transmitió esa virtud a su hija. A los pocos segundos de la demanda del inspector, y tras entrar en una habitación a la que le dolía hacerlo, volvió al salón con una carpeta de anillas verde en la que Helena guardaba los documentos de su escasa vida laboral.

Un contrato temporal y tres nóminas de una hamburguesería, un contrato similar con dos nóminas de una tienda de moda y varios certificados de alta en la Seguridad Social de la empresa Magic Events. Campos sacó una fotografía del documento con su teléfono y se despidió de Julián Gomariz con un apretón de manos intentando transmitir un mensaje: «Esté seguro de que me dejaré la piel en esto». Al bajar en el ascensor las ganas de fumar se le hicieron casi insoportables. Si aquel tipo de visitas incomodaban a cualquiera, ahora le tocaba ir a uno de los lugares que más detestaba de la ciudad.

El Registro Mercantil de Barcelona estaba situado en el número 184 de la Gran Vía, la avenida que cruza longitudinalmente la ciudad y en la que se puede apreciar a la perfección la diferencia entre la Barcelona prevista, compuesta de ordenados edificios de piedra con sus portales bien ornamentados y sus balcones a veces acabados en balaustres y otros de hierro forjado, pero siempre con un marcado criterio estético, y la ciudad yuxtapuesta del otro lado de la plaza España, camino a la frontera con el municipio de Hospitalet de Llobregat. Bloques de pisos en una permanente lucha por devenir barrio y no suburbio, alzados de manera tan atropellada como fue llegando la inmigración de los años sesenta y setenta. Gigantes de hormigón nacidos con el pecado original de una época gris en la que todo lo que no fueran chabolas, chinches y analfabetismo se acercaba al lujo.

El inspector realizó un giro de ciento ochenta grados en la interminable rotonda de la plaza Cerdà, una de las menos agraciadas de la ciudad a pesar de llevar el nombre del ingeniero que ideó sus calles más hermosas.

El inspector Campos realizaba ese trayecto cada vez que tenía que desplazarse a la Ciudad de la Justicia, el complejo de modernos juzgados, tan fríos y funcionales como su comisaría, donde lo convocaban a menudo para testificar contra aquellos a los que la vida les ha llevado a cruzar la línea que separa al ciudadano honrado del delincuente, casi siempre a consecuencia de haber crecido en barrios que tuvieron que luchar por no ser suburbio en una época en la que todo lo que no fueran chabolas, chinches y analfabetismo se acercaba al lujo.

En un golpe de suerte inesperado, consiguió estacionar su vehículo frente al bloque de cristal

extrañamente conocido como edificio La Campana, que no solo albergaba la sede del registro, sino también las dependencias de la DGT, la Dirección General de Tráfico. Toda la manzana estaba ocupada por centros médicos que expedían certificados para todo tipo de permisos de conducción y armas tras reconocimientos que distaban mucho de ser exhaustivos. Campos recordó sus reconocimientos médicos en uno de esos centros, tras los cuales llegó a la conclusión de que para conducir un vehículo o poseer un arma bastaba con presentarse consciente ante el médico.

Las dependencias de La Campana se le antojaron al inspector como una especie de homenaje a la burocracia. A Campos le asombraba que no circularan historias de ciudadanos que se aventuraron en el edificio en la arriesgada misión de renovar su carnet de conducir y de los que no se había vuelto a saber nada. Mientras buscaba las indicaciones que lo conducirían por sus pasillos y mostradores hasta la sala del registro mercantil, se imaginó a sí mismo trabajando tras uno de los mostradores, viendo siempre las caras malhumoradas que, tras dejar un papel arrugado con el número de turno impreso sobre el mostrador, solicitaban formularios, certificados y documentos de todo tipo. Por primera vez en muchos días se alegró de ser policía. Su placa, además de permitirle no trabajar en ese edificio, le permitía en algunas ocasiones saltarse la burocracia y conseguir ser atendido sin demora en cualquier organismo oficial.

La funcionaria que lo atendió fue muy amable. El mero hecho de romper su rutina de ciudadanos malhumorados solicitando formularios, certificados y documentos de todo tipo, y participar en una investigación policial le alegró la mañana, aunque su participación en dicha investigación fuera facilitar formularios, certificados y documentos de todo tipo.

En concreto, lo que el inspector necesitaba era información acerca de la empresa Magic Events.

La funcionaria solo precisó cinco minutos y una exhibición de su dominio del programa en el que estaban computarizados todos los movimientos mercantiles de una ciudad famosa por su tejido empresarial para aportar su grano de arena al caso.

Lorenzo Martín fundó la empresa con un capital de diez mil euros. La sede fiscal del negocio se encontraba en su domicilio, el contrato de alquiler del cual estaba a su nombre. Asimismo, el propio Martín había firmado un contrato de alquiler en el edificio de la Rambla del Prat que Campos ya conocía.

Así pues, todo parecía indicar que el antiguo guardia civil había cambiado su negocio de atracos a coches de defraudadores por el proxenetismo. Sin embargo, Carla Palacios aseguraba que él no actuaba como chulo de las trabajadoras, sino que era una mezcla de guardaespaldas y chico de los recados a sueldo. Además, ¿de dónde había sacado los diez mil euros para montar Magic Events tras su paso por la cárcel? Y lo más inquietante, ¿por qué un hombre relacionado con Helena Gomariz acabó convertido en una estatua de carbón poco después de su muerte?

Ya me quité la túnica, ¿cómo voy a ponérmela de nuevo?

Cantar de los Cantares

Al leer la noticia del cuerpo calcinado en una urbanización de Collbató y su posible relación con el caso del puticlub, la primera lágrima se instaló frente a su retina actuando a modo de caleidoscopio a través del cual Rodrigo Casamitjana volvió a verse quince años atrás. Después de ordenar que no le pasaran llamadas se abandonó a su rememoración de aquella tarde de mayo, con todos los ingredientes de las tardes de mayo, en la que todo cambió para Maite y Rodrigo.

Un sol radiante comenzaba a evidenciar que aquellos días cada vez más largos y aquellas mangas cada vez más cortas los acercaban irremediabilmente al verano.

Ya hacía un año que el día a día del pequeño Rodrigo no traía consigo los otrora habituales insultos y palizas de sus tres torturadores. Incluso podría decirse que le gustaba asistir a las clases a las que por fin podía prestar atención. El hecho de no tener el cerebro en estado de pánico por lo que podría pasar en el recreo o en el trayecto a casa, provocó una mejoría notable, no solo de su estado anímico, sino de sus notas y de su imagen dentro del micromundo de la escuela.

El pequeño de los Casamitjana ya no contaba solo con un amigo. Desde que el repetidor Lorenzo Martín se hizo inseparable de él, el resto del rebaño dejó de temer represalias por parte de Álvaro, Iván y Miquel. Tanto era así que aquel viernes Rodrigo se saltaría las clases de tenis para ir a casa de su nuevo amigo, Javier Barrachina. Los padres del chico, como los de Rodrigo, no estaban en casa los viernes por la tarde y el plan consistía en ver películas de vídeo y comprobar lo mal que sabían todos los licores del mueble bar. Pero aquel viernes Rodrigo quería aportar algo nuevo. Desde el sábado anterior, cada día había ido robando un cigarrillo del paquete de tabaco de su madre y los había ido colocando en otra cajetilla vacía que cogió de la papelera del estudio. La idea era fumárselos el viernes con Javier, en lo que, a sus recién estrenados catorce años, les parecía un acto de lo más rebelde.

Solo tenía que pasar por casa, subir a su habitación y coger los cigarrillos que estaban escondidos en el fondo de su armario, dentro de la caja de un viejo juego de construcción en la que sus padres no mirarían jamás. Sabía que no habría nadie en la vivienda, pero de todos modos entró con sigilo para evitar que los vecinos lo vieran o lo escucharan. Al subir las escaleras se dio cuenta de que no estaba solo y casi se le para el corazón al oír un ruido que no supo identificar. Avanzó como un gato por el pasillo hasta ver la puerta de la habitación de Maite entreabierta. Estuvo a punto de llamar a su hermana, pero pensó que también podría tratarse de su madre que justo aquella semana hubiera renunciado a su curso de pintura, escritura, cerámica, o lo que fuese que usara de excusa para huir del hogar familiar aunque fuera por unas horas. Prefirió acercarse un

poco más y asomar la cabeza para asegurarse de que no había peligro de ser descubierto. Los ojos de Rodrigo se abrieron como platos al descubrir que aquel ruido lo provocaba la respiración alterada de su hermana Maite que, a horcajadas sobre Lorenzo, se movía rítmicamente arqueando su espalda desnuda hacia atrás.

Rodrigo se quedó paralizado bajo el marco de la puerta, desde donde podía ver sin ser visto. De repente entendía el interés de Lorenzo por acercarse a él. Podría haberse sentido utilizado o simplemente podría haber salido de él un ancestral sentimiento que lo convirtiese en una especie de guardián de la honra de su hermana, pero no fue así. Prefirió quedarse ahí de pie observando. Él hacía mucho que no recibía una paliza, Lorenzo se lo estaba pasando bien y para Maite no parecía que aquello fuera ningún sacrificio, sino todo lo contrario. Aquel nuevo orden beneficiaba a todo el mundo.

Por otro lado, era la primera vez que Rodrigo veía a una chica desnuda y la certeza de que aquello no estaba bien se mezclaba con una fascinación que lo tenía hipnotizado y en una lucha entre sus ojos y sus pies para decidir si había que salir corriendo o quedarse observando.

Jamás, como en aquella intimidad que ahora compartía, había visto así a su hermana. Su rostro mostraba una expresión ausente, como si a la vez que Lorenzo entraba en su cuerpo, ella saliera de él para viajar muy lejos de allí.

Aquella tarde de mayo, Rodrigo bebió de todas las botellas que encontró en el mueble bar de su amigo Javier Barrachina y se fumó cuatro cigarrillos prácticamente seguidos. El resultado fue un mareo considerable, a pesar del cual no consiguió quitarse de encima la imagen que lo había cautivado: la cara de su hermana al tener un orgasmo.

Al día siguiente se armó de valor y le confesó a su hermana lo que había visto la tarde anterior en su habitación.

La reacción de Maite, como de costumbre, sorprendió a su hermano. En lugar de ruborizarse le preguntó con sincero interés:

—¿Te gustó lo que viste?

—Fue muy raro.

—¿Tú has estado con alguna chica?

—¿Estás de coña?

—Pero ¿no has hecho nada de nada?

—Una vez besé a Inés Mariné, pero era en un juego.

—¿En serio? Espera un momento.

Maite se levantó del sofá y, descalza, salió para correr el cerrojo de la puerta y cerrar un poco las persianas. Al volver al sofá se sentó junto a Rodrigo y le preguntó:

—¿Te gustaría volver a ver lo que viste?

Rodrigo notó que su pulso se aceleraba. Una risita nerviosa acompañó el instintivo gesto de abrazar un cojín del sofá por el simple hecho de tener algo en las manos.

Maite también sonrió, tapándose la boca con la mano. De repente empezaron a hablar en voz baja a pesar de estar a solas.

Rodrigo no respondió; se quedaron unos segundos en silencio con el pulso acelerado, mirándose y sonriendo furtivamente.

—No te atreverás —la retó Rodrigo.

Maite recorrió la estancia con la mirada, como si quisiera cerciorarse de que realmente estaban solos.

Tras un suspiro como para infundirse valor, levantó su camiseta dejando ver sus senos por unos segundos. Sin mirar a los ojos a su hermano, sostuvo la camiseta levantada y volvió a cubrirse entre risas.

La cara de Rodrigo cambió por completo. Aquello era malvado pero excitante y, a pesar de saber que no estaba bien, quería seguir con ese juego.

—No me ha dado tiempo de ver nada.

—¿Que no te ha dado tiempo? Mira. —De nuevo levantó su camiseta, pero esta vez, en lugar de desviar la mirada, la sostuvo fija en la de Rodrigo para observar su reacción.

Sin decir nada, Rodrigo dejó que la mano de su hermana cogiera la suya y la acercara a su seno.

—Se te va la olla —dijo Rodrigo en voz baja sin dejar de acariciar.

En un momento dado, Maite se levantó y se quitó el pantalón corto que llevaba dejando todo su cuerpo desnudo.

—¿Es así como me viste?

—No podemos hacer esto, somos hermanos.

—Hay muchas formas de hacerlo. —Maite volvió a coger la mano de su hermano y empezó a pasar su dorso por su vello púbico—. Solo así, solo tocándonos —le dijo al oído antes de respirar como su hermano la había oído la tarde anterior y de que su rostro reflejara el mismo aire ausente que Rodrigo tenía grabado en la mente.

Después de aquello, Maite lo abrazó como no había abrazado nunca a nadie. Rodrigo pensó que la respiración alterada de su hermana se debía a su buen hacer tras acariciarla, pero al rato comprendió que lloraba.

—¿Por qué hemos hecho esto?

—No lo sé. Pensé que era lo que necesitabas. Tranquilo, no se lo diremos a nadie.

Aquel «no se lo diremos a nadie» lo había tomado prestado de otra persona. El mismo que le había enseñado a vivir el sexo como algo ajeno a ella misma. El mismo con el que aprendió a huir de su cuerpo cuando alguien entraba en él y verlo como un muñeco al que incluso se puede maltratar sin hacerle daño. El mismo que le había enseñado que los hombres de cualquier edad podían disponer de ella durante unos minutos que no tendrían ninguna importancia y que ella guardaría en un lugar de su ser que jamás visitaba. El mismo que le había hecho creer que aquello era normal. Cuando su monitor de vela Valentí Pons, con su aire de héroe olímpico, la había violado por primera vez, Maite pensó que no podría vivir con ello, pero dos años más tarde conocía a la perfección el mecanismo que permitía a su mente vivir ajena a lo que sucedía en sus entrañas. Por lo menos con Rodrigo algo parecido al amor había estado presente en el aire mientras su mente sobrevolaba la habitación.

Viernes 20 de febrero

Nueve días después de la muerte de Brenda

Junto a la cafetera de la comisaría Domingo Campos observaba el vaso de plástico y el mejunje negro que contenía mientras se preguntaba qué sentido tenía tomar café de esa máquina si no podía mitigar su sabor con un cigarrillo.

En la mano izquierda sujetaba una especie de cilindro de hojaldre relleno de lo que parecía ser un sucedáneo de crema con más azúcar del que se quemaría corriendo una maratón. De repente se vio a sí mismo vestido de blanco frente a una mesa de mármol cubierta de harina y rodeado de tarros de almendra, azúcar, cacao, ralladura de coco y otras delicias. Sus manos amasando con aquel equilibrio entre firmeza y delicadeza del artesano que sabe lo que hace. Bandejas de formas caprichosas con el color pálido de la masa que espera el horneado para alcanzar la excelencia y rodeado en todo momento del olor que posiblemente estaba catalogado entre los cinco aromas más agradables del mundo, el del pan recién hecho. Recordó a Benito, el padre de su compañero de instituto Ramón Buchaca, que regentaba una panadería artesana en la calle Bailén. Por la noche el patriarca era el dueño y señor del obrador del que cada mañana fluía una fragancia que inundaba la calle como un reclamo que llevaba a todo el barrio a comprar los panes y bollos que su esposa, siempre con una sonrisa en la boca y luciendo un canalillo que desafiaba la resistencia de su delantal, servía con tanta amabilidad. ¿Podrían ser Elia y él como aquel matrimonio? Mirado con perspectiva, el trabajo nocturno de Benito y el diurno de su esposa los convertía en una pareja con muy pocas oportunidades de discutir. Obviamente Campos no poseía los conocimientos necesarios para la elaboración del pan, pero si encontraba suficientes necios dispuestos a llevarse a la boca cualquier cosa con grasa y azúcar, estaba bastante seguro de poder mejorar en poco tiempo aquel cilindro que sujetaba con la mano izquierda, cuyo relleno aún no sabía identificar. La vida de panadero de Domingo Campos duró dos minutos y ocho segundos.

Begoña Ortiz interrumpió sus reflexiones con un «tenemos que hablar...».

—Sí. Yo también quiero hablar contigo —repuso Campos—. Fuentes me ha enviado la autopsia de Lorenzo Martín. El análisis de tóxicos indica que, como suponíamos, no se quemó por arrimarse al brasero. Se lo cargaron.

—¿Cianuro?

—Morfina, ingerida por vía oral. También han hallado restos en uno de los vasos. Lo dejaron dormido como un tronco y la manta sobre el brasero hizo lo demás.

—¿No puede ser suicidio? Martín tenía números para ser nuestro hombre.

—No lo creo. Rociaron la manta de aguardiente una vez lo tuvieron sedado. ¿Por qué un picoletto que tenía un revólver a mano se mataría así? En fin. Tú querías decirme algo también, ¿verdad?

—Sí —dijo Ortiz tragando saliva y buscando con la mirada un lugar menos transitado—. A solas.

El tono impaciente de la subinspectora bastó para que Campos no añadiera una palabra más hasta encerrarse en una de las salas polivalentes del edificio.

—¿Estás bien?

—Valentí Pons abusó de mí cuando era una niña.

La afirmación llegó sin ningún tipo de preámbulo al hipotálamo de Campos, que sintió un repentino pinchazo en el estómago. La mirada grave de Ortiz nada más llegar lo había preparado para cualquier otra noticia: «Dejo la policía porque me he enrolado en un circo», «Estoy embarazada y el padre es Olzina», «Soy un hombre»... Cualquier cosa menos que quien se había ido convirtiendo en su mano derecha en ese caso tuviera un gran motivo para asesinar a una de las víctimas. Aquello suponía para la investigación lo que un torpedo en la línea de flotación para un barco.

—Yo no lo hice.

—No te lo he preguntado.

—Ya. Te lo digo precisamente para ahorrarte la pregunta.

—¿Y por qué no me comentaste siquiera que lo conocías en el primer momento en el que lo vimos tirado en el suelo del velero?

—Me bloqueé. Lo siento. Sé que la he cagado.

El cerebro de Campos intentaba procesar toda aquella información. Acababa de enterarse de que su compañera le había ocultado datos básicos para el avance de la investigación, al mismo tiempo que descubría que esta había sufrido abusos sexuales en su niñez. Aquello era una prueba de fuego para alguien que intentaba no fumarse cualquier cosa que pudiera prender.

Begoña Ortiz soportaba lo más estoicamente que podía la situación; volvía a sentir aquella asquerosa sensación de estar reconociendo ser víctima. A decir verdad, en aquella ocasión sí que estaba confesando algo malo. Sabía perfectamente que tendría que haber comunicado mucho antes su vínculo con Pons. Pero por más terapias que se hubieran hecho, volver a ver de repente al cerdo que te había destrozado la niñez, aunque fuera con la máscara de la muerte en su rostro, nunca era fácil.

Estaba dispuesta a cargar con todas las consecuencias; intuía que la mirada desconcertada del inspector no supondría, ni de lejos, el peor momento del día. Faltaban los gritos de Olzina, las miradas de estupor por los pasillos y los inevitables lloros al llegar a la intimidad del hogar. Se dijo a sí misma que merecía aquello y lo soportaría como una inmolación. Lo único bueno de haber pasado días malos en la vida era que sabías que siempre terminaban. Posiblemente la apartarían de la investigación, y durante unas semanas debería aguantar chismorreos de todo tipo mientras volvía a ocuparse de casos mucho menos jugosos que la acompañarían el resto de su carrera. Eso si Campos no la incluía en la lista de sospechosos, ya que ahora coincidía plenamente con el perfil que había dibujado: persona que conocía los planes de Olivares y tenía un motivo para acabar con una de las víctimas. Al fin y al cabo, estaba en lo cierto. Más de una vez se había descubierto a sí misma fantaseando con la idea de matar a Valentí Pons, cuya cara se le aparecía a menudo en los muñecos negros con una diana en el pecho que se le acercaban en la galería de tiro.

—No se lo digas a nadie más —soltó Campos para sorpresa de Ortiz.

—¿Perdona?

—Ya me has informado. Tarde y mal, pero me has informado. De momento no lo comentes con nadie más. Si has podido ocultarlo hasta ahora, puedes seguir haciéndolo.

—Pero esto es un poco irregular... —La subinspectora se arrepintió en el acto de haber empleado justo ese término.

—Ortiz, no estás en la mejor situación para decirme lo que es irregular y lo que no lo es. Lo último que necesito ahora es que te retiren del caso.

A Campos no le gustaba nada interpretar el papel de jefe que tenía que reñir a sus subordinados. Presuponía siempre que los policías con los que trabajaba harían bien su labor, y se tragaba la bilis cuando descubría errores en la custodia de pruebas, seguimientos frustrados, o escenarios contaminados. Lo que no esperaba era que precisamente aquella subinspectora que días antes y sin la ayuda de nadie había empezado a desencallar una investigación estancada y sin sentido, cometiera una torpeza tan grande.

Por parte de Begonia Ortiz, la decisión del inspector supuso un antes y un después en su relación, que hasta ese momento había oscilado desde el recelo inicial cuando Campos asumió el mando de la investigación a una especie de respeto profesional que intuía mutuo. Ahora estaba en deuda con él y eso le creaba un vínculo de lealtad al que no estaba acostumbrada.

Un policía más vago y mediocre inmerso en una investigación estancada y sin sentido se habría agarrado al error de otro como un oso a un tarro de miel. La culpa ya no sería suya sino de la subinspectora solitaria y de pasado trágico (y ¿por qué no?, seguramente algo trastornada) que ocultó información crucial. La mierda siempre iba para abajo.

Pero Domingo Campos, por más que se pasara la vida deseando dedicarse a otra cosa, era un buen policía. Más allá de la mezcla de rabia y compasión que pudiera sentir hacia su compañera, el único dato que circulaba entre los recovecos de su córtex en aquel momento era que Valentí Pons no solo compartía pornografía infantil, sino que era pederasta.

El trabajo policial estaba lleno de paradojas. Una de ellas era que la existencia de un cerdo que abusaba de niños se convirtiera en una buena noticia, ya que por lo menos ahora se podía trabajar con la hipótesis de que él fuera el objetivo. Un subdirector de banco sin duda sería algo impopular entre aquellos a quienes habían denegado un crédito, pero nadie mata por eso y los otros clientes de Brenda llevaban vidas demasiado anodinas para ser objeto de tamaña inquina. Un pederasta, en cambio, cuenta con tan buenas razones para ser asesinado como vidas haya destrozado.

La buena noticia era que se podía establecer una hipótesis plausible para empezar a investigar. Podría haber un nexo entre Pons, Helena Gomariz y Félix Olivares. Alguien familiarizado con el plan y con motivos para matar.

La mala noticia era que la única persona con ese perfil la tenía enfrente mirándolo con cara de gratitud, y con quien acababa de crear un vínculo de lealtad al que Campos tampoco estaba acostumbrado.

Lunes 23 de febrero

Doce días después de la muerte de Brenda

La entrada de Félix Olivares en las oficinas del grupo hotelero Casamitjana fue, sin duda, el evento más comentado por la plantilla de la empresa en toda su historia. Aquel hombre gris cuya vida personal no le había interesado a nadie porque todos daban por hecho que era inexistente se convirtió en el blanco de todas las miradas cuando el timbre del ascensor anunció la apertura de la puerta en la planta noble del edificio.

Dos minutos antes, la voz atónita de la recepcionista había comunicado a la secretaria de dirección que el antiguo responsable de recursos humanos se encontraba en el vestíbulo y deseaba hablar con dirección.

Olivia Guzmán estrechó la mano de Olivares con decisión pero con repulsión, como cuando se recogen los restos de comida del fregadero para echarlos a la basura. Tras recriminarle que no hubiera avisado de su visita, le anunció que el señor Casamitjana estaba dispuesto a recibirlo. Estar dispuesto a recibir a alguien no es lo mismo que estar encantado de hacerlo, pero a Olivares le bastó.

Manuel Casamitjana no se encontraba en el edificio porque en aquel preciso instante se disponía a recibir su decimoséptima sesión de quimioterapia, pero eso Olivares ya lo sabía puesto que lo tenía convenientemente apuntado en su cuaderno negro. Si había fijado la visita en el preciso instante en el que el presidente de la compañía recibía su decimoséptima sesión de quimioterapia era justamente porque con quien quería reunirse era con Rodrigo Casamitjana.

Rodrigo disculpó a su padre al tiempo que estrechaba la mano de Olivares.

—Siento que mi padre no esté aquí para atenderte, si hubiésemos sabido que vendrías...

—Sí. Ha sido culpa mía por no avisar.

—¿Podemos ayudarte en algo?

—Solo quería agradecer lo del abogado, fue todo un detalle por parte de la empresa.

—Mi padre insistió en ello. Sabíamos que no habías hecho aquello que decía la prensa.

—Estoy seguro de que sabías que yo no había sido —dijo Olivares en un tono ambiguo que tanto podía ser de agradecimiento como de acusación.

—Le comunicaré a mi padre que has venido —zanjó Rodrigo ya con cierta incomodidad—. ¿Necesitas algo más?

—La verdad es que sí. En mi antiguo ordenador había una carpeta personal en la que guardaba algunos archivos que me gustaría recuperar.

—Claro. Si quieres te acompaño y...

—No, no. Verás... Con todo lo que ha pasado... me da un poco de reparo cruzarme con mis

antiguos compañeros. No quiero que me hagan preguntas, me sentiría incómodo, ¿entiendes? — dijo Olivares al tiempo que sacaba un *pen drive* del bolsillo de su americana. Miró a Rodrigo a los ojos con la cara de pena con la que un niño miraría a su padre frente al escaparate de una juguetería y se lo entregó—. Rodrigo, si no te importa... me gustaría que hicieras esto por mí. La carpeta se llama Félix Personal y está en la carpeta de documentos. Hay algunas fotos y datos personales. Te estaría muy agradecido.

Rodrigo Casamitjana no estaba acostumbrado a que le pidieran favores, pero cogió el *pen drive* que le tendía Olivares y le aseguró que se encargaría de ello personalmente.

El plan avanzaba según lo previsto. Félix Olivares estaba a solas en el despacho de Rodrigo Casamitjana y disponía de pocos minutos para actuar.

Se levantó de la silla que ocupaba y rodeó el escritorio para sentarse en el sillón de director, que además de ser más cómodo y tener vistas a la ventana desde la que se divisaba un imponente paseo de Gràcia, tenía la ventaja de encontrarse delante del ordenador de Rodrigo. Olivares deslizó el ratón sobre la superficie de la mesa. El movimiento provocó que el salvapantallas con el logotipo de la empresa desapareciera y en su lugar la pantalla mostrara los típicos iconos del escritorio de Windows. Rápidamente movió el cursor hasta el icono del navegador deseando que tuviera el programa de correo electrónico abierto, pero no hubo suerte. Probó el icono del programa de mensajería en el que normalmente se usaba la dirección de correo electrónico de la empresa, y esta vez sí consiguió que se abriera sin necesitar contraseña.

Olivares estaba nervioso, aquella sí que debía ser su obra magna. Buscó el móvil en el bolsillo interior de su chaqueta y fue directo al servicio de correo electrónico. Pulsó en la pantalla táctil la opción de correo nuevo y tecleó el email que conocía perfectamente: r.casamitjana seguido de arroba y el servidor grupcasamitjana.es con el que terminaban todas las direcciones de correo electrónico de la empresa incluida la que fue la suya, f.olivares@grupcasamitjana.es.

Enviar un correo electrónico era algo que podría haber hecho desde cualquier lugar del mundo, pero solo desde ese despacho podía contestarlo. Y eso es exactamente lo que hizo. Tras teclear la respuesta a su propio mensaje desde el ordenador de Rodrigo Casamitjana, borró los mails como si no hubiera pasado nada. Nadie podría ver esos mensajes a no ser que un informático de la policía rastreara el ordenador. Algo que sin duda pasaría unos días más tarde.

En ese momento vio sobre la mesa algo que no esperaba. Su plan era simplemente enviar esos dos correos electrónicos, pero tener el *smartphone* de Rodrigo Casamitjana a mano era lo suficientemente importante como para improvisar un poco.

Félix Olivares se hizo con el terminal y tras pulsar la tecla situada en la parte superior vio cómo se iluminaba la pantalla dejando ver nueve puntos formando una cuadrícula. Para desbloquearlo se necesitaba marcar un patrón y Rodrigo no tardaría en volver a su despacho con el *pen drive* vacío tras rebuscar un rato en la carpeta de documentos en la que no encontraría ninguna subcarpeta llamada Félix Personal.

Olivares empezó a probar suerte con las formas más básicas: una ele, un cuadrado, una ene... Al cuarto intento se dio cuenta de que según como le daba la luz a la pantalla, podía apreciarse una

marca que el uso y la grasilla de los dedos habían ido dejando sobre el cristal y que empezaba en el tercer punto de la línea superior horizontal dibujando una espiral hasta el punto del centro, como si fuera una letra G. Resiguió la marca con el dedo y la fotografía de un paisaje nevado apareció en la pantalla. Olivares estaba excitado; tenía poco tiempo y no había previsto ese regalo. Decidió hacer con el teléfono lo mismo que con el correo electrónico. Fue a la agenda de contactos y pulsó en nuevo contacto. Enseguida apareció un teclado en la pantalla en el que escribió Félix Olivares y marcó su número. Después se llamó a sí mismo y colgó. Con la mano que sujetaba su propio teléfono, apuntó el número en la agenda y lo llamó también.

Con la mirada iba controlando la puerta temiendo que en cualquier momento se abriera y Rodrigo lo pillara con su *smartphone* en la mano. Olivares pulsó el icono que lo llevaba al registro de llamadas y deslizando el pulgar sobre el cristal de la pantalla llegó al 9 de febrero. Allí encontró las dos llamadas que realizó al teléfono de Charlotte. Desde el teléfono de Casamitjana marcó el número y colgó.

Una vez hechas las llamadas, llegó el turno de los mensajes escritos. Escribió mensajes a Rodrigo y los contestó él mismo. Después borró las conversaciones y eliminó las llamadas del listado del teléfono de Casamitjana. El corazón le iba a mil.

Volvió a dejar el móvil de su exdirector donde estaba y culminó su plan con un acto que lo avergonzaba especialmente. Se levantó del sillón para dirigirse a la percha en la que Rodrigo tenía colgada su llamativa chaqueta de motorista de color rojo intenso. Hurgó los bolsillos como un vulgar ratero hasta que encontró la cartera de su exjefe. La abrió y extrajo la tarjeta de crédito que le pareció más inaccesible ya que posiblemente sería a la que Rodrigo daría menos uso y, en consecuencia, la que menos echaría en falta. Depositó la cartera de nuevo en el bolsillo interior de la chaqueta y se guardó la tarjeta de crédito en su propio bolsillo. Solo faltaba un detalle; necesitaba algún objeto personal que Rodrigo tuviera en el escritorio y la visita habría sido un éxito.

Rodrigo volvió a entrar en su despacho con una mezcla de disculpa y enojo en su rostro.

—Félix. Lo siento, pero no he visto ninguna carpeta con ese nombre en el ordenador.

—Vaya. Tal vez cambié el nombre...

—Mira —cortó Rodrigo—. Si la encontramos, haremos una copia y te la mandaremos por correo.

—Gracias, Rodrigo. Os habéis portado muy bien conmigo.

Olivares abandonó el despacho sintiéndose como James Bond tras haber conseguido un microfilm en la misma sede del KGB. La misión que llevaba una semana fraguando y que constituía la primera fase de su plan había sido un éxito.

También la moral es un asunto de tiempo.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

El tono de la piel de Olzina era un buen indicativo de la presión que tenía la investigación. Cuando alcanzaba un rojo encendido como era el caso, solía significar que la prensa publicaba novedades a diario y los cargos políticos de los que dependía la policía empezaban a sentir la necesidad de ganarse el sueldo.

Normalmente los directores de la policía ocupaban el cargo mientras esperaban un puesto mejor en la administración pública, en una compañía energética, un grupo de comunicación o una multinacional. Para ganarse la etiqueta de buenos gestores, les bastaba con dejar trabajar a los policías y que no hubiera casos con seis muertes relacionadas, un único sospechoso puesto en libertad por falta de pruebas, una familia influyente vinculada con la investigación y una subinspectora y un subcomisario ocultando información relevante.

En aquel caso, además, el nombre del director sonaba como posible candidato de su grupo político, y eso, para Campos, significaba dos cosas. Primero: que, como todos los candidatos de todos los grupos políticos, aquel hombre tenía un ego enorme al verse a sí mismo como la solución a la situación del país. Y segundo y más importante: que Olzina querría que el equipo trabajara a contrarreloj para dar una buena imagen de la policía, lo cual no necesariamente significaba resolver el caso.

El caporal Fuentes giró su pequeño portátil sobre la mesa para mostrar la pantalla a sus compañeros, en la que se podía ver un listado de varias páginas.

—Estos son los estudios de tatuaje que hay en el área metropolitana. Me he puesto en contacto con todos ellos para identificar a la tercera compañera de piso.

—¿Y? —le urgió Olzina.

—He preguntado por un tatuaje de un dragón que ocupe toda la espalda y que se haya realizado en los últimos quince años, no creo que la chica de la foto tenga más de treinta. Tres de los tatuadores recuerdan haber hecho un trabajo así. Pero se trata de un sector en el que hay mucho movimiento. Un tatuador que hace diez años estaba en Barcelona hoy puede trabajar en Tokio.

—Lo investigaremos de todos modos. Gracias. —Campos usó un tono muy dulce con Fuentes porque sabía que lo que iba a decir a continuación iba a sentar como una puñalada por la espalda a otra de las personas presentes—. Dado el perfil pedófilo de Valentí Pons y que según las autopsias es nuestra primera víctima, creo que deberíamos centrarnos en él. Por lo que dijo el dueño del

velero en el que vivía, se había dedicado a dar cursos de vela a niños. —Begoña se puso alerta, como cada vez que escuchaba el nombre de Pons en cualquier conversación—. Así pues, tenemos que averiguar los nombres de todos sus alumnos y comprobar si alguno tiene relación con el caso.

La mirada que Domingo Campos vio en el rostro de Begoña Ortiz solo la había visto antes en los ojos de un actor que interpretaba a Julio César en el momento en el que su hijo Bruto lo apuñalaba.

Tener pesquisas que realizar había ahuyentado el desconcierto de las caras de todo el equipo menos en la de Ortiz que, al finalizar la reunión, seguía preguntándose por qué el inspector le había dicho que no revelara su relación con Pons cuando ella se había mostrado dispuesta a hacerlo, si a todas luces estaba a punto de aportar a la investigación una lista en la que sabía perfectamente que figuraría su nombre.

Una vez se quedaron a solas en la sala, Begoña Ortiz le soltó a Campos:

—¿Quieres que me entregue y acabamos con esto?

—¿Perdona?

—Yo fui alumna de Pons. Lo sabes muy bien, y mañana lo sabrá también todo el cuerpo de policía.

—En ese caso, más nos vale encontrar a alguien más en esa lista. De lo contrario, estamos jodidos los dos. Tú por aparecer en ella y yo por haberte cubierto.

—¿Te puedo preguntar por qué has unido tu destino al mío?

—Supongo que no tengo huevos para abandonar el cuerpo y veo en ti una buena oportunidad de que me echen.

Campos guiñó el ojo a su compañera y acto seguido salió imaginando que abandonaba la secuencia de una película en la que un profesor brillante dejaba sin palabras a una alumna.

Ortiz lo vio alejarse pensando que el numerito de ir de enrollado no le pegaba nada a aquel inspector cuya actuación no se atrevía a calificar de audaz o de temeraria. En cualquier caso, él se la estaba jugando tanto como ella, y compartir una soga unía a un equipo como pocas cosas podían hacerlo. Así que llegó a la conclusión de que todo sería más fácil si aceptaba que, pese a su pinta de profesor de escuela pública y su tendencia a estar en las nubes, aquel inspector no solo era un buen investigador sino que decididamente le caía bien.

El inspector Campos y la subinspectora Ortiz visitaron las instalaciones del club náutico donde, según su informe de vida laboral, Valentí Pons había sido contratado asiduamente como profesor de vela desde finales de los ochenta. Las oficinas del club estaban llenas de elementos marinos a modo de decoración. Además de los inevitables nudos marineros debidamente enmarcados y colgados en la pared, había una campana dorada, un sextante, un faro, un ojo de buey, una escafandra, un remo de madera, cartas de navegación antiguas y varios objetos marinos que Domingo Campos no supo situar en un barco. La aparición del secretario del club decepcionó un poco al policía, que esperaba ser atendido por alguien acorde con la atmósfera que se respiraba. Tal vez un robusto marino con su gorra y su barba blanca a lo Ernest Hemingway. Por el contrario, el secretario del club era un tipo joven, con pinta de oficinista y voz aflautada, cuyos hombros dibujaban un triángulo equilátero con el vértice de su cabeza. Tras las presentaciones de rigor, el joven secretario consultó los archivos de su ordenador. Por fortuna, el sistema de archivos del club era mucho más moderno que la decoración del local y el inspector Campos agradeció que no le fueran entregadas decenas de carpetas con las fichas de todos los alumnos.

La subinspectora Ortiz, por su parte, intentaba dominar su estado de ánimo. Entrar en las instalaciones en las que años atrás su vida se había cruzado con la de Valentí Pons, comprobar la cantidad de alumnos con los que su antiguo instructor de vela había tenido oportunidad de hacer lo mismo que hizo con ella le revolvió el estómago. Además, la estrategia suicida de solicitar una lista de alumnos agraviados en la que sabía que encontraría su nombre no hacía que su humor mejorara en absoluto.

La eficacia del secretario del club náutico, que años atrás necesitó de varias asambleas para que el club entregara los fondos para renovar su sistema informático, permitió resolver la gestión en pocos minutos.

A lo largo de veintisiete años, un total de trescientos catorce alumnos habían aprendido a anudar cabos, a izar velas, a calcular la velocidad en nudos y la distancia en millas marítimas gracias a Valentí Pons.

Begoña Ortiz se preguntó cuántos de aquellos trescientos catorce chicos y chicas habrían tenido que aprender también a disimular el pavor que les causaba el sonido de un pestillo cerrándose, a abstraerse de su cuerpo cuando era manoseado y a mentir a sus seres queridos para no preocuparlos en exceso. Y no pudo evitar sentirse mal al sorprenderse a sí misma deseando que alguien más de esa lista hubiera pasado por algo parecido a lo que ella soportó. Alguien, para ser exactos, que tuviera relación con el caso. Alguien a quien, si no fuera por el resto de los cadáveres que había dejado tras de sí, consideraría un héroe.

Una vez en comisaría descargaron el archivo con la lista y leyeron los nombres detenidamente. Domingo Campos no pudo evitar una leve punzada al leer «Begoña Ortiz Barragán» entre los integrantes del curso de verano de 1999. El resto de los nombres no le decía nada. Copió el texto de las listas y lo pegó en un archivo de Word para tener la opción de búsqueda. A continuación, probó la opción de búsqueda con todos los nombres implicados en el caso: Félix Olivares y todos los asistentes a la reunión en la que anunció su dimisión tras explicar su plan; también introdujo el nombre de Carla Palacios y Lorenzo Martín, pero las búsquedas siempre acabaron con un mensaje en la pantalla del ordenador en el que se podía leer: «No se encontraron elementos relacionados».

El desánimo empezaba a apoderarse de los dos policías. No podían obviar por más tiempo que estaban ocultando información a la fiscalía y que aquello podría significar el fin de sus carreras. Acordaron darse veinticuatro horas para encontrar algo vinculado con Pons antes de hablar con Olzina, aunque sin muchas esperanzas de lograrlo.

Campos bajó al estanco a comprar un paquete de tabaco; el fin de su carrera había proporcionado al fin una buena excusa a su adicción para recurrir a la nicotina. Ortiz lo esperaba revisando por enésima vez la lista cuando sonó su teléfono. La voz aflautada del eficiente secretario del club náutico le comunicó que en los veranos de 1997, 1998, 1999, 2000, 2001 y 2002 el club había cedido instalaciones, material y monitores a las Escuelas Pías de Sarrià. El listado de los alumnos participantes no se encontraba en los archivos del club náutico porque la misma escuela se encargaba de la gestión. Pero cada asistente a un curso náutico tiene que contratar un seguro, así que probablemente la escuela o la aseguradora tendrían un archivo con los participantes.

Domingo Campos volvió a entrar en la sala con olor a tabaco en su ropa, la vergüenza del fumador reincidente reflejada en sus ojos y un paquete de Donettes en la mano, una apuesta decidida en el maltrato a su organismo. Begoña lo esperaba con una mirada totalmente distinta a la que tenía cuando la había dejado.

En el tiempo que el inspector había empleado en la compra de material para asesinarselo a largo plazo, Begoña Ortiz probó algo tan simple como eficaz. Sabía que los padres de los alumnos de las escuelas de la zona alta pagaban cuotas muy elevadas por dos razones: una educación con un nivel notable y la posibilidad de relacionar a sus hijos con los vástagos de la élite local. Esa vocación de comunidad hacía que dichos colegios fueran muy activos socialmente; en una reunión de exalumnos era fácil encontrar directivos de empresas, celebridades médicas, políticos y famosos de todo tipo. Begoña echó un vistazo a la página de Facebook del colegio y buscó los mismos nombres que Campos introdujo en la lista de alumnos del club náutico entre sus miembros. En el listado que Ortiz había impreso había dos nombres subrayados con un marcador amarillo: Rodrigo Casamitjana y Lorenzo Martín.

Un optimista ve una oportunidad en toda calamidad, un pesimista ve una calamidad en toda oportunidad.

WINSTON CHURCHILL

Miércoles 11 de febrero
El día de la muerte de Brenda

El vómito del responsable de recursos humanos de la empresa todavía se extendía sobre la mesa de caoba de la sala de reuniones soltando su fétido olor. Edurne Abenoza limpiaba las salpicaduras de su móvil con el papel con el que Olivia Guzmán había desistido de limpiar para optar por llamar al servicio de limpieza.

Félix Olivares, aquel hombre gris que había asistido a la reunión tembloroso y empapado en sudor, acababa de dimitir y se disponía a contar una historia increíble a todos los presentes.

Al parecer, aquel hombre gris con cara de no poder hacerle daño a nadie tenía el macabro hobby de planear crímenes, pero un error en su juego había matado al subdirector de la sucursal bancaria con la que trabajaba la empresa y a los clientes de una prostituta que ofrecía sus servicios en la Rambla del Prat, al lado de los cines Bosque. El hombre que no le haría daño a nadie envenenó a la prostituta, de nombre Brenda, y todos sus clientes de las últimas horas ya estarían muertos.

La mirada de Rodrigo al escuchar el nombre y la dirección de la prostituta podría haber detenido el tiempo. El destino había querido que el lugar elegido por Olivares para perpetrar aquel enrevesado crimen fuera el mismo en el que Rodrigo satisfacía sus fantasías de *voyeur* con su hermana. Aquello podía significar el fin del mundo o podía ser una oportunidad para otra fantasía que hacía mucho rondaba por la cabeza del pequeño de los Casamitjana.

Rodrigo distaba mucho de aquel chico enclenque al que sus compañeros martirizaban. Estaba a punto de ser nombrado presidente de una gran empresa y las cosas le iban bien. Pero la infancia marca el carácter de las personas y él no olvidaba la suya. Por eso a lo largo de su trayectoria profesional había tomado cierto gusto por la venganza. Por eso acababa de absorber la inmobiliaria de la que su excompañero de clase Álvaro Porta era gerente, solo por satisfacción de echarlo. Un año antes había alquilado un piso justo encima del restaurante de Miquel Aguado, y tras llenarle el local con un grupo de tuneros que cantaron a voz en grito, lo había denunciado por exceder el límite de ruido permitido; su extorturador se llevó una fuerte multa y la obligación de insonorizar el establecimiento. Unos gastos que lo obligaron a cerrar el negocio. También se acordó de Iván Jiménez, del que conocía sus deudas y su afición por la cocaína y al que contrató de botones en uno de los hoteles solo por darse el gusto de que le abriera la puerta del coche cuando iba por allí.

Pero había algo que todavía no había logrado. A aquel niño enclenque al que todos martirizaban, siempre le había tenido que sacar las castañas del fuego su hermana mayor. Sin embargo, él no había conseguido aún encontrar la manera de vengarse del hombre que le había destrozado la infancia a Maite. Aquel hombre que según le había confesado su hermana la había hecho sentir como un muñeco del que cualquiera podía disponer, jodiéndole la vida en el momento en el que el resto de los adolescentes descubren el placer de vivirla.

Quería matar a Valentí Pons. No bastaba con amargarle la existencia ya que, por otro lado, bastante se la había amargado él solo. Muchas veces había fantaseado, igual que lo había hecho aquel responsable de recursos humanos con cara de no poder hacer daño a nadie, con la idea de planear un crimen sin la molesta consecuencia de una larga condena por asesinato. Pero él no era un aficionado a la novela negra con todo el tiempo del mundo para seguir a sus víctimas ficticias. Rodrigo Casamitjana era un hombre ocupado que, para llevar a cabo su fantasía, necesitaba una oportunidad como la que se le acababa de presentar.

Valentí Pons merecía morir y Félix Olivares estaba a punto de entregarse a la policía por un número indeterminado de muertes. Si había envenenado el colutorio que usaban los clientes de Brenda, por lo menos diez tíos aparecerían muertos en las próximas horas. ¿Por qué no uno más? Si igualmente Olivares cumpliría condena por tantos asesinatos, podría cargar también con el de un malnacido que merecía morir.

No había tiempo para dudas. Si quería que Pons contara como una de las víctimas de Olivares tenía que actuar rápido; tal vez todo fuera demasiado precipitado, pero jamás se le presentaría una oportunidad como aquella. Por desgracia, no sabía qué veneno había usado Olivares, así que tuvo que jugársela. Convenció a su director de recursos humanos de que no fuera de inmediato a la comisaría. Debía pasar por casa, ducharse, cambiarse de ropa, tal vez dormir unas horas y solo después presentarse ante un agente como el único responsable de la muerte de un número indeterminado de personas, entre las cuales Rodrigo se encargaría de incluir a Valentí Pons.

Una vez hubo convencido a Olivares bajó por las escaleras hasta la planta en la que se encontraba el departamento de recursos humanos. Conectó el ordenador de Olivares y tecleó las letras «vene» en la barra del buscador. El historial de búsquedas rápidamente mostró las opciones para completar la palabra. Félix Olivares había buscado en ese mismo ordenador: «Venecia hotel», «Venezuela resort», «venenos», «veneno no deja rastro», «veneno casero» y «veneno indoloro».

Llevó el cursor hasta la primera opción y en la lista de resultados en color azul vio uno marcado en violeta, que indicaba que esa página había sido visitada. Clicó en el enlace y leyó la misma página que semanas antes había leído en ese mismo ordenador Félix Olivares. Repitió la operación en todos los enlaces marcados en violeta. Rodrigo llegó a la conclusión de que Olivares había usado cianuro o aconitina. Se sintió tentado de marcar el número de Maite, pero desechó la idea; esta vez tomaría él las decisiones.

Miércoles 11 de febrero, 16.00 horas

Rodrigo tenía a Valentí Pons perfectamente localizado. Sabía que vivía en un velero del puerto desde que se vio implicado en una trama de pornografía infantil. Sin mucho tiempo para planificar nada, incluyó en el plan a su viejo amigo Lorenzo, que había demostrado ser muy efectivo en algunas tareas para las que Rodrigo necesitaba algo más que dinero. Tareas que, desde hacía un tiempo, incluían ser el titular de la empresa de eventos bajo la cual reclutaban jóvenes para trabajar en una casa de masajes que, además de reportarle un gran beneficio, le permitía a Rodrigo mantener sus encuentros secretos con Maite.

Los contactos de Lorenzo Martín en la Guardia Civil y sobre todo los que hizo durante los tres años que pasó en prisión por capitanear a un grupo de ladrones en Andorra, lo habían convertido en un experto en conseguir cosas. El cianuro lo había conseguido en menos de una hora, la aconitina le costó un poco más. Pero a las cuatro de la tarde ya estaba frente al embarcadero que le había indicado su viejo amigo Rodrigo Casamitjana.

Entrar en el barco fue sencillo. Martín conservaba una placa identificativa de la Guardia Civil que había tomado prestada a un antiguo compañero y contaba con la ventaja de entrar en el papel con mucha facilidad. Martín le dijo a Pons que venía a hablar con él de un asunto que lo podría beneficiar en un juicio que tenía pendiente. Si confirmaba un par de informaciones sobre una investigación, la fiscalía estudiaría reducir la petición de pena para él.

A pesar de que el puerto estuviera desierto, Pons no quería tratar aquel asunto en la cubierta a plena luz del día, así que con un gesto rápido con la cabeza invitó a Lorenzo Martín a introducirse en las tripas del velero. Una vez en la cabina, Lorenzo Martín empezó a pensar cómo se las ingeniaría para meterle, no una, sino dos sustancias en una bebida a aquel viejo. Optó por la opción menos sutil. Le rodeó el cuello por la espalda y le introdujo la primera sustancia en la boca. Para desgracia de Martín, ni el veneno tuvo un efecto tan inmediato como el esperado, ni aquel regatista olímpico estaba tan viejo como para no poder pelear. Pons se zafó de la llave con la que pretendía inmovilizarlo su rival y, tras escupir y toser por los polvos que tenía en la boca, se lanzó con todas sus fuerzas a por él. Martín repelió el ataque como pudo, pero para hacerlo tuvo que soltar los viales de cianuro y aconitina. La espalda de Lorenzo golpeó violentamente contra el estante de la pared mientras los gruesos dedos de marino de Pons rodearon su cuello apretándole la nuez. Lorenzo se las ingenió para agarrar con ambas manos la muñeca de su oponente, y con un giro de cadera pasó a estar en posición dominante realizando una dolorosa torsión sobre el brazo.

Valentí Pons no entendía qué narices le pasaba a aquel guardia civil con él. De todos modos daba igual, era momento de pelear y la sangre corría más por sus músculos que por su cabeza. Pero cuanta más fuerza intentaba hacer más dolor sentía en la muñeca que Lorenzo retorció sin

piedad. De repente notó su cara aprisionada entre el suelo y la rodilla que le habían puesto encima. Por más que intentaba revolverse no lograba escapar.

Lorenzo sabía que su rival estaba indefenso. Había practicado esa llave mil veces en la academia. Era una técnica pensada para inmovilizar a un detenido con una mano mientras con la otra se le ponían los grilletes. La diferencia era que, en lugar de grilletes, Lorenzo usó la mano izquierda para buscar el otro vial. Aprovechó que Pons intentaba tomar aire por la boca para incrustárselo y comprobó, para su alivio, que esta vez el efecto era mucho más rápido. Permaneció encima de él hasta que dejó de jadear y fue entonces cuando entró en un estado de pánico que ni siquiera los sesenta mil euros que iba a recibir de su viejo amigo Rodrigo lograron mitigar.

Acababa de asesinar a un hombre, un violador de niños asqueroso sí, pero no dejaba de tratarse de un asesinato. Además, él estaba fichado y aquello debía de estar lleno de huellas suyas. Se acercó a la cocina y buscó frenéticamente el material de limpieza para dejarlo todo impoluto. Recogió todo aquello que la pelea había movido de sitio y repasó con un trapo las superficies que recordaba haber tocado. El mundo se le vino abajo al comprobar que solo podía aprovechar el vial de una de las dos sustancias, pues todo el contenido del otro había ido a parar al suelo y con la pelea se había esparcido hasta hacer imposible recuperarlo. Rodrigo le había dado instrucciones claras. Tras matar al violador de niños, debía ir al piso e introducir las dos sustancias en el bote de colutorio que se encontraba en el baño. Así se aseguraban de que, una vez la policía realizara sus análisis, las sustancias coincidieran. Rodrigo había puesto mucho énfasis en esa segunda parte del plan y él acababa de ponerla en peligro.

Cuando se hubo recompuesto hizo lo que Rodrigo le había indicado. Llamar con el teléfono de Pons al número de Brenda para relacionarlo con la casa de masajes. Lorenzo comprobó que el móvil de Pons estaba bloqueado, pero el barco contaba con un teléfono satélite en el que marcó el número de Brenda. Dejó sonar los tonos sabiendo que nadie descolgaría hasta que oyó una voz sensual al otro lado que lo dejó helado.

—¿Helena?!

—¿Loren? ¿Desde qué número llamas?

Lorenzo colgó como si hubiera escuchado la voz de un fantasma. Si Helena estaba viva, ¿qué narices estaban haciendo con los venenos?

Tras limpiar sus huellas del teléfono salió del barco y llamó a Rodrigo.

—Lo de Pons ya está hecho. Pero me has dicho que Helena estaba muerta y acabo de oír su voz. El silencio apenas duró unos segundos, pero a Lorenzo Martín le parecieron años.

—¿Rodrigo? ¿Sigues ahí?

—Ahora te llamo.

Rodrigo colgó el teléfono y sintió cómo su cuerpo quería escapar de él. Vivió de nuevo la sensación física del miedo que apenas le dejaba respirar. Se sintió nuevamente desamparado y vulnerable como cuando tenía que doblar la esquina del camino de la escuela sabiendo que detrás de ella podían estar Álvaro, Iván y Miquel. Aquello no podía estar pasando. Félix Olivares había dicho claramente que el subdirector del banco estaba muerto a causa de su veneno, y Brenda debería haber tomado una cantidad superior. ¿Qué diablos hacía contestando el teléfono cuando tendría que estar muerta?

No podía ser. Si después de todo Olivares no había envenenado el colutorio del piso, estaba perdido. El cadáver de Valentí Pons ya no sería uno de tantos y la confesión de Olivares no valdría de nada. Tenía que hacer algo y tenía que hacerlo antes de que Olivares fuera a la comisaría. Una vez más iba a necesitar llamar a Maite.

La voz de su hermana al otro lado de la línea sonó severa en el oído de Rodrigo.

—¿Qué coño habéis hecho?!

—No, Maite. La pregunta es: ¿qué coño vamos a hacer ahora?

Durante unos segundos Rodrigo solo pudo escuchar la respiración alterada de su hermana. Podía imaginarla apretando la mandíbula y abriendo las aletas de la nariz mientras su cerebro buscaba las palabras más hirientes para responder. Una cara que había visto muchas veces mientras Maite y su padre discutían.

Durante un tiempo sacar de sus casillas al señor Casamitjana y a su esposa había sido el pasatiempo favorito de Maite Casamitjana. Un psicoanalista diría que los culpaba por no haberla protegido cuando su profesor de vela pudrió el cálido refugio de la infancia que toda persona debería tener, pero tal vez eso no tuviera nada que ver. En realidad, Maite Casamitjana nunca se había sentido querida y poner a sus padres furiosos era la única forma que conocía de sacarles una emoción hacia ella. Tal vez fue esa carencia afectiva la que confundió a la adolescente Maite Casamitjana, que llegó a pensar que tener la cara aplastada sobre el escritorio del club náutico mientras Valentí Pons la agarraba de las caderas era lo habitual entre las chicas que anhelaban ser queridas.

Maite Casamitjana sentía que la vida le debía algo que nunca tendría. ¿Dónde estaban sus veranos felices? ¿Dónde estaban los primeros romances? ¿Dónde estaban los besos inocentes en el portal? A pesar de contar por centenares los hombres con los que se había acostado, solo era capaz de recordar el nombre de algunos de ellos, entre los cuales se hallaba el que le gustaría ser capaz de olvidar.

Puede que el único hombre al que un día quiso Maite Casamitjana fuera su hermano. Y ahora, por primera vez, Rodrigo sentía que la estaba decepcionando.

La vulnerabilidad de Rodrigo era lo que siempre había hecho que Maite lo amara. Ella, que se esforzaba por no llorar ante ningún castigo, veía en aquel debilucho hermano suyo un ser al que abrazar como necesitaba que la abrazaran a ella. Era como si pudiera protegerlo de los efectos de vivir en un hogar sin amor en el que los hijos eran un estorbo. ¿A qué venía pues ese arranque de testosterona vengadora?

—No puedo ayudarte, Rodrigo. Esta vez no.

—Maite. Necesito que me ayudes con esto. Si Olivares no hizo lo que dijo que hizo, estoy perdido. ¿Nos vemos mañana y pensamos algo?

—No, Rodrigo. Si las cosas han sucedido como me lo has contado, descubrirán lo del piso. Es mejor que no volvamos a ir por allí. De hecho, es mejor que me vaya otra vez. Y esta vez no volveré.

Rodrigo estaba furioso con su hermana, que volvía a abandonarlo. Ya había comprobado anteriormente que cuando Maite decidía desaparecer sabía cómo hacerlo. Años atrás tuvo que ser

la policía holandesa la que la encontrara, siguiendo la pista de un camello. Y ahora Maite tenía más recursos que a los diecinueve años.

Al colgar el teléfono Rodrigo sintió una soledad infinita. Miró sus manos y lo invadió el pánico al pensar que eran las manos de un desconocido. No se reconocía a sí mismo. De repente una pavorosa revelación le abrió los ojos. Rodrigo Casamitjana había dejado de existir hacía tiempo; en su lugar había un hombre que creció queriendo ser como su hermana mientras se iba convirtiendo en lo que quería su padre.

El edificio de la Escuela Pía de Sarrià era una de esas construcciones de la zona alta de la ciudad que dejaban claro al visitante lo que significaba la zona alta de una ciudad. El aire versallesco de su fachada y la magnificencia de su campanario central solo permitían al contemplar la escuela sentir un abanico de sensaciones que oscilaban desde la admiración a la congoja, sin pasar jamás por la indiferencia.

Por las aulas que había detrás de los enormes ventanales habían pasado las infancias de notables barceloneses, cuyo destino se intuía tan esplendoroso como el entorno en el que cada día repasaban las lecciones para alcanzarlo.

Un pequeño grupo de futuros líderes políticos y empresariales que, en su poco más de metro y medio de altura, todavía vivía ajeno a toda responsabilidad que no fuera la de divertirse, se cruzó con los dos visitantes sin caer en la cuenta de que uno de ellos se estaba imaginando cómo sería su vida si, al igual que su compañera sentimental, cada día tuviera que enfrentarse a un aula con veinticinco pares de ojos clavados en él. A esa hora de la mañana posiblemente estaría sentado en el pico de la mesa ofreciendo una valiosa lección de vida que iba más allá del tedioso temario programado, luchando por mantener el espíritu del maestro idealista que salía de las facultades de Magisterio y por captar la atención de sus alumnos. Todo con el objetivo de combatir el eterno recelo con el que observan los niños al adulto que se empeña en darles valiosas lecciones de vida que van más allá del tedioso temario programado.

El contacto del balón despejado por un alumno pelirrojo que todavía no había descubierto que su futuro se encontraba en un prestigioso bufete de abogados y no despejando balones bajo la portería del Barça devolvió al inspector Campos a la realidad. Su vida como profesor había durado un minuto y doce segundos.

Un profesor, cuyo cabello había ido cayendo ante las miradas de recelo de sus alumnos y estaba a medio camino de perder el espíritu idealista con el que salió de la facultad de Magisterio, saludó a los dos visitantes posponiendo con la mirada una conversación con el joven guardameta pelirrojo. Ortiz y Campos mostraron sus placas y solicitaron hablar con la dirección del centro.

El despacho del director del colegio estaba decorado a modo de biblioteca victoriana, con un gran escritorio que hacía las funciones de altar de la cripta en aquel enorme templo del saber. El butacón de cuero negro en el que se sentaba confería al director un aura de persona importante ante la cual cualquier alumno al que un maestro mandara a su despacho seguro que sentiría lo mismo que los reos ante el juez del Tribunal Superior de Justicia.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó el director.

—Tenemos entendido que la escuela ofrece cursos de vela a sus alumnos.

—Así es. Es una de las actividades ofertadas en el ámbito deportivo.

Cuando la subinspectora Ortiz ya iba a solicitar los archivos de participantes, Campos se le

adelantó.

—Nos gustaría confirmar con qué aseguradoras trabajaron en los cursos de vela entre los años 1993 y 2004.

Ortiz no entendía qué se proponía su compañero.

—Normalmente trabajamos con la mutua Femex, pero déjeme consultar...

El director solicitó la ayuda del secretario del centro, un exalumno que, mostrando la eficiencia del sistema educativo de la escuela, no tardó ni tres minutos en aportar los datos solicitados. Tres minutos durante los cuales Domingo Campos pudo improvisar el motivo de tan concreta demanda.

—Se trata de una comprobación rutinaria en el marco de una investigación sobre fraude. Necesitamos comprobar los datos aportados por la aseguradora. ¿Podría facilitarme el listado de alumnos que participaron en esos cursos?

—Por supuesto. Eso sí, necesitaría una orden del juez para proporcionar datos concretos de alumnos del centro.

—En ese caso, con que me entregue los números de las pólizas será suficiente. Si no facilita datos de los alumnos no hace falta orden, y para nuestra investigación es suficiente. Así no tendremos que volver a molestarle.

El mensaje de «me conformo con esto y no le causo más molestias» surgió efecto en el director del centro que, sin acabar de entender el fondo de la cuestión, accedió a entregar copia de los números de póliza de todos los alumnos asegurados.

Una vez en el coche y mientras se adentraban en la ronda de Dalt, Ortiz reprendió a su superior.

—Podías haberme dicho lo de los seguros.

—Lo he improvisado. Cuando he visto el despacho me he dado cuenta de que ese capullo no nos daría ningún dato sin una orden judicial. ¿Has visto la cantidad de retratos con alumnos ilustres que tenía en el despacho? Estos colegios funcionan como una congregación, jamás se traiciona a un miembro. Si hubiésemos preguntado por Casamitjana ahora lo estaría llamando para advertirle.

Ortiz apretó los dientes al mismo tiempo que intentaba recordar cuándo pasó de sentirse afortunada al aprender algo de un compañero a sentir rabia por ello. Campos tenía razón y su estrategia era mejor, pero en cualquier caso podría habersele ocurrido nada más ver la fachada de la escuela y compartirla con ella. Así que decidió castigarlo con una conducción ligeramente más temeraria de lo habitual hasta las oficinas de Femex, disfrutando cada vez que Campos se sobresaltaba ante un inminente choque aferrándose con una mano al asa del marco de la puerta mientras con la otra hacía amago de protegerse de un salpicadero que en cualquier momento podría venirle encima.

El ascensor del edificio de la Diagonal que albergaba la aseguradora ascendía rápidamente mientras el inspector Campos intentaba preparar una estrategia para salir de ahí con algo que les resultara útil en la investigación, o por lo menos justificara ante Olzina las pesquisas que estaban haciendo por su cuenta Ortiz y él. Tenían suficientes datos como para solicitar una orden del juez, pero no quería que el intendente supiera aún el giro que habían tomado los acontecimientos y, sobre todo, no deseaba entregar un listado de alumnos de Valentí Pons con el nombre y apellidos

de su compañera. Aun así, aquella clandestinidad con la que llevaban jugando peligrosamente demasiado tiempo tarde o temprano les pasaría factura. La cuestión era si tendrían tiempo suficiente antes de que aquella factura fuera estratosférica porque estaban en aquel punto de la pista en el que un avión despegaba con éxito o se estrella contra un hangar con todos los pasajeros dentro.

Ortiz y Campos mostraron sus placas a una velocidad más rápida de lo normal, como si no quisieran que la secretaria de Femex Seguros tuviera tiempo de retener ningún dato.

Una vez facilitados los números de póliza, la secretaria confirmó el peor de sus temores. Al tratarse de menores de edad, no podía entregar nada sin una orden judicial. El inspector Campos fingió que la derrota no le afectaba y se dispuso a abandonar el despacho con la actitud estoica de quien lo ha intentado sin lograrlo. Posiblemente volvería otro día con una orden y un nuevo compañero porque estaba claro que en cuanto informara de todo a Olzina, Ortiz quedaría fuera.

La subinspectora relevó a su compañero a la hora de tomar la iniciativa y se encargó de negociar una salida honrosa.

—Mire... Assumpta, ¿verdad?

—Sí.

—Entiendo que no podamos llevarnos esos documentos sin una orden del juez, por supuesto. Pero creo que no nos ha entendido usted. No hemos venido a llevarnos nada.

—Pero su compañero...

—Mi compañero se ha expresado mal. —Campos dudó entre mostrar una mirada asesina hacia su colega o una mirada del más grande de los bobos hacia la secretaria para corroborar la tesis de Ortiz, que prosiguió con su argucia—: Si nos hemos desplazado hasta sus oficinas es precisamente para evitar el registro.

—¿Qué registro?

—Como veo que no está familiarizada con los procedimientos policiales la pondré al día. Nosotros pertenecemos a la brigada de homicidios. —El título de homicidios siempre provocaba que el interlocutor abriera más los ojos—. En el curso de una investigación a menudo seguimos... —hizo un gesto como si olfateara el aire— una intuición.

El *acting* de Ortiz mereció un asentimiento de aprobación por parte de Campos.

—Entiendo —dijo la secretaria acercándose a Ortiz, a la que le pareció que incluso había bajado el tono de voz.

—Si solicitamos orden de registro, se presentará una brigada judicial y se llevará todos los archivos de los años que precisemos. Eso, además de provocar unas molestias evidentes en su empresa, puede hacer que... —se inclinó hacia Assumpta y la miró a los ojos— la persona investigada se huelga algo.

—¿Insinúa que investigan a alguien de la empresa?

Campos se unió al teatro golpeando levemente el brazo de su compañera en un gesto que venía a decir: «Estás hablando demasiado».

—No estoy autorizada a revelar esa información. Y entiendo que usted hace su trabajo. Le propongo que nos deje hacer el nuestro sin ocasionar ningún perjuicio; al fin y al cabo no hace falta que nos dé nada.

—¿Ah no?

—En absoluto, bastará con que nos deje comprobar los datos aquí mismo.

Por un momento los tres se miraron como si formaran parte de la investigación del asesinato de JFK. Un minuto después los dos policías estaban sentados junto a Assumpta, que tecleaba números de póliza a la velocidad de la luz. Ortiz y Campos observaban la pantalla con el listado de nombres en la mano hasta que hubo una coincidencia. Antes de que la secretaria se diera cuenta, Ortiz había hecho una fotografía con su teléfono a la pantalla. El sonido de la cámara hizo que Assumpta se volviera hacia ella con expresión de desconcierto. No habían dicho nada de sacar fotos. Mientras los dos policías se disponían a abandonar la sede de Femex, Assumpta tuvo tres opciones: reprender a la subinspectora y exigirle que borrara la foto que acababa de tomar, avisar al jefe de departamento y explicarle por qué les había permitido ver los archivos sin una orden judicial, o dejar que esos dos policías se marcharan y seguir con su vida como si nada. Afortunadamente Assumpta era una persona inteligente.

Durante el trayecto hacia la comisaría la conducción de Ortiz fue tan suave que Campos no tuvo en ningún momento la sensación de que no volvería a ver a su hijo. Ambos estaban satisfechos, definitivamente formaban algo parecido a un buen equipo. El inspector Campos rompió el clima de Starsky y Hutch que se estaba creando con un sonoro «¡Mierda!».

—¿Qué te pasa?

—No es él.

—¿Qué?

—Que Rodrigo Casamitjana no asistió a ningún curso de vela con Valentí Pons.

El inspector Campos sostenía en la mano el teléfono móvil en cuya pantalla se podía ver la foto del monitor de ordenador de Assumpta que minutos antes le había enviado su compañera. Junto al apartado correspondiente al asegurado figuraban los apellidos: Casamitjana Algerich; eso fue lo que hizo que Ortiz se apresurara a disparar su cámara. Pero el nombre que constaba no era el de Rodrigo, sino el de María Teresa.

—Pero la combinación Casamitjana Algerich no es tan frecuente. Si no es él se trata de su hermana. Podría ser un motivo.

—O su padre o su hermano podrían haberle contado a María Teresa los planes de su empleado, y en ese caso tendríamos una nueva sospechosa.

Ortiz y Campos todavía no sabían que el nombre de Maite Casamitjana estaba a punto de cruzarse en su camino por segunda vez aquella mañana. La llamada del caporal Fuentes interrumpió la conversación de los policías.

—¿Se puede saber dónde estáis? Olzina está a punto de incluirlos en las listas de busca y captura.

—Estamos investigando el entorno de Lorenzo Martín —mintió Campos—. Dile a Olzina que pasaré el informe mañana, vuelvo a estar un poco enfermo y me voy a casa.

—Tú verás. Yo te llamaba por lo del tatuaje. Ya sé quién lo hizo.

Campos hizo un gesto a Ortiz para que parara el coche.

—¿Tienes al tatuador?

—Sí. Mañana en la reunión te lo comento y le hacemos una visita. Si te encuentras mejor, claro.

—No. Pásame la dirección por wasap.

—Pero mañana seguiré ahí...

—Envíamelo ahora mismo y mandaré a Ortiz. Y dile a Olzina que puede que mañana me quede en casa.

—Pero ¿para qué...?

—Buen trabajo, Fuentes.

El caporal prefirió que aquella felicitación fueran las últimas palabras de la conversación y colgó el teléfono sin más.

La calle Tallers comunica la Rambla con la plaza Universitat cruzando el Raval y se había convertido en un hervidero de jóvenes que buscaban en sus tiendas de ropa de segunda mano el atuendo más alternativo para dejar claro a los demás que se habían salido del rebaño. A lo largo de su recorrido podían encontrarse tiendas de discos donde todavía sobrevivían algunos vinilos y rarezas que las listas de ventas habían descatalogado de las grandes superficies. También abundaban establecimientos dedicados a la venta de instrumentos musicales para románticos que se empeñaban en hacer música sin ordenador, complementos como collares de pinchos para nostálgicos del punk y parches con logotipos de grupos de rock duro para heavy metals cuarentones que se resistían a cortar sus melenas a pesar de que sus frentes hacía años que lucían despejadas.

Domingo Campos buscó con la mirada el local donde se encontraba una pequeña imprenta a la que en una ocasión acompañó a su padre para recoger sus tarjetas de visita. Recordaba el olor de las tintas, el cuidado con el que trataban las planchas y los fotolitos que el impresor examinaba minuciosamente con la ayuda de un cuentahílos. Se imaginó a sí mismo levantando la persiana cerrada y llena de grafitis que ahora sellaba el establecimiento y escuchando el mecánico ruido de la imprenta. La impresión digital hacía tiempo que había acabado con muchos de esos negocios, pero algunas pequeñas imprentas aún sobrevivían con sus cuatricromías y sus tramas dispuestas en ángulos perfectamente calculados. La voz de la subinspectora anunciando que ya habían llegado a la dirección que buscaban hizo que la mirada de Campos se dirigiera hacia la otra acera. La vida del inspector Campos como impresor había durado cuarenta segundos.

La subinspectora Ortiz guio a Campos hasta la esquina con la calle de les Sitges, una de esas callejuelas tan estrechas que algunas de sus centenarias baldosas jamás han conocido el calor de un rayo solar.

Mark Enzovic regentaba el pequeño estudio de tatuajes y *piercings* en el que un nutrido grupo de clientes sin miedo a las agujas aguardaba su turno para decorar su cuerpo como si de un lienzo se tratara.

El negocio había crecido mucho desde que los futbolistas lucían orgullosos sus tatuajes. Atrás habían quedado los tiempos en los que la gente que acudía a su estudio optaba por pequeños tatuajes en zonas discretas del cuerpo, ya que un tatuaje en el antebrazo, el cuello o los nudillos equivalía a haber estado en la cárcel o en la Legión.

Afortunadamente para los tipos como Mark Enzovic, el tatuaje estaba de moda y en los estudios como el suyo el monótono zumbido de la pistola inyectora no cesaba en todo el día.

El tatuador, que lucía los brazos cubiertos de dibujos como si de un muestrario de su trabajo se

tratara, recibió a la pareja de policías sacándose los guantes de látex negros que llevaba puestos y pensando que sería una pareja interesada en tatuarse el nombre de sus hijos o algo por el estilo. No pudo evitar una mueca de decepción al ver sus placas.

Sin tiempo para muchos preámbulos Domingo Campos le mostró la fotografía del tatuaje de Anaïs y la puso sobre el mostrador de cristal, bajo el cual se exponían un buen número de *piercings* de todos los tamaños y colores.

—¿Este tatuaje es obra suya? —preguntó Campos al tatuador, que sorprendentemente observó la fotografía con ojo clínico prestando atención solo al tatuaje, sin impresionarse ante la escena sexual, igual que lo haría un médico ante una paciente que se quita la blusa.

—Sí. Pero lo hice hace tiempo, puede que diez años.

—Si hace tanto tiempo, ¿cómo está tan seguro? —intervino Ortiz.

—Antes de que se pusieran de moda, los tatuajes eran más simples: tribales, corazones, flores, letras chinas que no siempre significaban algo, el escudo de algún club de fútbol... Cuando se trataba de algo como esto... —El tatuador señaló la foto en un gesto no exento de orgullo—. Solo había dos tatuadores en Barcelona capaces de hacerlo. Y yo era el único que no pasaba alcoholizado la mitad del día.

—Disculpe, pero ¿qué tiene de excepcional este tatuaje?

El tatuador sonrió ante la falta de cultura urbana de Campos.

—Se trata de un *tattoo* estilo Brush. ¿Ven que los colores parecen aplicados con un pincel? Necesité varias sesiones para terminarlo. Además, recuerdo a la chica. No he visto jamás a nadie con tanta capacidad para soportar el dolor. Se quitaba la camiseta y se quedaba con la mirada perdida como si su mente estuviera en otra parte.

»El dibujo era un original de su hermano, que dibujaba cómics o algo así. Por lo visto tenía un personaje femenino que se transformaba en dragón sobre el que montaba el protagonista; el personaje estaba inspirado en su hermana y por eso se lo tatuó. Nadie se pinta toda la espalda soportando miles de agujijones sin una historia detrás, créanme.

—Por casualidad no recordará el nombre de la chica.

—No. ¿Por qué? ¿Se ha metido en algún lío? —La mirada del tatuador viró hacia el escepticismo recordando los tiempos en los que los tatuajes se asociaban a gente poco amiga de la policía.

Campos y Ortiz se miraron; estaban investigando por su cuenta, así que una mentira más carecía de importancia. Ortiz tomó la iniciativa.

—Como puede ver por el contexto de la escena... tal vez sea un caso de trata. Ya sabe, chicas a las que obligan a prostituirse.

—Qué hijos de puta.

—Si nos da la identidad de la chica podría salvar a muchas mujeres.

El papel de salvador de mujeres hizo que Mark Enzovic se pusiera a buscar entre un montón de papeles que, contra todo pronóstico, tenían un orden que, eso sí, solo Mark Enzovic conocía.

En una de las carpetas podían verse algunos de los trabajos que el tatuador había realizado a lo largo de su carrera. Enzovic localizó los trabajos de estilo Brush, entre los cuales vieron las fotos del dragón en varias fases. Al principio en blanco y negro y en fotografías posteriores con los colores ya

aplicados. Aunque los colores se veían distintos y la piel todavía estaba enrojecida por los pinchazos, estaba claro que era el mismo tatuaje.

—¿Eso que hay escrito junto al dragón es su firma? —preguntó Ortiz señalando unas letras junto a una de las patas inferiores.

Mark Enzovic negó con la cabeza y se ayudó de una lupa para leer.

—No. Los tatuajes no se firman. Es el nombre del personaje del cómic: Anaïs.

Junto a la fotografía podía apreciarse un número de referencia. Tecleando el número en el ordenador se accedía a una ficha en la que podía leerse qué tintas se habían usado y, lo que interesaba a Ortiz y Campos, la factura con el nombre de la clienta. Por fin habían puesto nombre a Anaïs y no era un nombre cualquiera. Se trataba del nombre que relacionaba a Valentí Pons con Helena Gomariz y el resto de los muertos vinculados con el burdel de la Rambla del Prat, un nombre que se cruzaba en su camino por segunda vez ese día: María Teresa Casamitjana Algerich.

Un escuadrón de palomas sobrevoló un cielo que parecía haber palidecido. Félix Olivares, como tantos barceloneses, detestaba a esos pájaros a los que consideraba poco menos que ratas del aire. Unas aves que, tras siglos de convivencia, habían perdido todo temor al ser humano, rompiendo las distancias que cualquier animal con un mínimo de sentido común guarda con las personas. Odiaba su color grisáceo, su andar nervioso, su sonido gutural, sus vuelos rasantes a ninguna parte y su tendencia animal a defecar sobre cualquier superficie. A Félix Olivares no dejaba de parecerle una macabra paradoja que el ave que antaño fue símbolo de la paz hubiera visto rebajado su estatus al de una alimaña voladora. Tal vez la paz se había reducido a eso para los ciudadanos, una molestia que ensuciaba sus coches. En cualquier caso, aquel no iba a ser un día de paz para él.

La adrenalina que corría por sus venas lo embriagaba hasta el punto de temer por la posibilidad de que un comportamiento emocional, tan insólito en él, le hiciera cometer algún error. Por primera vez estaba dispuesto a ir a por todas; no se conformaría con volcarse con un proyecto para terminar vertiendo un vial de veneno por el retrete de una prostituta.

El plan seguía su curso. Días atrás se había gastado setecientos euros en una chaqueta de motorista roja y un casco idénticos a los que llevaba su antiguo jefe y había hecho guardia cerca de su nuevo objetivo dejándose captar por algunas cámaras de seguridad. Finalmente había entrado en una gasolinera cercana al domicilio de Rodrigo. Tras asegurarse de que la cámara lo captaba de espaldas, y gracias a la tecnología *contactless* que permitía realizar pequeñas compras simplemente acercando el chip de la tarjeta de crédito al lector del terminal, adquirió un par de objetos tan inocentes como letales. Al día siguiente se deshizo de la chaqueta y el casco y emprendió la parte final del plan. Sacó su teléfono y buscó entre los contactos de su agenda; luego pulsó el nombre de Rodrigo Casamitjana y seleccionó la opción de enviar mensaje. El teclado virtual apareció en la pantalla y los dedos de Olivares se desplazaron por él hasta confeccionar una frase:

Charlotte y yo conocemos tus secretos. Si a las cinco no estás en la dirección que te mando no seremos los únicos.

A continuación, sacó otro teléfono que acababa de adquirir y llamó a Charlotte para concertar una cita.

Esta vez Olivares estaba dispuesto a llegar hasta el final. Al fin y al cabo, sabía que era bueno planificando la muerte de alguien, y si hasta ese momento su talento había resultado inocuo, ahora todo había cambiado. Haberse librado del peso de la mediocridad parecía haber rejuvenecido a Olivares, que avanzaba con el marcial andar del que tiene un objetivo al que dirigirse. Por un momento, hasta la calle dejó de ser una simple vía y se transformó en la avenida por la que un orgulloso soldado se dirige con paso firme hacia su destino en el frente mientras las muchachas lo

besan tras colocar flores en su fusil. Así se sentía Félix Olivares. En cuestión de semanas había pasado por la vergüenza del verdugo y por el abatimiento de la víctima. Por fin lo embargaba el orgullo del guerrero que, a pesar de los daños colaterales, dota a la muerte de un halo de dignidad al convertirla en un acto necesario.

Si nada nos salva de la muerte, por lo menos que el amor nos salve de la vida.

PABLO NERUDA

Rodrigo Casamitjana jamás había sentido tanta desazón. ¿Qué significaba aquel mensaje de Olivares? ¿Qué secreto conocían él y Charlotte? Y lo peor de todo, ¿por qué Maite no había contestado a ninguna de sus llamadas desde que se lo contó todo?

Rodrigo sabía que, como siempre, debería haberle hecho caso a su hermana. La idea de deshacerse de Valentí Pons había sido absurda y precipitada. Y desde luego, ir al piso en el que se encontraba secretamente con Maite y envenenar a Brenda había sido peor idea todavía.

A su mente volvieron las imágenes del frasco de colutorio sacudido por aquellas manos que no podían ser las suyas para diluir el veneno, el llanto de su hermana tras confesarle lo sucedido, la congoja que lo invadió al darse cuenta de que el teléfono de Brenda contenía fotos de Maite que podrían relacionarla con el caso y lo que costó convencer al pobre Lorenzo para que entrara en el piso ya convertido en morgue y se llevara el *smartphone*. Aquello había sido lo peor, y seguro que Maite no se lo perdonaría nunca. Lorenzo aceptó matar a Valentí Pons porque se lo merecía, pero no contaba con que, para librar a ambos de la cárcel, Rodrigo tendría que hacer lo que hizo. Cuando le entregó el teléfono de Brenda, un mar de lágrimas inundó unos ojos que no olvidarían la imagen de Helena Gomariz tumbada en la ducha. Rodrigo supo al instante que no era bueno depender de los remordimientos de Lorenzo. Su intento de convencerlo de que no había peligro porque la policía ya tenía a un culpable confeso no tranquilizó a su amigo, que optó por esconderse en un lugar seguro donde su conducta no levantaría sospechas.

Al día siguiente, Rodrigo se hizo con un vial de morfina de los que su padre usaba para mitigar el dolor de un cáncer que ya lo estaba matando y visitó a su amigo en su refugio de Collbató. Como habían acordado, Lorenzo había borrado cualquier rastro que lo vinculara al piso, a las chicas o a la familia Casamitjana. Rodrigo ni siquiera tuvo que comprobarlo, Lorenzo sabía el tipo de cosas que despiertan el interés de la policía en los registros.

La morfina mezclada con el alcohol hizo que Lorenzo se durmiera y Rodrigo pudiera volver a ver aquel rostro tranquilo del joven que lo rescató del particular infierno de su infancia y con el que siempre había podido contar. Advirtió de nuevo en él toda la nobleza, la seguridad y la lealtad con la que siempre había permanecido a su lado, la última rama a la que asirse cuando el abismo acechaba, el único que entendía la relación que mantenía con Maite. Si su padre supiera que seguían en contacto y sus actividades en el piso de Rambla del Prat, posiblemente lo desheredaría.

Lorenzo, no solo lo entendía sino que ayudaba a los hermanos en sus citas secretas, a cambio, eso sí, de una parte de las ganancias del burdel.

Rodrigo recordó cómo lloró durante dos horas mientras se despedía del único amigo que había tenido. «Duerme tranquilo, viejo amigo», le susurró antes de prender el fuego que los salvaría a él y a su hermana.

Ya no podía más. Vengarse de Valentí Pons le había costado demasiadas renunciadas. Rodrigo ya no tenía fuerzas para más. Justo cuando empezaban a asomar las primeras lágrimas a sus ojos la puerta de su despacho se abrió para dejar entrar a la única persona que Rodrigo necesitaba ver cuando todo se hundía.

—Maite. Si papá se entera de que estás aquí...

Maite Casamitjana, con su habitual despreocupación, se acomodó en uno de los sillones situados en un lateral del despacho.

—Papá se está muriendo. Te preocupa demasiado lo que piense.

Sin decirse nada más, Rodrigo se acurrucó en el regazo de su hermana, que lo tranquilizó acariciándole el cabello.

En el primer momento de calma que disfrutaba en semanas, Rodrigo pensó que aún le quedaba una salida.

—Por lo que dice el abogado, la policía está dando palos de ciego. Como mucho podrían llegar hasta Lorenzo por el asunto de Pons, pero nada me incrimina a mí.

—¿Y Olivares?

—El abogado asegura que no pueden probar nada contra Félix. Ahora mismo debe de estar sin blanca; le ofreceré suficiente dinero como para vivir lo que le queda de vida y se olvidará del tema.

—No me fío, Rodrigo. No vayas esta tarde.

Rodrigo apartó la cabeza del regazo de su hermana.

—¿Cómo sabes que me ha citado esta tarde?

El máximo de poder es el inicio de la decadencia.

LIN YUTANG

Los primeros bañistas, tan impacientes como osados, tanteaban las todavía frías aguas del Mediterráneo mientras el inspector Campos y la subinspectora Ortiz avanzaban por la N-2 a la altura de El Masnou, un municipio de la costa norte de Barcelona donde el matrimonio Casamitjana ya llevaba un tiempo instalado en la vieja casa familiar que habían restaurado con la esperanza de pasar una vejez muy distinta a la que les llegó.

La calle principal de El Masnou dejaba atrás el mar y se adentraba en el municipio hasta desembocar en la riera de Teià y sus colinas pobladas de viñedos que, mirando a un mar que jamás alcanzarían, crecían ajenos a las riquezas de las familias de las que llevaban tiempo siendo paisaje.

El sonido de los neumáticos derrapando sobre la gravilla anunció la llegada del coche a Villa Algerich. La casa familiar de los Casamitjana conseguía mantener un cierto equilibrio entre lo sobrio y lo ostentoso que hacía que, al verla, todo visitante deseara vivir en ella, sensación que desaparecía rápidamente en cuanto la puerta principal se abría dejando ver las tinieblas de su solitario interior.

El salón estaba repleto de medicinas y aparatos médicos que daban a la estancia un aspecto de balneario para ancianos ricos. Manuel Casamitjana los recibió sentado en un butacón que estaba encarado al jardín y del que ya no le quedaban fuerzas para levantarse para saludar a los dos policías.

Su estado de salud había empeorado repentinamente y toda su aura de poder se iba esfumando a cada cambio de orinal. El batín por el que había sustituido su traje hecho a medida dejaba ver lo que en realidad es todo hombre: un ser frágil cargado de dudas y temores.

—¿En qué puedo ayudarles? —se esforzó en decir el patriarca.

Ortiz fue al grano.

—Nos gustaría hablar con María Teresa.

—¿María Teresa? ¿Para qué? Ella ni siquiera conoce a Olivares. Además, ya saben lo que pienso de todo esto. Nuestro abogado asegura que Félix no tuvo nada que ver con todo ese asunto tan desagradable. No sé por qué tienen que molestar a mi esposa con todo esto.

Campos advirtió que la mirada de Casamitjana se dirigía a una mujer que cortaba flores en el jardín. Tendría aproximadamente la misma edad que Casamitjana y una indumentaria de jardinera victoriana, con delantal y sombrero de paja incluidos.

—No se trata de su esposa; nos gustaría hablar con su hija.

Manuel Casamitjana sonrió con amargura.

—De todas las veces que un policía ha venido a esta casa preguntando por Maite esta es la más sorprendente, inspector. Mi hija Maite lleva ocho años muerta.

El silencio que se produjo tras las palabras de Manuel Casamitjana podía detener el tiempo. Fue el mismo Casamitjana quien se apiadó de los dos policías, que no podían disimular su desconcierto, y lo rompió.

—Una sobredosis en un hostel de Ámsterdam. Lo único bueno que tiene mi enfermedad es que pronto me reuniré con ella. —La voz de Casamitjana pareció quebrarse por un momento mientras observaba a su esposa en el jardín—. Durante años me he volcado en el trabajo para olvidar que mi mujer tiene algo más que una tendencia a la melancolía. Tal vez por eso no me di cuenta de lo difícil que era ver sonreír a mis hijos.

Durante el silencio con el que, esta vez sí, Casamitjana quería dar por concluida la reunión, Campos se fijó en la cantidad de fotografías de los dos hijos con las que estaba decorada la habitación. En ninguna de ellas sonreían, pero en todas se intuía la devoción que sentían el uno por el otro. Campos los imaginó creciendo junto a un padre ausente y una madre cuya mente permanecía en la constante nebulosa que provocaba la medicación con la que trataba su trastorno de personalidad y que había tenido que llenar su tiempo de actividades de todo tipo para no tener que pensar en ello.

Había algo en aquellas fotografías que lo turbaba, pero no era capaz de identificar qué era.

Estuvo tentado de mostrar la fotografía del tatuaje a Manuel Casamitjana, pero pensó que lo último que necesitaba ver aquel viejo moribundo era el cuerpo desnudo de su difunta hija en una escena como aquella.

Cuando ya estaban a punto de llegar a la puerta de salida el inspector Campos descubrió al fin qué le resultaba tan inquietante en las fotografías que decoraban la casa como un santuario. La joven Maite Casamitjana guardaba un sorprendente parecido con alguien a quien él había visto anteriormente. Helena Gomariz.

El viaje de regreso lo hicieron en silencio, aunque sus cabezas no dejaban de plantear hipótesis. Cuando Campos mostró la fotografía del tatuaje a Félix Olivares, este había identificado a Carla Palacios como la otra chica de la imagen, algo que no tenía ningún sentido porque Carla Palacios apenas tenía trece años cuando Maite Casamitjana murió. Entonces ¿quién era esa chica que tenía un tatuaje idéntico al de Maite en la espalda?

El teléfono de Campos sonó con furia. El inspector le mostró a su compañera el nombre que aparecía en la pantalla. No podían posponer por más tiempo el encuentro con Olzina.

—Olzina, estamos llegando a comisaría.

—¿Se puede saber qué cojones estáis haciendo?

Campos supuso que el intendente ya estaba al día de su visita a la casa de los Casamitjana.

—Seguíamos una pista, Olzina.

—¿Seguís una pista? Pues eso es toda una novedad porque en mi mesa no veo ningún informe ni tengo la más puta idea de qué contar al director cuando me pregunta cómo va la investigación. ¿Y tú no estabas enfermo? ¿A qué cojones estáis jugando, Domingo?

—Estamos saliendo de casa de Manuel Casamitjana.

Sorprendentemente, en lugar de gritar como un loco, Olzina suspiró con preocupación al otro lado de la línea y bajó el tono. Señal de que la situación era peor de lo que pensaban.

—Sabes que si no estás jodido del todo es por nuestra amistad. Pero todo tiene un límite.

—En cuanto llegue, subo a tu despacho y te cuento cómo han ido las cosas...

—No hace falta que pases por mi despacho porque no me vas a encontrar. Voy de camino al domicilio de Félix Olivares.

—¿Qué? ¿Vas a detenerlo otra vez?

—Hubiese mandado al inspector que lleva el caso, pero como no me coge el puto teléfono voy yo, sí. Pero no creo que podamos detenerlo porque Félix Olivares está muerto. Os espero allí en diez minutos.

El arte supremo de la guerra es someter a tu enemigo sin haber luchado.

SUN TZU

Félix Olivares se tenía a sí mismo por una persona paciente, pero el reloj parecía empeñado en que las cinco de la tarde no llegaran nunca.

Cuando quedaban quince minutos para la hora de su cita, la excitación se apoderó de él. Tal y como había planeado, sacó la bolsa de bridas que había comprado en la gasolinera y pagado con la tarjeta de Rodrigo Casamitjana y se ató las manos con fuerza. Forcejeó como si quisiera librarse de sus ataduras hasta asegurarse de que se provocaba arañazos en las muñecas. Después sostuvo un cuchillo de cocina entre las rodillas y con un movimiento rítmico cortó la brida liberando sus manos. La primera parte del plan había sido menos dolorosa de lo que pensaba, pero quedaba lo peor. Una vez hubo tirado las bridas por la ventana, asegurándose de dejar un pedacito de plástico en el suelo, cogió una botella de vino vacía de la cocina y se golpeó con todas sus fuerzas en la cabeza. A pesar de que el dolor fue muy intenso, no logró su propósito de romper la botella, así que lo intentó de nuevo con idéntico resultado. Aquello no estaba funcionando, de modo que en el tercer intento acometió con más furia temiendo perder el sentido y estropearlo todo. Tardó unos minutos en recomponerse del golpe y, a pesar de que todo le daba vueltas, siguió con el plan. Su cita estaba a punto de llegar, así que tuvo que apresurarse en barrer los restos de cristal de la botella, todos menos unos pocos que se encargó de esconder debajo del sofá. Limpió los restos de sangre de su cara con una toalla que después limpió bajo el grifo. Cuando lo tuvo todo dispuesto se asomó a la ventana. Tal y como habían quedado, Charlotte se aproximaba por la calle. A pesar de las enormes gafas de sol que usaba para guardar la discreción en sus visitas la reconoció. Como previamente le había indicado, Charlotte le llamó al teléfono igual que había tenido que hacer cuando la visitó para que le diera el piso y la puerta.

Olivares pulsó el botón del portero automático que abría el portal y le pidió que esperara frente a la puerta del tercero segunda, justo un piso por debajo de donde él vivía, y que aguardara allí sin llamar al timbre. Él le abriría enseguida. Aquel era el punto más crítico del plan, pues sabía que si la hacía esperar demasiado Charlotte se largaría. Por suerte, Rodrigo era un hombre puntual y a las cinco en punto pulsó el timbre del cuarto segunda. Casi temblando Félix Olivares contestó y le abrió la puerta. Sabía que el ascensor estaría en la planta baja gracias a un mecanismo que lo mandaba para abajo cuando llevaba un minuto parado en un piso; de esta forma los vecinos nunca tenían que esperar al ascensor cuando llegaban al edificio. Eso significaba que Olivares disponía de treinta y seis segundos exactos. Se subió a la pequeña escalera metálica con cuidado y metió la cabeza en

el hueco que había formado con los pulpos que compró con la tarjeta de Rodrigo antes de deshacerse de ella. Golpeó la silla con el pie y su cuerpo cedió ante la ley de la gravedad. Afortunadamente los pisos centenarios como el de Olivares contaban con techos altos y, a pesar de que el pulpo era elástico, Olivares no llegó a tocar el suelo con unos pies que, tras unas breves sacudidas, abandonaron cualquier otro movimiento que no fuera el leve balanceo de un péndulo.

El timbre sonó en vano. Tras esperar unos segundos, Rodrigo comprobó que la puerta estaba abierta y entró en la vivienda. Avanzó con cautela mientras saludaba desde el recibidor. Pasado el minuto correspondiente, el ascensor inició su descenso hasta la planta baja.

Rodrigo se internó un poco más en el piso mientras llamaba a Félix, que lo aguardaba ya muerto colgado de una viga.

Rodrigo miró el rostro sin vida de Olivares sin entender nada. No hacía ni un minuto que había respondido al interfono. ¿Qué estaba pasando? ¿Era su forma de decirle «me has jodido la existencia y quiero que la imagen de mi cuerpo balanceándose de un lado a otro te persiga para siempre»?

En cualquier caso, sabía que no debía quedarse ni un segundo más allí. Un sospechoso ahorcado es un culpable, así que lo que debía hacer era salir de esa casa lo antes posible.

Al salir al rellano comprobó que el ascensor ya no estaba, así que bajó por las escaleras tan rápido como pudo. Al llegar al rellano del tercero se cruzó con una chica que ocultaba su rostro bajo unas enormes gafas de sol y con la que evitó cruzar la mirada.

Carla Palacios se sobresaltó. Aquel hombre que bajaba las escaleras tan apresuradamente era un cliente de Anaïs.

No hacía ni dos meses había estado en el piso de Rambla del Prat y, según le contó Helena, Anaïs le pidió que lo atendieran ellas.

Pasó dos horas pintando un dragón en la espalda de Helena y le hizo ponerse una peluca azul. Como a ella le pareció rarísimo, Helena le explicó que el cliente siempre le hacía eso a Anaïs.

Cuando Helena estuvo lista, el cliente hizo que las dos se acostaran delante de él. Lorenzo sacó fotos con el móvil de Helena, según dijo, para mandárselas a Anaïs. Aquello fue lo más extraño, pues Lorenzo jamás entraba en las habitaciones cuando había clientes, pero al tipo no le molestó; de hecho, solo tenía ojos para Helena y al final lo paró todo de golpe, se fue con Helena a la habitación de Anaïs y, como si el piso fuera suyo, ordenó que Lorenzo y ella los dejaran solos.

¿Qué hacía ahora aquí? ¿Era él la cita que la esperaba? En cualquier caso, llevaba demasiado tiempo aguardando y el teléfono que tenía ya no contestaba, así que lo mejor sería irse de allí. Adiós a los doscientos euros.

El cuerpo de Félix Olivares lo halló la mujer de la limpieza que él mismo había contratado la semana anterior. Era la segunda vez que acudía al piso y la primera que abría con la llave. El señor Olivares había insistido en que fuera ese miércoles a las seis. A ella le iba mejor el jueves por la mañana porque los miércoles limpiaba unas oficinas y tenía que estar puntualmente a las ocho y media en la calle Muntaner, pero Olivares insistió y hasta le propuso cobrar el doble si hacía el esfuerzo de ir el miércoles a las seis, pagándole por adelantado. Finalmente acordaron que podría ir de cinco y media a siete y media.

La pobre mujer, con el susto todavía en el cuerpo, fue quien llamó a la policía.

En el mismo momento en el que la asistenta facilitó la dirección del domicilio saltaron todas las alarmas. Los agentes de la patrulla que dio el aviso comprendieron que la cosa era realmente grave en cuanto vieron entrar a un intendente por la puerta. Esos mismos agentes fueron testigos de los gritos que el superior les soltó a Ortiz y Campos en cuanto estos asomaron por la puerta. Uno de ellos, que tenía intención de oponer a subinspector, llegó a plantearse seriamente no hacerlo si aquel era el trato habitual que recibían por parte de los superiores.

Una vez Olzina se hubo desahogado, los tres policías se dispusieron a inspeccionar el piso. El inspector Campos volvió a fijarse en el rincón en el que debería haber un piano y no un hombre ahorcado. No tardaron en darse cuenta de que aquello no era un suicidio. Las marcas que las bridas habían dejado en las muñecas eran evidentes e indicaban claramente que a Félix Olivares lo habían maniatado. ¿Qué suicida se molesta en atarse las manos? Tal vez uno que tema arrepentirse en el último momento, pero ¿qué suicida puede desatarse una vez ha logrado su objetivo?

Fue Ortiz la que advirtió un pedazo de correa de plástico junto a la cortina de la ventana. Una vez examinado, los tres convinieron en que se trataba del fragmento de una brida de nailon con sus característicos dientes que solo permitían desplazar la correa en una dirección por el pasador. Incluso comprobaron que el grosor de la brida coincidía con los arañazos de las muñecas de Olivares.

Buscando restos de nailon que pudieran pertenecer a la brida que sujetó las manos de Olivares, Olzina encontró restos de vidrio en el cubo de la basura. El vidrio coincidía con los pequeños fragmentos que, mientras buscaban nailon, hallaron debajo del sofá. Al rato llegaron a la conclusión de que lo mejor sería dejar trabajar a la científica y esperar su informe para ponerse a investigar.

El intendente Olzina no olvidaba la conversación que tenía pendiente con Ortiz y Campos y los conminó a reunirse en comisaría. Campos sabía que aquello significaba que esa noche también llegaría tarde a casa, así que envió un mensaje a Elia que esta ni siquiera se molestó en contestar.

A las nueve de la noche llegaron a comisaría y un pinchazo en la boca del estómago le recordó a

Campos que no había comido nada desde los tres donuts que ingirió a media mañana. Al ver que Olzina ordenaba que les trajeran unas pizzas, entendió que aquello iba para largo.

Tras dos horas de explicaciones por parte de Ortiz y Campos, Olzina ya no dudaba entre acabar con el futuro profesional de ambos o no hacerlo, sino que se estaba planteando seriamente qué consecuencias tendría para él agredirlos físicamente en ese mismo momento.

La situación era más grave de lo que Ortiz y Campos creían. El director de la policía estaba siguiendo el caso de cerca y sabía que en las últimas cuarenta y ocho horas no había habido informes. Las excusas que Olzina había dado para salvar el culo a sus subordinados no servirían de nada si, como era su deber, exponía todo lo sucedido con Ortiz y la ocultación de su relación con Valentí Pons. Una vez se supiera todo, no estaba seguro de poder salvar su propia cabeza.

—Marchaos a casa y descansad. Mañana a primera hora hablaré con el director. A las once daré una rueda de prensa y cuarenta y ocho horas más tarde quiero tener el caso cerrado o vuestras placas sobre la mesa.

Campos llegó a su casa a la una de la noche y notó que Elia se hacía la dormida para evitar preguntarle qué le pasaba. Supuso que ya le daba lo mismo, y a decir verdad tampoco a él le apetecía contarle nada. La pizza le había hecho una bola en el estómago que le molestaba más que cuando solo tenía hambre. Se fumó un cigarrillo en la terraza y se acostó con un cansancio profundo que no se quitaría de encima ni durmiendo un millón de años. Cerrar el caso en cuarenta y ocho horas significaba no aclarar los hechos sino tener un culpable. Un sabor más amargo lo abordó. Que Elia y él siguieran compartiendo cama obedecía al mismo fin: no resolver nada pero tener un culpable.

La rueda de prensa transcurrió como había predicho Campos. Olzina fingió que el silencio ante las preguntas de los periodistas se debía a la voluntad de no revelar información y no a la falta de respuestas.

Más sorprendente fueron los hallazgos del caporal Fuentes y el equipo de la científica. Según el registro de su teléfono, la última persona con la que tuvo contacto Félix Olivares antes de morir era un viejo conocido: Rodrigo Casamitjana, al que Olivares había citado a las cinco en el escenario del crimen mediante un enigmático mensaje en el que también se nombraba a Carla Palacios.

Pero lo más sorprendente de todo fue lo que se halló en la cavidad bucal de la víctima. Félix Olivares, antes de morir, se había introducido un papel en la boca, en concreto un tíquet de compra que posiblemente cayó del bolsillo del asesino al sacar las bridas o durante la lucha, porque la autopsia revelaba tres grandes golpes en la cabeza de la víctima.

—¿Habéis comprobado el tíquet? —preguntó Olzina.

—Sí —respondió Fuentes—. Corresponde con la compra que se realizó en una gasolinera del barrio de Sarrià. Una bolsa de bridas de nailon que coinciden con las encontradas en casa de Olivares y unos pulpos elásticos de sujeción de la misma marca y modelo que los que se usaron para ahorcar a la víctima. Los artículos se pagaron con una tarjeta a nombre de Rodrigo Casamitjana Algerich y en la grabación del establecimiento se le ve efectuando la compra.

—¿Lo dices en serio? —intervino de nuevo Olzina que no podía creer que por fin tuvieran un golpe de suerte.

—Y no solo eso. Por lo que respecta a la llamada telefónica, Carla Palacios asegura haber visto en el edificio de Olivares a un hombre cuya descripción encaja con la de Casamitjana. Según su testimonio, bajó las escaleras corriendo y parecía muy alterado.

—Y ¿qué hacía ella allí? —inquirió Campos.

—Había quedado con la víctima, pero se equivocó de piso. Cuando le he dicho que se trataba del sospechoso del asesinato de Helena Gomariz se ha puesto histérica, parecía realmente aterrada.

—Traedme a Casamitjana —ordenó Olzina.

Rodrigo Casamitjana no había tenido un momento de paz desde que salió del piso de la Rambla del Prat dejando una estela de muertos tras de sí. Tal vez fuera aquel sol que casi olía a primavera y hacía que los más osados de la oficina salieran a comer sin su chaqueta, o quizá la ilusión de que el suicidio de Olivares cerraría la investigación. Pero por primera vez en mucho tiempo, el futuro dueño de la cadena de hoteles Casamitjana sintió algo parecido al alivio. No tenía ni idea de lo que sabía Olivares ni cómo lo había descubierto, pero ya no suponía un problema. El único cabo suelto era Charlotte. Ya le había dicho a Lorenzo que era mala idea hacerla entrar en el juego; lo que pasaba

entre Anaïs y él era asunto suyo. En cualquier caso, lo único que podía saber ella era que Rodrigo había estado en el piso y eso no constituía ningún delito. Lo único que preocupaba a Rodrigo era que su hermana no estuviera muy enfadada y pronto volvieran a verse. Tenía que buscar a otra candidata para encarnar a Anaïs una vez por semana; encontrar a una tan buena como Helena no sería fácil. El mero hecho de pensar en ello con aquel sol entrando por la ventana le levantó un poco el ánimo durante unos segundos. Un leve atisbo de optimismo que se esfumó de inmediato al ver entrar a los dos policías.

La detención de Rodrigo Casamitjana provocó un revuelo considerable en las oficinas del grupo hotelero. El todopoderoso heredero abandonó el edificio con la cara de un niño al que van a castigar, y las miradas de sus empleados al verlo avanzar custodiado por dos agentes de la ley alternaban entre la misericordia y la preocupación por el futuro incierto de una empresa que estaba a punto de perder al mismo tiempo al presidente y a su sucesor.

Ya en comisaría, Casamitjana comprobó atónito que las pruebas contra él eran apabullantes. De nuevo lo invadió la sensación de que su cuerpo no le pertenecía al verse en la grabación del vídeo comprando unos pulpos elásticos y unas bridas de nailon en la gasolinera de su barrio. Daba igual que negara los hechos; el casco y la chaqueta lo delataban.

Olzina, Campos y Ortiz también plantaron ante sus narices la transcripción de unos mensajes de correo electrónico encontrados en su ordenador que no dejaban lugar a dudas. En ellos Olivares le pedía clemencia por el error que había cometido de manera accidental mientras él le respondía: «Da igual lo que digas, hijo de puta, tú los mataste y pagarás por ello».

—¿Envió usted estos mensajes de correo a Félix Olivares? —preguntó uno de los policías.

Su respuesta no importaba. La cabecera del documento indicaba claramente el emisor del mensaje. Solo él tenía acceso a esa cuenta de correo electrónico.

Según la información que los policías extrajeron de su *smartphone*, el mismo día en que mandó el correo amenazador, también escribió un wasap a Olivares con el texto: «Tus días están contados», que desde luego Rodrigo no recordaba haber mandado. Y pocos segundos después había llamado a Charlotte, algo absolutamente absurdo ya que él solo trataba con Lorenzo y ni siquiera conocía el teléfono de la chica. Pero la llamada estaba en el registro de su teléfono y no podía explicar por qué. Aquello era una pesadilla. Cuando ya creía haberse librado de los asesinatos del piso de Rambla del Prat, se veía envuelto en un crimen que no había cometido.

De repente, al ver la fecha y la hora de los mensajes y la llamada recordó la extraña visita de Félix Olivares en la que este se quedó solo en su despacho durante unos minutos.

Olivares se la había jugado bien. Aunque no pudiera disfrutarlo, sin duda había efectuado un golpe maestro. El mismo Rodrigo Casamitjana que estuvo a punto de mandarle a la cárcel acabaría pagando por un crimen del cual Olivares había calculado hasta el más mínimo detalle y en el que él mismo era la víctima.

Ante tanta evidencia y sin poder explicar por qué Olivares estaría dispuesto a matarse únicamente para fastidiar a su exjefe, Rodrigo Casamitjana solo fue capaz de gritar «¡quiero que todo esto acabe de una vez!», antes de echarse a llorar y colocarse en posición fetal como si alguien desde la silla vacía de al lado lo acogiera en su regazo y le acariciara el cabello.

Como Olzina había vaticinado, en menos de cuarenta y ocho horas el caso estaría cerrado. En un gesto de condescendencia, el intendente omitió en su informe la parte en la que sus dos subordinados ignoraron sus órdenes y actuaron por libre, permitiéndoles seguir en el cuerpo. Eso sí, a cambio, se atribuyó gran parte del mérito de la investigación. De manera oficial Félix Olivares había asesinado a Helena Gomariz y a algunos de sus clientes, entre los que probablemente se encontrara Valentí Pons, siguiendo un macabro juego. Lorenzo Martín no pudo soportar la noticia de la muerte de Helena Gomariz y, tras consumir una dosis considerable de morfina y alcohol, murió de forma accidental en un incendio.

Rodrigo Casamitjana, amigo personal de Lorenzo Martín, quiso vengar su muerte y asesinó a Félix Olivares intentando simular un suicidio. En pocas semanas la policía había resuelto todos los casos. El informe se cerraba con una mención especial al jefe del operativo, Ricard Olzina, y a sus subordinados, el inspector Campos, la subinspectora Ortiz y el caporal Fuentes.

Ganamos justicia más rápidamente si hacemos justicia a la parte contraria.

GANDHI

Habían pasado tres días desde la detención de Casamitjana y el equipo todavía recibía felicitaciones por parte de sus compañeros. El inspector Campos estaba oficialmente fuera de la investigación del asesinato de Félix Olivares igual que su compañera Begoña Ortiz, a la que habían obligado a tomarse quince días de vacaciones. Aun así, Campos solicitó estar presente en la declaración de la testigo Carla Palacios por parte del caporal Fuentes, al que el intendente Olzina sugirió que omitiera la parte en la que la testigo afirmaba haber reconocido al sospechoso como al hombre que dibujó un dragón en la espalda de su compañera de piso, idéntico al que llevaba tatuado su difunta hermana. Un detalle tan escabroso sobre la familia Algerich podría sustituirse por: «La testigo reconoció al acusado como uno de los clientes de la casa de masajes en la que trabajaba». Fuentes comprendió lo que su jefe le pedía y cambió la declaración sin protestar.

Ya en el pasillo de la comisaría, Campos quiso despedirse de Carla Palacios y agradecerle su ayuda. Antes de que esta abandonara el edificio Campos le preguntó cómo había concertado Olivares la cita con ella el día de su muerte y la chica le respondió que la había llamado por teléfono. Sin embargo, aquella llamada no constaba en el listado que la compañía les había facilitado.

Campos comprobó el número desde el que habían realizado la llamada y descubrió que Olivares había contratado aquella línea una semana antes y solo la había usado en una ocasión, es decir, para llamar a Carla Palacios. ¿Por qué un hombre que tiene teléfono contrataría una línea nueva para hacer una llamada? La única respuesta que se le ocurría era que Olivares ya había llamado a Charlotte en una ocasión y temía que esta hubiera bloqueado el número, o simplemente al reconocerlo no contestara a sus llamadas. Charlotte no se equivocó de piso, Olivares necesitaba una testigo. No solo eso, Olivares necesitaba una testigo que reconociese a Rodrigo Casamitjana. El día que el inspector lo visitó para mostrarle la foto del tatuaje en la espalda notó algo extraño en Olivares. Este reconoció a Charlotte, sí, pero algo en el hombre que salía en la foto y del que no se veía la cara le indicó a Olivares que se trataba de Rodrigo. Campos volvió a mirar la foto y se fijó en la figura masculina que, gracias a Carla Palacios, ya había identificado como Rodrigo Casamitjana.

Tal vez fueran los zapatos, tal vez el reloj; pero Olivares lo reconoció mucho antes que la policía. Por eso se alteró al ver la foto, por eso eligió a una testigo de la que estaba seguro que reconocería aquella cara porque lo había tenido muy cerca en la habitación de Helena.

Incluso puede que fijándose en las fotos del trío y las de Helena, se hubiera dado cuenta de que

Anaïs y Helena eran la misma persona mucho antes de que lo hiciera Domingo Campos.

Félix Olivares no fue asesinado. Las bridas en el suelo, el tíquet en la boca, los cristales debajo del sofá, la toalla con la que se había lavado la cara, limpia pero mojada para dejar claro que la habían lavado... Un experto en crímenes como Olivares sabía qué rastros debía dejar para que la policía los investigara. Todo estaba dispuesto casi teatralmente para incriminar a Rodrigo Casamitjana, pero ¿cómo lo hizo? ¿Tal vez tuvo acceso a su correo electrónico para mandar esos mensajes? ¿Y la tarjeta de crédito? Sabía que no necesitaba el número secreto para realizar pequeñas compras, pero ¿cómo se había hecho con ella? En el vídeo se veía a una persona con la misma chaqueta que Casamitjana y un casco idéntico, pero en ningún momento se le veía la cara. Además, Olivares citó a Casamitjana a las cinco en punto y solo tres minutos más tarde Carla Palacios, que no dejaba de consultar su reloj, lo veía corriendo escaleras abajo. En solo tres minutos Casamitjana tendría que haber golpeado a Olivares, atarle las manos con una brida de nailon, colocar los pulpos en una viga, levantar el cuerpo de Olivares y colgarlo por el cuello. Después había tenido que liberarle las manos, limpiar los restos de sangre de su cara, limpiar la toalla, barrer el suelo para eliminar los cristales y salir corriendo del piso.

No. El maldito Félix Olivares, como tantas veces había hecho en sus proyectos, había planeado su propia muerte hasta el último detalle, y esta vez había llegado hasta el final.

Fuentes se encontró a su colega por el pasillo y lo saludó con remordimiento en la mirada.

—Oye, Domingo, no sé qué ha pasado con Olzina, pero quiero que sepas que el mérito es tuyo.

—Gracias, Fuentes. ¿Tienes los vídeos de seguridad de la zona para reforzar la declaración de la testigo?

—Sí, claro.

—¿Podría verlos?

—¿Ahora?

—Hazlo como favor personal. Así me quedo más tranquilo.

Una vez en la sala polivalente de la comisaría en la que se encontraba el reproductor, el caporal Fuentes le mostró los vídeos de una sucursal bancaria y de un bingo con cámara de seguridad. La hora del código de tiempo confirmaba que Casamitjana había acudido muy puntual a su cita. Cuando el reloj llegó a las 16:59:03 el inspector Campos detuvo la grabación. Casamitjana no llevaba ninguna bolsa donde guardar el paquete de doscientas bridas que según el tíquet había comprado ni los pulpos con los que se suponía que quería ahorcar a Olivares.

—Tenemos a ese cabrón —soltó Fuentes.

—Sí. Enhorabuena —respondió Campos.

Domingo Campos ya estaba seguro de que Olivares había preparado su propia muerte para inculpar a Casamitjana, y de que todo se debía a una maldita casualidad.

El destino quiso que el subdirector de la sucursal bancaria Nicolás Ferrer tuviera un infarto en un taxi el mismo día en que Félix Olivares había planeado su asesinato ficticio. Tras la confesión de Olivares, Rodrigo vio una oportunidad única de matar al hombre que había destrozado la vida de su difunta hermana. Al fin y al cabo, otro desgraciado ya cargaría con la muerte de varias personas y no venía de un cadáver más. Al darse cuenta de que Helena Gomariz y sus clientes seguían vivos,

Casamitjana no tuvo más remedio que llevar a la práctica el plan teórico de Olivares. Eso sí, en la improvisación usó otro veneno volviendo loco al equipo investigador.

Félix Olivares, que estuvo a punto de ir a la cárcel por unos crímenes que no había cometido, descubrió antes que la policía al auténtico culpable de las muertes, que quedaría totalmente impune porque no había forma de relacionarlo con el caso. Así que decidió que si Casamitjana no iba a pagar por los crímenes que había cometido, pagaría por uno del que no era culpable.

Todo encajaba y el inspector Campos tenía que tomar una decisión. Llamar a Olzina y tumbar su informe, o aceptar que el caso ya no era suyo y dejar que el intendente se colgara un par de medallas, que el director de la policía tuviera una campaña electoral plácida y que Rodrigo Casamitjana acabara entre rejas, aunque fuera por el único crimen que no había cometido.

Tras pensarlo un rato, optó por coger el teléfono y llamar a la única persona a la que pensó que la verdad le importaría algo.

Begoña Ortiz escuchó el relato de su colega con atención y confirmó por qué tenía fama de buen investigador.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Hablarás con Olzina?

—Yo ya no estoy en el caso.

Mientras colgaba el teléfono Campos pensó que aunque la justicia era ciega, tenía extrañas formas de manifestarse usando a personajes como Olzina o Félix Olivares para castigar a un criminal. Así que ¿quién era él para meterse en su camino?

La vida de Domingo Campos como policía ya duraba cinco mil días, dieciséis horas y cuarenta y dos minutos.

Un adicto a la novela negra juega a imaginar crímenes perfectos, hasta que alguien empieza a hacerlos realidad...

Una novela negra con una premisa original y rompedora.



El hallazgo del cadáver de una prostituta en un céntrico piso de Barcelona es el arranque de una extraña cadena de asesinatos. Un hombre se ha entregado a la policía autoinculpándose de este y otros crímenes, pero las cosas no están tan claras: el presunto asesino, adicto a la novela negra, se entretiene imaginando crímenes perfectos y estudiando hasta los más mínimos detalles, pero lo hace como puro entretenimiento y sin la menor intención de llevar sus planes a la práctica. Lo sorprendente es que sus «víctimas», esas cuyos crímenes imagina, han empezado a aparecer efectivamente muertas del modo exacto que él había previsto...

Nacido en Barcelona en 1975, **Roger Rubio** lleva quince años escribiendo para programas de televisión como Buenafuente, Salvados o Crackòvia, y colaborando en programas de radio y prensa escrita. Tras participar como coautor en los libros *Lo que vendría a ser la historia de España* y *Padre, el último mono*, esta es su primera novela en solitario.

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Roger Rubio

Publicado por acuerdo con Agencia Literaria Carmen Balcells, S. A.

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6528-5

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

El hombre que nunca le haria dano a nadie

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Sobre este libro

Sobre Roger Rubio

Créditos



Xzofrenick

*El que lee mucho y anda mucho,
ve mucho y sabe mucho.*

Miguel de Cervantes



Índice

Capítulo 1	3
Capítulo 2	5
Capítulo 3	9
Capítulo 4	12
Capítulo 5	16
Capítulo 6	19
Capítulo 7	22
Capítulo 8	23
Capítulo 9	27
Capítulo 10	31
Capítulo 11	33
Capítulo 12	38
Capítulo 13	40
Capítulo 14	44
Capítulo 15	45
Capítulo 16	48
Capítulo 17	51
Capítulo 18	54
Capítulo 19	58
Capítulo 20	63
Capítulo 21	65
Capítulo 22	68
Capítulo 23	69
Capítulo 24	74
Capítulo 25	78
Capítulo 26	81
Capítulo 27	86
Capítulo 28	88
Capítulo 29	91
Capítulo 30	92
Capítulo 31	96
Capítulo 32	99
Capítulo 33	102
Capítulo 34	105

Capítulo 35	108
Capítulo 36	110
Capítulo 37	112
Capítulo 38	114
Capítulo 39	118
Capítulo 40	123
Capítulo 41	126
Capítulo 42	128
Capítulo 43	130
Capítulo 44	132
Capítulo 45	133
Capítulo 46	135
Capítulo 47	137
Capítulo 48	140
Sobre este libro	143
Sobre Roger Rubio	144
Créditos	145